COMENTARIOS

Lo que se oía el año pasado:
—Ahí tiene a los tremendos conservadores.
Lo que se oye este año:
—Ahí tiene a los pobres conversadores.

* * *

—Los submarinos llegan ya
a Norte América y, allá,
con sus torpedos formidables,
han dado varios sustos.
—¡Bah!
Son invenciones detestables
y verdaderos desatinos.
¿Qué han de temer los argentinos?
Yo viviré muy descansado
mientras no vea submarinos
en el arroyo Maldonado.

* * *

Se despidió del Ministro del Interior el gobernador de Formosa, comandante Comas, que partió para dicho territorio, a hacerse cargo de su puesto.
La ortografía está de plácemes.
Ya hay comas hasta en las gobernaciones.

* * *

Esto dicen los políticos parciales:
—Los valientes radicales
no se asustan ni se estrellan,
y en cuanto oyen
que les gritan "Irigoyen,
Irigoyen, uber alles", atropellan.

* * *

Entre ordenanzas de la casa rosada.
—Aquí el único que sabe vestir, es el doctor Pueyrredón.
—Así se explica que los demás ministros le envidien la graciosa sonrisa y la irreprochable raya del pantalón.

* * *

Hay quien se opone, en los Estados Unidos, a la fabricación de cerveza.
Se trata de una sutil medida política.
Faltando la cerveza, ha de disminuir considerablemente el número de germanófilos.

* * *

De La Plata:
"El decreto dictado por el P. E. mandando llevar adelante *el juicio iniciado por el fisco contra* la sociedad "Teatro Argentino", tiene el carácter temerario de una ejecución que se traducirá en despojo."
No exageremos.
Tratándose de un teatro, el juicio, más que un carácter temerario, tiene un carácter teatral.

* * *

Misia Juana a sus pobres chiquilines
les hace descalzar y, de ese modo,
les obliga a ir por casa con patines,
pues así no se gastan los botines.
¡Cómo progresa todo!

—Debía prohibirse llevar revólver. Cada día se producen incidentes sangrientos.
—Bastaría con que se hiciese pagar una estampilla por cada disparo. Así saldrían ganando la tranquilidad pública y el fisco.

* * *

Salaberry afirmaba,
con cierto retintín,
que el ministro Salinas admiraba
desde que oyó a Salinas que gritaba
¡la gran flauta! en latín.

* * *

Crónica parlamentaria.
"El señor Justo habló en segunda declarando que las interpelaciones han tomado ya el carácter de actos corrientes y diarios."
A lo que, resignados, añadirán los interpelados en sus oraciones:
—El fastidio nuestro de cada día dánosle hoy.

* * *

Toro está en un ateneo,
Vaca en la Cámara está:
si se encuentran Vaca y Toro
"¡qué de cosas se dirán!"

* * *

La Municipalidad de Concepción del Uruguay suprimirá algunos impuestos.
—*Aquí sucede lo contrario, —musita el doctor* Llambías.—Algunos impuestos concluirán por suprimir la Municipalidad.

* * *

A una hermosa almacenera
escasa de ilustración,
cierto poeta ramplón
la dedicó esta zoncera:
"Tus labios son un clavel,
tus mejillas unas rosas,
tus ojeras deliciosas
son violetas. El vergel
aromatiza tu aliento.
¡Cuánta *flor*! ¡Cuánta *belleza*!
Yo creo que en tu cabeza
sólo falta el pensamiento".
Tan infantil ironía
apenas entendió y ya
la almacenera decía:
—¿Pero ese *pueta* no está
en Ushuaia todavía?

* * *

"La Rioja.—La intervención comenzó el pago del mes de diciembre último al personal de la administración, inclusive a los empleados declarados cesantes."
En La Rioja, los empleados cesantes, pueden vivir cinco meses sin cobrar lo que se les adeuda.
La Rioja es el paraíso de los cesantes.

Correo sin estampilla

E. M. B.—Buenos Aires.—
«Este mundo vil y bajo
es *un mundo muy rastrero*,
y hay que ganarse el puchero
con muchísimo trabajo.»
Así han dicho los siete sabios de Grecia, aunque no *en verso, porque no eran tan* sabios como usted.

E. R. A.—Buenos Aires.—
¿Con que con ninguna puede compararse su Petrona amada, que es una beldad?
¿Quiere usted callarse?
¿No ve que, de fijo, tienen que enojarse todas las Petronas de la vecindad?

F. Q.—Buenos Aires.—
No nos enojamos
con facilidad
los que cultivamos
la trivialidad

Justiniano.—Buenos Aires.—
Si la poesía infectas
con tus coplas incorrectas
y tus ripios de «doublé»
«Justiniano»: ¿para qué
te han servido las pandectas?

D. G. C.—Buenos Aires.—
«Escapando al frío intenso
Con que nos obsequia el invierno»
Es usted humorista a la manera de los lapones.
«De pronto el grito de lotería,
resquebraja el silencio.»
¡Resquebrajar es!
En cuanto a la versificación, hay que confesar que está mucho más resquebrajado que el silencio.

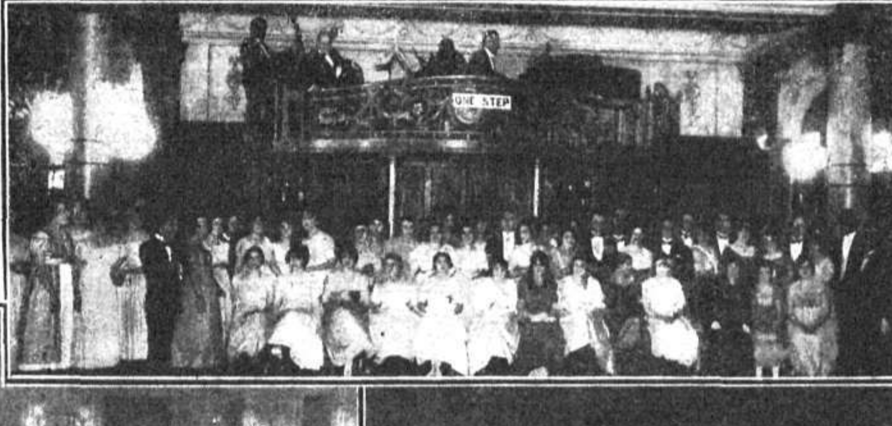
44.—Buenos Aires.—
Guárdese usted «La tiple y el morrongo», pues eso ya no gusta ni el Congo.

H. R. P.—Buenos Aires.—
Cuando lo verán,
todos gritarán:
—¡Líbranos, Señor,
de este sacristán
librepensador!

T. S. G.—Buenos Aires.— *Dentro* de las hipótesis descabelladas, cabe ésta: Colón nació en América, se fué a Europa sigilosamente y luego volvió a la tierra natal fingiendo *ser su descubridor*.

Amelia.—Buenos Aires.—
Te destacas y distingues
entre las más afamadas
profesoras de *pomadas*
y menjurges y potingues.

L. R., J. A. C., D. M. L.—Buenos Aires.
—Ustedes y los grillos son de un parecido asombroso: unos y otros entregados eternamente a la misma sonata y al mismo «cricrí».



Señoritas y caballeros, concurrentes a la reunión selecta ofrecida por la comisión del «Club Social Eslava», en el gran salón de actos de la «Confitería del *Molino*».



Aspecto del salón de la «Unione e Benevolenza», en un intervalo del baile celebrado por la sociedad de sastres «La Universal».



Gran función y baile, dado por la «Asociación Israelita», en los salones de la «Argentina».


Polvo Graseoso
Leichner
LA BELLEZA
DEL ROSTRO
El cutis tiene muy crueles enemigos: el frío intenso de la calle, el calor malsano de las habitaciones y, sobre todo, el paso brusco de uno a otro, son perniciosos para la tez.
Hay que proteger la epidermis, y el mejor medio de hacerlo es refrescar ligeramente el rostro al salir a la calle, y empolvarlo bien con el nunca bien ponderado y maravilloso Polvo Graseoso de Leichner, que da al rostro un encanto de divina belleza.
Las glicerinas y todos sus componentes que usan las damas para suavizar el cutis, dan a la larga un tono amarillento, afeándolo enormemente.
Para evitar todos estos inconvenientes, debe emplearse únicamente el Polvo Graseoso de Leichner, y dará a la epidermis una suavidad exquisita como si fuera el más fino terciopelo.
A su vendedor exíjale el verdadero y legítimo Leichner y no otro.
Venta en todas partes.
Representante en Asunción (Paraguay):
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant.
Representante en Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1513.

En el "Club Italiano"



Resultó una animada reunión la verificada en los amplios salones del citado club, con motivo de la inauguración del salón de patinaje, dada la habilidad y entusiasmo de que hicieron gala los numerosos grupos de señoritas, jóvenes y niños que concurrieron a ella.

Festival patriótico

Animado aspecto que presentaba el salón de la sociedad «José Verdi», durante la fiesta que realizaron las escuelas del distrito 4.º, en conmemoración del 108.º aniversario de nuestra independencia. — En el ángulo: Uno de los artísticos cuadros representados por las alumnas.

Caballerosidad francesa

El primer submarino

La civilización moderna ha dado entrada en los métodos de guerra, a procedimientos que en pasados tiempos fueron desechados como contrarios al derecho de guerra y al espíritu caballeresco en que se inspiraban los guerreros de aquellos románticos tiempos; en dos siglos han desaparecido la gallardía, la audacia y la belleza que, en medio de los horrores de las guerras, revestían las luchas de los antiguos, especialmente sobre el mar, luchas que fueron inspiradoras de una abundante literatura.

Un recuerdo histórico, en estos momentos, creemos tiene gran oportunidad.

En 1796, Roberto Fulton, el célebre mecánico norteamericano, inventor de la navegación a vapor, realizó en el Sena experimentos de torpedos submarinos, no consiguiendo que el Directorio de la República adquiriese el invento; pero, habiendo llamado la atención de Bonaparte, logró el apoyo de éste; quien, en 1800, siendo primer cónsul, le hizo el anticipo de 10.000 francos para que procediese a la construcción de un submarino, cuyo proyecto le mostrara. En mayo de 1801 terminó la nave, que llamó *Nautilus*. Hizo Fulton, en el Havre, todo género de experiencias ante una comisión compuesta por Volney, La Place y Monge; primero, se sumergió solo en su aparato, permaneciendo tres horas bajo las aguas; luego animados con el ejemplo y el éxito, cinco tripulantes se decidieron a repetir las experiencias. Sumergido a 7.70 metros de profundidad, navegó por espacio de seis horas bajo las aguas, recorriendo veinticinco kilómetros en varias direcciones, volviendo al punto de partida. Verificó las maniobras de inmersión y emersión con notable rapidez.

Favorecido por el informe de los comisionados, recibió orden de trasladarse a Brest. Allí, en presencia del almirante Villaret, marchó con su barco contra un viejo navío, a quien hizo volar, aplicándole un torpedo.

¿Qué condiciones puso Fulton para emplear su nave submarina en favor de Francia?

En primer lugar, reembolso del precio de su buque tasado en 40.000 francos. Una prima por cada buque que hundiera; y finalmente, *una patente en regla que le reconociese a él y a sus hombres como beligerantes*, PARA NO SER AHORCADOS COMO PIRATAS.

Sometidas las bases a estudio del Ministerio de Marina, las dos primeras no fueron observadas; la cuestión principal estribó en lo que se refería a conceder la patente de beligerancia. El ministro del Directorio, almirante Pleville-la-Pelley, emitió su informe que decía textualmente: «No creo posible expedir patente de beligerancia a hombres que han de valerse de medios semejantes para destruir las naves enemigas». M. Cafarelli, prefecto marítimo de Brest, añadió a lo expuesto por el almirante: «Esta manera de hacer la guerra lleva consigo la reprobación de las gentes, y los que la organizasen y llevasen a la práctica, serían ahorcados, que no es seguramente la muerte elegida por los militares».

El submarino fracasó porque al espíritu militar y al pundonor nacional francés repugnaba el empleo de un arma que consideraba indigna de leales combatientes.

Consejos para Conservar la Belleza

por Charlotte Rouvier

(Dibujo por Penrhyn Stanlaws)



Un secreto contra los Barrillos

LOS puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua «estimolizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

Cabelleras Onduladas

POCAS personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Para evitar el vello

ES cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

Se acabaron las Canas

NO es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de ron o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello.

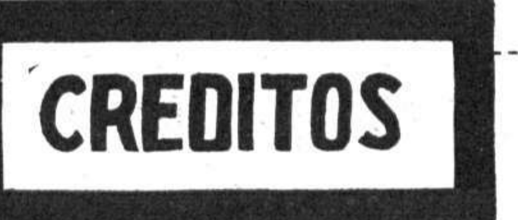
Por qué las actrices nunca envejecen

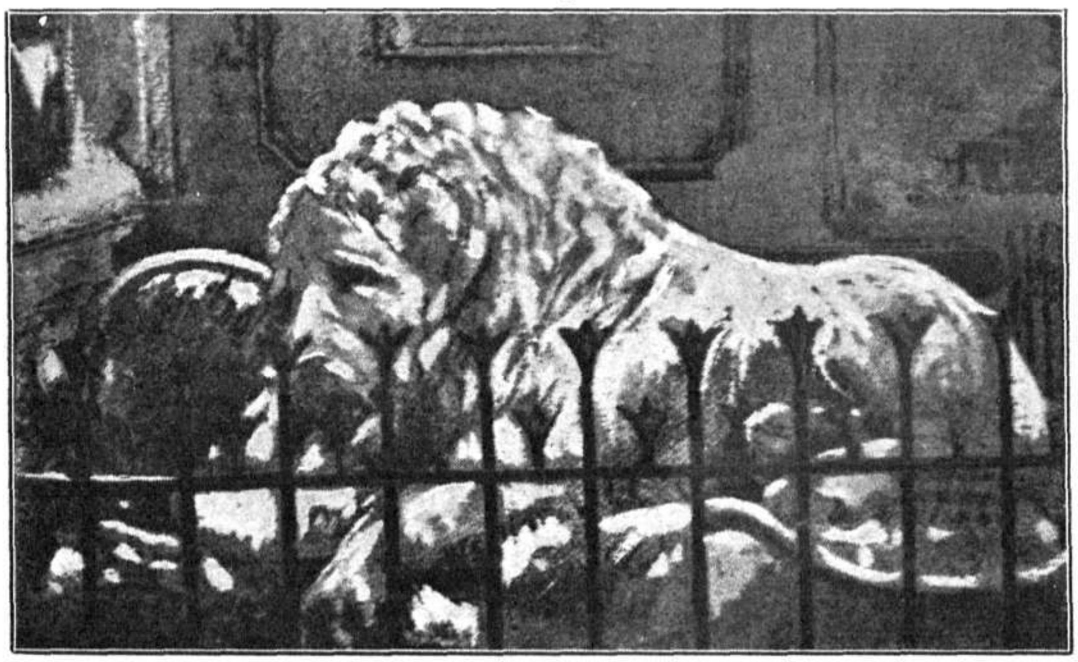
DE todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: «¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta y no representa un año más de edad ahora!» Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué cosa tan sencilla es, comprar un poco de cera pura mercolizada en la botica, aplicársela al cutis como cold cream y quitársela con agua por la mañana! Este procedimiento absorbe gradual e imperceptiblemente la cutícula vieja, y deja el cutis nuevo y fresco, libre de pequeñas arrugas, palidez y excesiva rojura. Este uso de cera mercolizada, es también la razón del porqué las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etcétera. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas, no aprenden esta lección y se aprovechan de ella?

Tengo entendido que la cera mercolizada se vende solamente con un envoltorio de cartón blanco con las palabras "pure mercolized wax", impresas en azul.

Los niños de las escuelas en la plaza Adolfo Alsina, cantando el Himno Nacional.

El reparto de víveres, el 25 de mayo, dió margen a que se agruparan centenares de mujeres ante el Corralón Municipal.


CREDITOS



Hermoso símbolo colocado sobre la tumba del poeta excelso Rubén Darío.

En la vetusta catedral de León, que semeja un monasterio abandonado con sus tres naves tenebrosas y frías, reposa el «maestro mágico», el «liróforo celeste» que fué la más bella concreción de latinidad que haya producido el continente americano.

La ciudad natal del poeta ha hallado el símbolo perfecto: un león adolorido, la palma de laurel, el escudo de Apolo y la lira rota. ¿No se humedecerá de amor, como en la tumba del «Pobre Lelian», el áspero hocico de esa fiera?

También pronto tendrá en París, en la capital de la raza, frente al Sena, a cuya orilla soñó tanto, un recuerdo digno de su gloria universal, un medallón en el templo del Genio latino; al lado del viejo Ovidio, se perfilará su arquitectónica cabeza donde anidaron los más melodiosos ruiseñores.

SAN NICOLAS. — Un intervalo del animado baile, dado por el centro recreativo «Social Nicoleño», en el salón de la «Sociedad Francesa».

SAN NICOLAS. — Celebrando el día patrio. La concurrencia, frente al club social, oyendo los discursos patrióticos que desde el local del club citado se pronunciaron.

SAN NICOLAS. — Concurrentes a la comida con que fué obsequiado el señor José U. Ruiz, con motivo de su nombramiento de gerente de la sucursal del Banco de la Nación en General Acha.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, una vez por mes publicaremos una sucinta bibliografía y juicio crítico de los libros que hayan aparecido en ese tiempo.



El santo, el filósofo y el artista, *por José León Pagano.* — El autor de este bello libro, tan conocido y justamente apreciado en nuestros círculos intelectuales, tiene por lo menos dos de las calidades indicadas en el título: es filósofo y es artista, bien que quizá lo cierto es que no se puede ser lo uno sin lo otro. Sería menester escribir mucho para poder decir algo siquiera de lo que sugiere la lectura del libro del señor Pagano: San Francisco de Asís, el Dante, Velázquez, Goya, Rodin: ¡qué fuentes inagotables de ideas y sentimientos! Pero es fuerza que nos limitemos a anotar su publicación, y a manifestar cuánto deleite espiritual nos ha proporcionado su lectura, que a veces nos ha hecho recordar a los grandes autores que han tratado esos mismos temas, así por el arte del escritor como por el saber del erudito.



Cuentos para niños, *por Adelia Di Carlo.* — Los innumerables niños que leen Caras y Caretas son viejos e íntimos amigos de la autora de este libro, compañera nuestra de tareas en esta casa. La señorita Di Carlo posee, además de sus dotes de escritora por todos reconocidas y aplaudidas,. un espíritu esencialmente femenino, casi podríamos decir maternal, que la capacita especialmente para llegar a la inteligencia y al corazón de sus pequeños lectores, en sus amenos y sencillos cuentos. Y si algún grande tiene la veleidad de leerlos, es muy probable que guarde el libro para releerlo, pues siempre es agradable sentirse a veces un poco niño, sobre todo cuando la vejez está cercana.



La Pampa, *por W. Jaime Molins.* — Ya la pampa no tiene solamente el ombú. Quien lo dudare no tendría sino que leer este libro del señor Molins, escritor que ya se ha conquistado un puesto envidiable, y podría decirse único, como viajero descriptor, con algo de lo que los norteamericanos llaman *prospector*. El Paraguay y Bolivia nos los ha dado a conocer el señor Molins en obras sustanciosas y bien escritas; ahora, le ha llegado el turno a nuestra pampa, y a fe que el autor ha escrito un libro del mayor agrado y utilidad, que para muchos ha de contener extraordinarias sorpresas. Observador inteligente y sagaz, con un criterio eminentemente práctico, el señor Molins, que es también ameno y correcto escritor, nos presenta *la Pampa* en condiciones positivamente dignas de aplauso.

Fauna Argentina, *por Juan Bréthes.* — El autor de este libro es un distinguido, laborioso y modesto sabio que después de estudiar la fauna de Chile, ha estudiado la de nuestro país, con los excelentes resultados que expone en su obra, hermosamente adornada con doscientos veinticuatro dibujos en cromolitografía, tipos de los animales comunes indígenas de la República.


Nos es dable, en virtud de la constante relación que mantenemos con los principales centros de producción, presentar con una oportunidad sin ejemplo las novedades más sobresalientes y distinguidas que la moda crea.
142. — TAPADO de felpa de seda, modelo de última moda, con gran cuello y botas de piel, botones de pasamanería, todo forrado de seda, a .... $ 145
527. — ELEGANTISIMO traje sastre, confeccionado con riquísima gabardina de lana, en los colores de moda y azul marino, adornado con cuello echarpe y piel lutre o nutria, espalda tableada y botones de fantasía, medio forro de seda, a...... $ 118
GRANDES ALMACENES
Tienda San Juan
GIBRIÁN Hnos
Alsina y Piedras
Soc. Anónima
142
527
Nuestros modelos se destacan por su elegancia, originalidad y exquisito gusto. Otras cualidades no menos importantes poseen, que forman con las citadas, singular conjunto, éstas son: su calidad y confección insuperables y su costo equitativo.
345. — TAPADO de terciopelo inglés, negro, con cuello, botas y cinturón de satén de seda, modelo muy elegante, todo forrado de fina polonesa, a .... $ 76
179. — VESTIDO fantasía, modelo muy original, confeccionado con tricotina de lana, en colores de moda y azul marino, cinturón y cuello de seda, bordados de cordón y botones de pasamanería, cuerpo forrado de satén, a .... $ 66
GRANDES ALMACENES
Tienda San Juan
GIBRIÁN Hnos
Alsina y Piedras
Soc. Anónima
345
179

MARIANO BENITEZ. — Estado en que quedaron los vagones del tren de carga número 342, del F. C. Trocha Angosta, procedente del Rosario, después del grave accidente sufrido en el kilómetro 296. Se desmoronaron cuatro pilares del puente. Se cree han perecido varios «lingeros» que iban en el tren.

RUFINO. — Parte de las mercaderías secuestradas a los acusados de los frecuentes robos hechos en los vagones del ferrocarril.

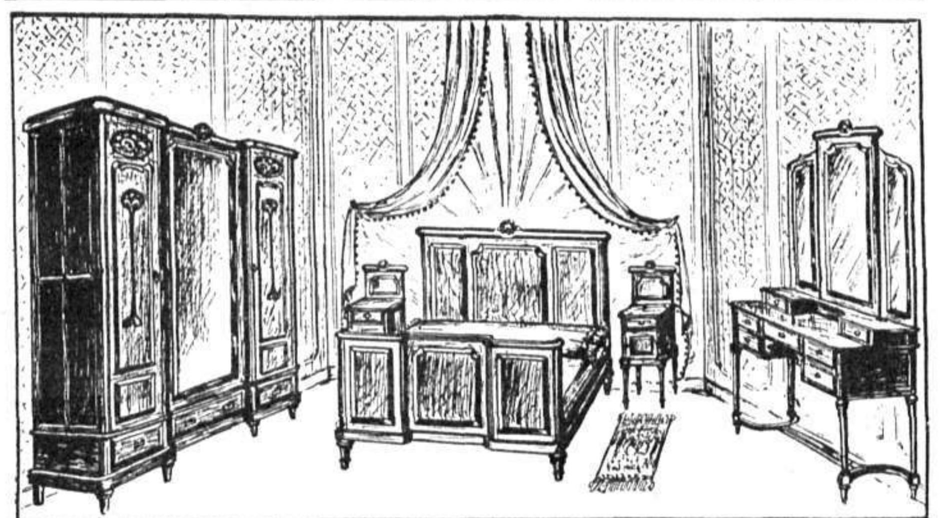
El sujeto Rafael o Ricardo Schaff, sindicado como jefe de la gavilla.

Grupo de detenidos: J. Severino, M. Goicochea, E. Kopp, R. Luzuriaga, G. Voiga, A. Aburá, P. Ricci, S. Méndez, en el local de la comisaría.

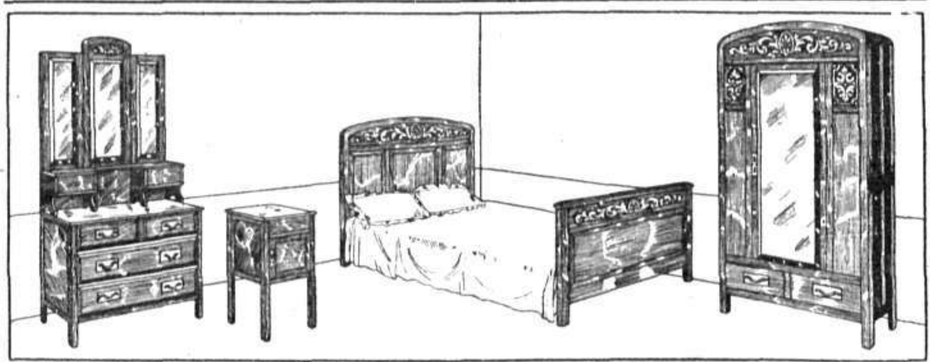
MAGDALENA. — Banquete dado en homenaje del ex comisionado municipal doctor Ruiz.

CARLOS CASARES. — El señor Smith, comisionado escolar, y su secretario señor Balsells, acompañados del comisionado señor Lugones y de un grupo de vecinos, durante su visita a las escuelas de esta localidad.

COMEDOR DE ROBLE, Bombé-óvalo. — Con lunas biseladas, vitraux y mármoles finos; compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 1 mesa de 1 tabla, para 6 cubiertos y 6 sillas con asiento tapizado, a.. $ **370**



DORMITORIO DE ROBLE. — Estilo moderno, para matrimonio, con lunas y cristales biselados y aplicaciones de bronce; compuesto de: 1 ropero de 2 metros ancho, 1 toilette, 1 cama de 2 plazas, 2 mesas de luz, 1 elástico y 1 toallero, a............. $ **730**



DORMITORIO DE ROBLE. — Estilo holandés, con lunas biseladas; compuesto de: 1 ropero, 1 toilette-cómoda, 1 cama de 2 plazas, 1 mesa de luz, 1 elástico, 1 percha y 1 toallero, a.. $ **250**

SARMIENTO, 1158

BUENOS AIRES

PIDAN CATALOGO



EXPOSICION DE MUEBLES

de todas clases y estilos, a precios sin competencia

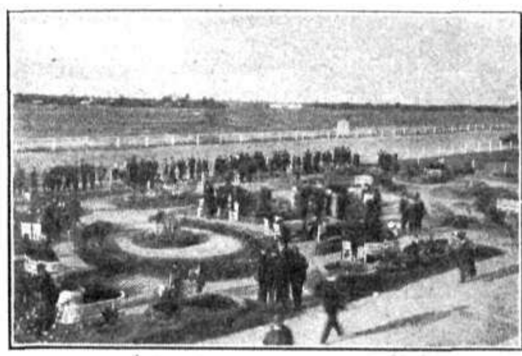
FUNDADA EN 1872

De Corrientes

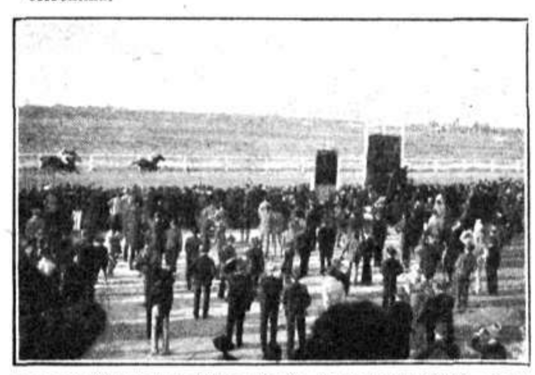
Conmemoración del 25 de Mayo



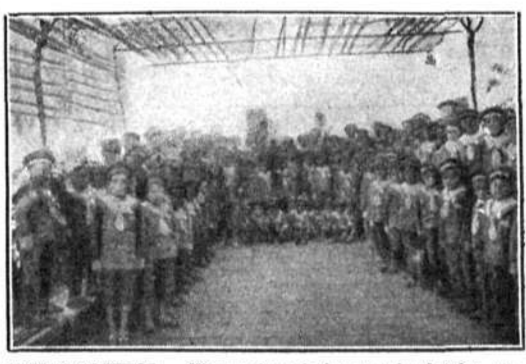
La comitiva oficial, formada por miembros de la intervención nacional, a la salida del Tedéum.



Aspecto de la pelousse del Hipódromo, durante la reunión extraordinaria, a la que concurrió lo más distinguido de la sociedad correntina.



Los competidores del clásico «Patria», sobre 2.000 metros, en el momento de pasar por frente a las pizarras de anotaciones.



MONTE CASEROS. — Niños pobres de las escuelas locales, que fueron obsequiados con ropas y víveres por el señor Juan B. Balbi.



blanca y suave: la luz para las personas de buen gusto

SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD. Fabricantes: PHILIPS Ltd.

Apareció "La Historia de Arga", que es un librito interesante; se remite, gratis y franco de porte, a quien tiene a bien pedirlo a BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - Buenos Aires.



BIBLIOGRAFÍA

«Naranjo en flor», por José de Maturana. Prólogo de Saúl Taborda. Edición de «La Cultura Argentina».

«Vida de Santos, diablos, etc.», por Eugenio Noel. — «El Duque de El», por S. y J. Alvarez Quintero. Biblioteca Renacimiento. «Memorias del general Urderreta». Biblioteca Ayacucho. «Ensayos», por M. de Unamuno. — «Los enigmas del Universo», por Ernesto Kaeckel. Editor: Paul Ollendorff; representante: Agencia General de Librería y Publicaciones.

«La prensa del Paraguay», por el doctor Rebaudi. Editor: Julio Suárez.

«La muerte de Monteagudo», por Carlos J. Salas.

«Revista de revistas». Año I. N.º 3.

«Trabajos del laboratorio de la Sanidad, durante el año 1912», por el doctor Salvador Mazza.

«Fauna argentina», por el profesor Juan Brethes.

«A mano», «La visita del Presidente» y «Cacho», cuentos, por Ada M. Elflein. Biblioteca Infantil Argentina.

«La Industria Argentina del Calzado». Año II. N.º 14.

«El pecado de la virtud», por Vicente A. Salaverri. El cuento Ilustrado.

«Revista de Instrucción Primaria». Año II. N.º 12.

«Juventud, egolatría» por Pío Baroja. Editor: Caro Raggio, Madrid.

EPIGRAMAS

Hay en la Universidad,
Para uso de ciertas clases,
Un gabinete de Física
Y de Ciencias Naturales.
Queriendo unos forasteros
Ver estas preciosidades,
Se meten por la primera
Puerta que, atrevidos, abren,
Y encuentran allí, sentados,
Silenciosos, serios, graves,
La explicación escuchando,
A más de cien estudiantes.
— ¿Qué se les ofrece a ustedes?
Pregunta el maestro afable.
— Usted dispense. ¿Es aquí
Donde hay tantos animales?

R. FAJARNÉS.

El señor Izarraguitia
Que abandonaba la corte,
Fué a sacar su pasaporte
Para Ochalazaiguitia.
A ese nombre enrevesado
Dijo a aquél el oficial:
— ¿No le sería a usted igual
Marcharse a algún otro lado?

JOSÉ FELIÚ Y CODINA.

López, crítico famoso,
Nunca perdona un estreno
Y goza, aunque sea bueno,
Tirando el juguete al foso.
Pero sólo le contrista
Que al patear como tres,
¡Claro! se le hinchan los pies
Y no hace bien la revista.

J. ADÁN BERNED.

Como es bajita mi amada,
Y la tengo amor tan loco,
Para ver si crece un poco
Ayer la dejé plantada.

EDMUNDO DE C. BONET.

— ¡Qué abogado es don Abdón!
¡Qué elocuente! ¡y qué memoria!
El sabe música, historia,
Mitología y blasón.
Sobre el robo de una cabra
Citó a Gay, Taso, Enio, Lobo...
— Y al fin, ¿qué dijo del robo?
— Ni siquiera una palabra.

R. J. DE CASTRO

No teniendo un perdulario
Ni casa donde vivir,
Con objeto de dormir
Entró en un confesionario.
A poco, un sexagenario
Arrodillóse con fe,
Y diciendo el: «yo pequé»,
Contó sus culpas prolijo,
Hasta que el tuno le dijo:
— ¿Y a mí qué me cuenta usté?

***

Proudhon, autor nada bobo,
Tiempo atrás ha publicado
Cierto libro titulado:
La propiedad es un robo.
Al verle en un mostrador
Entré, lo compré, lo abrí
Y en la portada leí:
Es propiedad del autor.

S. UST.








Señor Santiago Dairnes. — RAMALLO.

Señorita Angelita Vila. — LANUS.

Señorita Anita Cordes. — ROSARIO.

Señor Esteban Tosco (hijo). — ROSARIO.

Señor Pedro Parera. — ROSARIO.

Señor Pablo Balestra. — ROSARIO.

Sr. Luis Morini. — COLONIA PIAMONTESA.



CAPITAL. — Señora Josefina Sommariva de Sommariva. El sepelio de la distinguida dama fué una elocuente demostración de las simpatías de que gozaba la extinta entre sus relaciones.

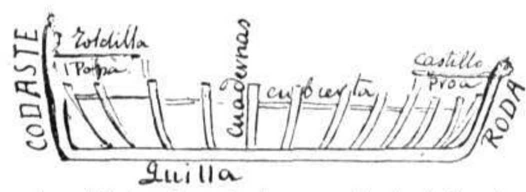


JOSE C. PAZ. — La muerte del señor José Altube, fundador de este pueblo, ha causado penosa impresión entre las numerosas personas que apreciaban en él, el espíritu de caballerosidad y probidad de que estaba dotado. Miembros de la familia y amigos, al ser sacado el féretro de la iglesia local. — En el ángulo: Señor José Altube.



La gente chic fuma
cigarrillos

Reina Victoria



A medida que las artes fueron perfeccionándose, las canoas hechas de un tronco ahuecado, fueron substituídas por piraguas construídas con pinos forrados de corteza o pieles cosidas, como aún hoy están en uso en pueblos que no han salido del estado primitivo, cual los lapones, esquimales, indígenas del interior del Africa o de los bosques apenas inexplorados de América.

El período histórico comienza, indudablemente, con los chinos y los egipcios, pueblos que alcanzaron gran cultura cuando los europeos del Norte no conocían otros instrumentos que el sílice enhastado, y puede afirmarse que los primeros datos fehacientes sobre construcciones navales datan del año 1500 antes de Jesucristo, en la época de Sesostris.

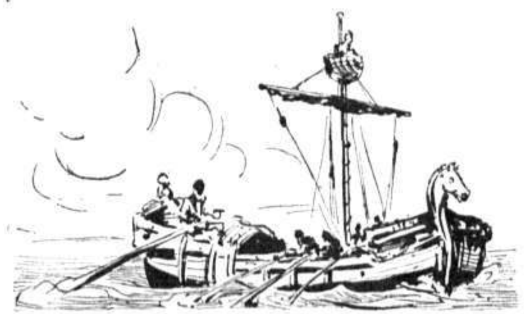
Por entonces los fenicios, primer pueblo de navegantes de que habla la historia, usaban barcos sin cubierta, de poca eslora, mucha manga y escaso calado; construíanlos de abeto, cedro, encina, roble y pino; constituyendo su armazón piezas análogas a las que aún hoy son fundamentales en la arquitectura naval; como son la quilla, codaste, roda, cuadernas o costillas, etc., cuya unión consolidaban con pernos de hierro, metal que muy luego fué substituído por el cobre. Movían tales embarcaciones por medio de remos o de velas hechas éstas de pajas, delgadas maderas, pieles o cáñamo, teñidas de colores diversos y de forma generalmente traperoidal, izadas en un solo mástil, arbolado en el centro de la nave, y en el cual y cerca del tope colgaba un cesto para el vigía o para los honderos, donde puede verse el germen de la moderna cofa militar.

Para gobernarlos empleaban remos cortos en las aletas o en el codaste a guisa de timón, y fondeaban con anclotes de madera de un solo brazo, ahuecados y rellenos de plomo, metal que algunas veces substituyeron con plata, en las costas de la península Ibérica.

Posteriormente, las usaron de hierro y de dos brazos, según mencionan Estrabón y Plinio. Este tipo de buque, el más primitivo, nos ha sido conservado por los bajos relieves egipcios, fueron inspirados en las naves faraónicas y los fenicios los substituyeron luego con tres tipos de bajeles distintos, según el fin a que eran dedicados. *El Arco:* de poca manga, mucha eslora y mayor número de remos en línea, barco de guerra. *El Gaulo:* mayor manga y menos remos, destinadó al comercio. *El Caballo:* buque pesquero que ejercía su industria en las costas europeas y africanas del Mediterráneo, y que tomaba su nombre por la efigie del equino que llevaba esculpida en el mascarón de proa.

Dichos buques no tenían cubierta, sólo bancos para los remeros; sus viajes eran a lo largo de las costas, haciendo noche en tierra los tripulantes.

Más adelante se cubrió la popa con una pequeña toldilla para guardar las provisiones y alojar al jefe de la nave; después se colocó otra cubierta a proa, y luego a medida que el porte aumentaba se fué cubriendo el espacio entre las dos con cuarteles móviles, constituyendo una cubierta corrida.





Pagliarini-Stafforini — Paz (Santa Fe).

Señorita Elvira Vega, con el señor Bonifacio Mendibe. Los contrayentes, en el altar mayor, recibiendo los plácemes, una vez terminada la ceremonia — General Acha.

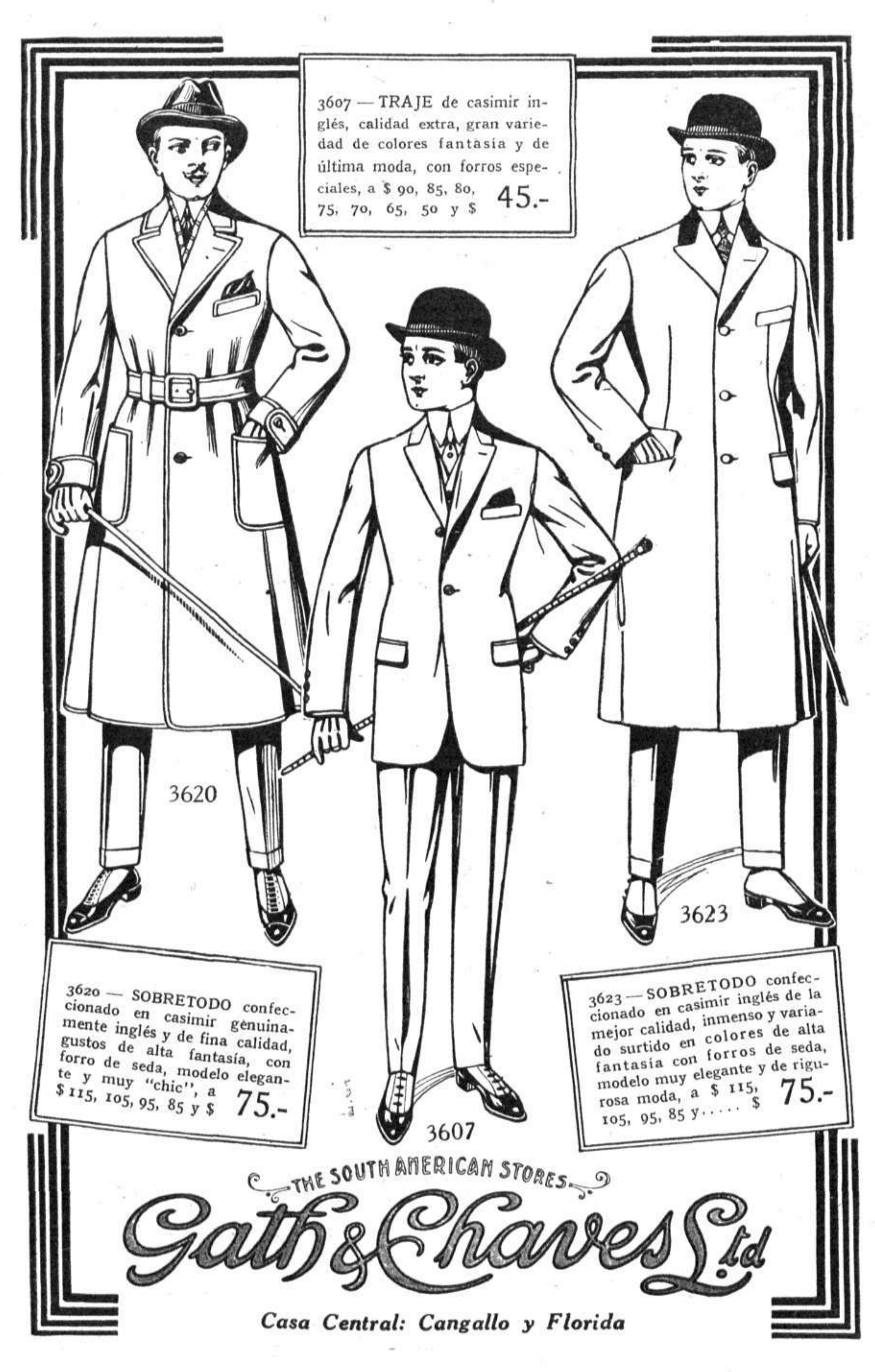


Los esposos Aldasoro-Alvarez, a la salida del templo — Tres Arroyos.



Señorita Flora Guersman, con el señor Abraham Jaitin — Carlos Casares.

Señorita Catalina Salvetti, con el señor Serafín Nocetti — Salliqueló.


3607 — TRAJE de casimir inglés, calidad extra, gran variedad de colores fantasía y de última moda, con forros especiales, a $ 90, 85, 80, 75, 70, 65, 50 y $ 45.-
3620
3623
3620 — SOBRETODO confeccionado en casimir genuinamente inglés y de fina calidad, gustos de alta fantasía, con forro de seda, modelo elegante y muy "chic", a $ 115, 105, 95, 85 y $ 75.-
3607
3623 — SOBRETODO confeccionado en casimir inglés de la mejor calidad, inmenso y variado surtido en colores de alta fantasía con forros de seda, modelo muy elegante y de rigurosa moda, a $ 115, 105, 95, 85 y..... $ 75.-
THE SOUTH AMERICAN STORES
Gath & Chaves Ltd
Casa Central: Cangallo y Florida



Comprenda Vd. bien que **XEREZ-QUINA-RUIZ** no es una bebida alcohólica. Es simplemente vino Jerez suave que con el agregado de quina pura, determina el sabor agradable que perdura en el paladar, dando a la vez al estómago la grata sensación de tonificarlo, estimulando el apetito. La mejor prueba de que **XEREZ-QUINA RUIZ** no es una bebida alcohólica es que no hay caso de que ningún "alcoholista" haya elegido el **XEREZ-QUINA RUIZ** para embriagarse.

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 15 DE JUNIO DE 1918 — N.º 1028

Cómo se imaginan los ministros una interpelación



Como lugar de tormento,
donde lo pinchan, lo sajan,
lo martirizan, lo rajan
y queman a fuego lento.

Dib. de Redondo.

EFEMÉRIDES DE LA SEMANA

Combate del Riachuelo

11 de junio de 1865

En estos momentos en que la Europa se desangra en una lucha gigantesca que no tiene par en la historia humana; cuando las más grandes fuerzas navales del mundo surcan los mares armadas en guerra; y hasta la navegación de los barcos neutrales peligra; en que los beligerantes se baten no sólo en la tierra y el agua, sino en los aires y desde el fondo de los mares, puede parecer ingenuo destacar un combate en que sólo intervinieron unos pocos barcos y pocos, muy pocos marinos. Pero en esos combates se moría también por un ideal; se luchaba por una causa, se hacía gala de prodigios de abnegación y de coraje, y se ventilaba en ellos la suerte de pueblos viriles y grandes, con los elementos marciales que esos pueblos contaban. Hazañas como la del Riachuelo, merecen ser perpetuadas en el recuerdo de las generaciones, ser ofrecidas como ejemplo e inspirar a las legiones armadas de cualquier país de la tierra.

Era hace más de cincuenta años. Desencadenada la guerra entre el tirano del Paraguay don Francisco Solano López y el Brasil, el Uruguay y la República Argentina, unidas en alianza, la escuadrilla brasileña remontó el río Paraná. Constaba de nueve barcos. Dos de ellos eran acorazados. Tenía escasamente sesenta cañones: la mayoría eran de marca Whitworth de 70, y dos de 120. Iban a batir la escuadrilla de López que, apoyada por las fuerzas de tierra que se habían apoderado de Corrientes, constituía una amenaza real para la alianza. Sin embargo, su escuadrilla era muy inferior. Se hallaba formada por ocho vapores mercantes armados en guerra. Ninguno llegaba a desplazar mil toneladas. Sus cañones eran en su mayoría de 14 y sólo dos de 32. Además constaba de cinco chatas con un cañón cada una de 68. Con estas fuerzas por una y otra parte habría de resolverse el dominio de los ríos y asegurarse en definitiva la causa de la libertad.



Almirante Barroso, Barón del Amazonas.

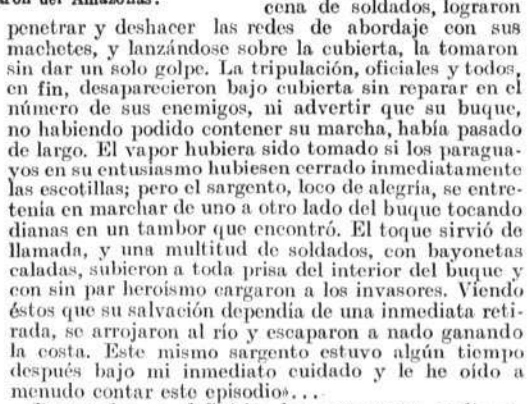
En los barcos brasileños habían sido transportadas antes las fuerzas que bajo las órdenes del general Paunero desembarcaron en Corrientes y obtuvieron la victoria del 25 de Mayo. López, en razón de ella, resolvió trasladarse al teatro de la guerra y así lo expresó al pueblo en su manifiesto-proclama del 2 de junio. Alistó sus barcos en Humaitá y el espíritu de sus tropas, tan indiscutiblemente adictas a él, se inflamó de ardor bélico ante su presencia. Thompson dice a este respecto: «El 10 de junio fué empleado en cargar municiones y acordar el plan de operaciones. Se escogieron uno por uno quinientos hombres del batallón número 6, y se les embarcó en los vapores: antes de embarcarse se presentó López a caballo y los proclamó. El entusiasmo fué grande y general, prometiendo todos volver con la escuadra brasileña; López les recomendó que llevaran algunos prisioneros y la tropa respondió: «¿Para qué queremos prisioneros? ¡Los mataremos a todos!» «No, dijo López, es bueno que traigan algunos». Valga la verdad de la referencia.

Situada la escuadrilla brasileña en Corrientes, López dió orden al capitán Meza, que comandaba la suya, que bajara hasta el Riachuelo, arroyo inmediato a Corrientes, tomara de atrás a los brasileños y los arrojara hacia el Norte, tomándoles entre dos fuegos. Estos advirtieron la maniobra y decidieron afrontar el combate.

Trabada la acción, ésta se desenvolvió bravamente por los dos combatientes. El mismo Thompson antes citado, dice relatando la batalla: «El cañoneo y la mosquetería fueron nutridos durante todo el combate.

La «Belmonte» (nave brasileña) recibió varias balas bajo el nivel del agua, que la invadía rápidamente, de manera que tuvo que embicar para no irse a pique. Cuando tocó fondo estaba llena de agua casi hasta la cubierta y había perdido todas sus municiones y provisiones. No dejaba de hacer fuego sobre el «Jejuí», que había quedado anulado, hundiéndose por fin. Habiendo sido atravesadas por las balas las calderas del «Marqués de Olinda» (presa paraguaya) el buque fué arrastrado agua abajo por la corriente. Muchos de los tripulantes perecieron de las quemaduras, y la mayor parte fueron muertos o heridos. Varó en un banco y quedó enterrado en él. El capitán Meza fué mortalmente herido por una bala de rifle desde las vergas de un vapor brasileño y el mando recayó en el capitán Cabral.»

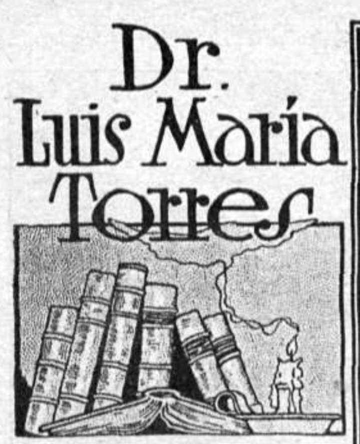
Masterman, por su parte, relatando los episodios del combate, dice: «Después de mantener por largo rato un fuego irregular y de hacer a los brasileños un daño considerable, los paraguayos volvieron a salir, llevando las chatas todavía a remolque y los marineros hicieron esfuerzos desesperados para abordar a sus gigantescos antagonistas. El «Tacuarí» (paraguayo) se colocó al lado del acorazado «Paranahiba». La superficie de su tambor apenas llegaba hasta la obra muerta de ésta; un sargento, con una docena de soldados, lograron penetrar y deshacer las redes de abordaje con sus machetes, y lanzándose sobre la cubierta, la tomaron sin dar un solo golpe. La tripulación, oficiales y todos, en fin, desaparecieron bajo cubierta sin reparar en el número de sus enemigos, ni advertir que su buque, no habiendo podido contener su marcha, había pasado de largo. El vapor hubiera sido tomado si los paraguayos en su entusiasmo hubiesen cerrado inmediatamente las escotillas; pero el sargento, loco de alegría, se entretenía en marchar de uno a otro lado del buque tocando dianas en un tambor que encontró. El toque sirvió de llamada, y una multitud de soldados, con bayonetas caladas, subieron a toda prisa del interior del buque y con sin par heroísmo cargaron a los invasores. Viendo éstos que su salvación dependía de una inmediata retirada, se arrojaron al río y escaparon a nado ganando la costa. Este mismo sargento estuvo algún tiempo después bajo mi inmediato cuidado y le he oído a menudo contar este episodio»...

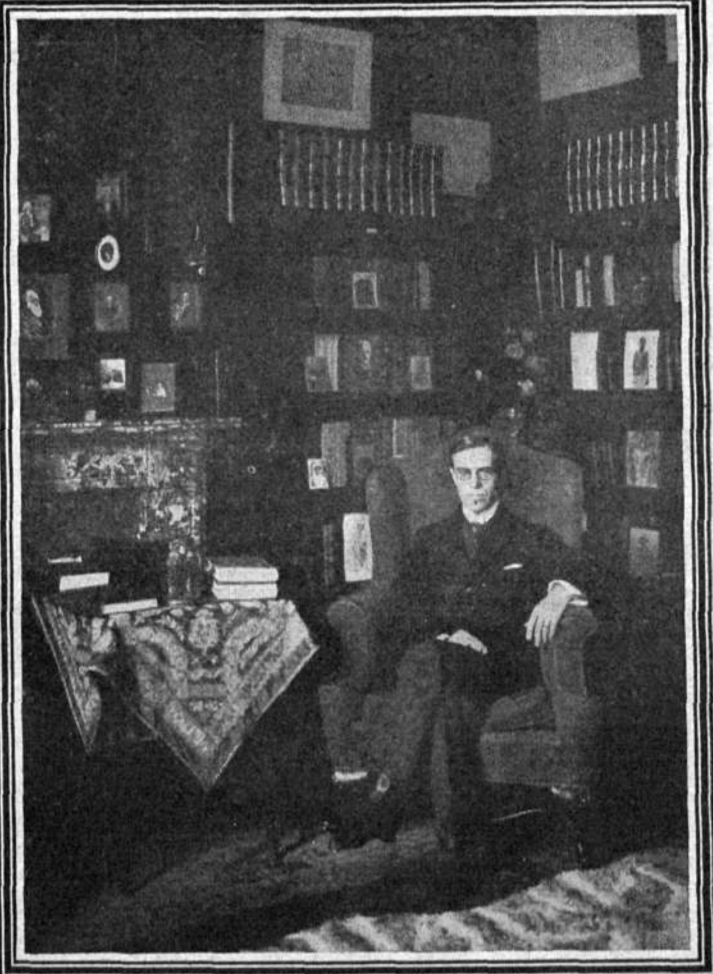


Derrotados en definitiva los paraguayos, pudieron, empero, salvar cuatro de sus barcos que no fueron perseguidos por las fuerzas brasileñas. Los vencedores tuvieron por jefes a Barroso, hecho luego almirante y «Barón das Amazonas», y al piloto correntino Bernardino Guastavino. La victoria tuvo innegable trascendencia, pues cortó la marcha a la escuadrilla paraguaya que hasta entonces se consideraba dueña del río y amenazaba poner en jaque a los transportes con tropas aliadas y a los mismos puertos de la costa.

M. de Vedia y Mitre.

Dr. Luis María Torres





Es joven aún, y la labor que lleva realizada, habría bastado para llenar cumplidamente una larga vida de trabajo. Sus aficiones despuntaron cuando todavía era niño, y no hicieron sino acentuarse con el correr del tiempo. Los que en los últimos años del general Mitre le visitaban en su biblioteca, pudieron ver siempre un joven que, silenciosamente, leía o escribía en una mesa de la grandiosa sala: era Luis María Torres, que, además, junto con sus estudios etnográficos e históricos en la biblioteca del general, seguía con felicidad su carrera universitaria. Obtuvo, así, el título de doctor, al propio tiempo que acumulaba materiales para sus futuras publicaciones.

Sus primeros trabajos fueron algunos ensayos de carácter general y bibliográfico, sobre temas relacionados con la arqueología y la etnografía argentinas. Por aquellos tiempos, publicó en CARAS Y CARETAS un estudio sobre la fundación de la Universidad de Buenos Aires, que con justicia llamó la atención de los entendidos.

La calidad de sus estudios exigía, naturalmente, el *conocimiento del territorio nacional*, y en 1900 inició la serie de sus excursiones científicas al Delta del Paraná, Puerto Caboto, Río de la Victoria, ríos Ñaucay, Uruguay, Río Negro (R. O. del U.), San Pedro, cuenca del Salado de Buenos Aires, litoral marítimo de Lobería, Necochea, Los Arroyos, provincia de Buenos Aires, cuenca inferior del Río Negro, río Colorado, inmediaciones de Montevideo, etc.

En 1901, el doctor Torres se incorporó al personal científico del Museo de Historia Nacional de Buenos Aires, completando simultáneamente su preparación histórica, como ya lo recordamos, en la Biblioteca del General Mitre. Cuando a la muerte del prócer, se organizó el Museo Mitre, el doctor Torres desempeñó las funciones de jefe de la «Sección Archivo».

En 1904 había sido nombrado jefe del departamento de arqueología en el Museo de La Plata. En colaboración con el señor F. F. Outes publicó la revista *Historia*, que por desgracia no alcanzó sino a pocos números, seguramente porque todavía no había un ambiente intelectual propicio para esa clase de publicaciones. En la actualidad, el doctor Torres dirige los trabajos de la Sección de Historia de la Facultad de Letras, cuyas publicaciones documentales y monográficas cuentan con tanta aceptación entre las gentes cultas del país y del exterior.

Como se ve, aun escuetamente expuesta, la que podríamos llamar hoja intelectual de servicios del doctor Luis María Torres, es tan larga como brillante. La completaremos con una lista de sus principales obras: Los estudios geográficos e históricos de Félix de Azara, Arqueología de la cuenca del Río Paraná, Clasificación de colecciones arqueológicas en museos argentinos, Los primitivos habitantes del Delta del Paraná, Introducción al «Catálogo de las lenguas americanas», obra póstuma del general Mitre, Nuevas investigaciones geológicas y antropológicas en el litoral marítimo sur de la provincia de Buenos Aires, Cuestiones de sistemática antropológica, etc., etc. Y a esta nutrida lista de obras hay que agregar una infinidad de artículos, publicados en diversas revistas y diarios, muchos de los cuales han sido reproducidos, con elogio, en publicaciones científicas y literarias extranjeras.

Dueño, como se ve, de una actividad extraordinaria, el doctor Torres, según ya lo anotamos, no se ha contentado con leer y escribir, con ser sabio de gabinete, y entre sus principales iniciativas de trabajo deben recordarse las nuevas investigaciones antropológicas en el litoral marítimo meridional de la provincia de Buenos Aires, que llevó a cabo, en 1912-1915, en unión de don Carlos Ameghino, y uno de cuyos resultados fué el enriquecimiento de las colecciones del Museo de la Plata con notables elementos para importantes estudios. Una personalidad como la del doctor Torres no podía, como se comprende, faltar en la docta Junta de Historia y Numismática Americana (de que hace poco nos ocupamos), que no solamente le ha llevado a su seno, sino que le ha distinguido especialmente nombrándole su secretario.

Actualmente, el doctor Torres tiene en preparación dos importantes estudios; el uno arqueológico, sobre la provincia de Buenos Aires, y el otro, de carácter histórico.

En nuestra tierra, como en todas, no en todos los casos lo que se llama la fama corresponde estrictamente al verdadero mérito, frecuentemente poco conocido y apreciado de las masas. Para que éstas empiecen a saber de los hombres jóvenes de positivo valer que tenemos, nos proponemos darlos a conocer en su labor, y como iniciador de la serie de apuntes que sobre ellos publicaremos en lo sucesivo, nadie mejor que el doctor Luis María Torres, joven sabio cuya actuación es espléndida promesa para el porvenir.

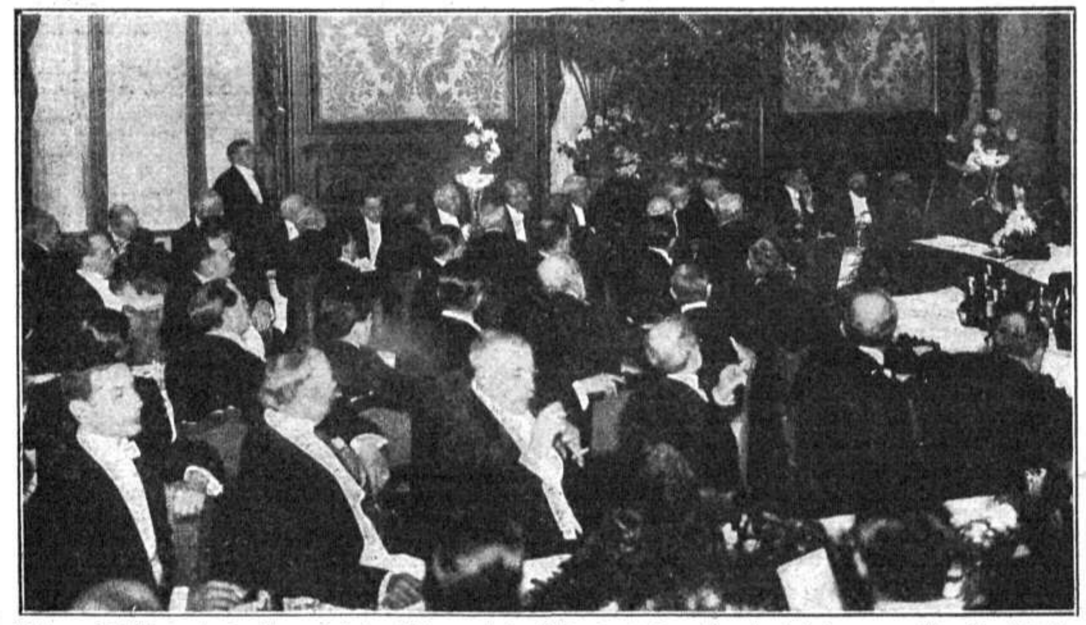
La visita de la



Recepción en el «Círculo Militar». — Los señores ministros de guerra y marina, miembros militares de la embajada y altos jefes del ejército, oyendo el discurso que pronunció el general Ruiz, ofreciendo la hermosa fiesta de camaradería con que los socios de la institución les obsequiaron.

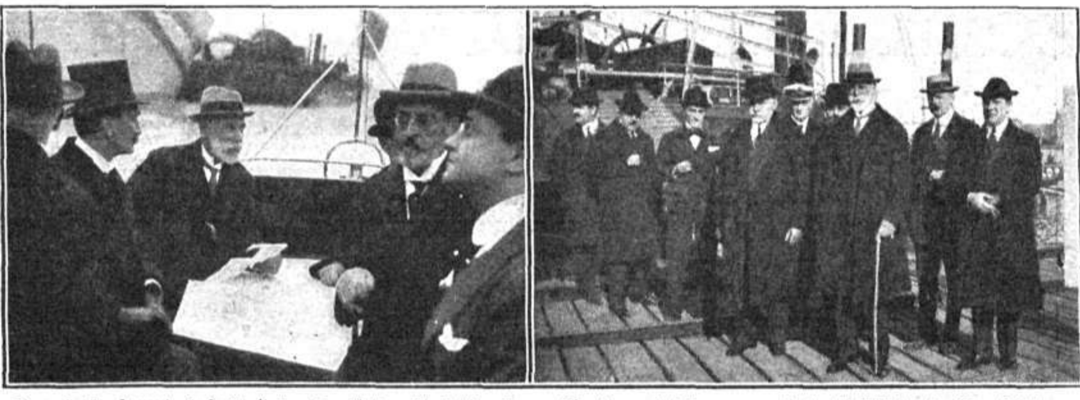


En la escuela «Presidente Roca». — El señor embajador Bunsen, con el representante inglés, Mr. Reginald Tower, y las autoridades del Consejo Nacional de Educación, oyendo el himno nacional, ejecutado por los niños de las escuelas del estado. — Los pequeños escolares, dando, en honor de los visitantes, el tradicional «¡hip, hip, hip, hurrah!» inglés.



Vista parcial del banquete ofrecido en el «Jockey-Club» por el «Comité Popular de Recepción» al embajador y su comitiva. Ofreció la demostración, que adquirió brillantes proporciones, el doctor Enrique Larreta, en un bello y elocuente discurso.

Embajada Británica

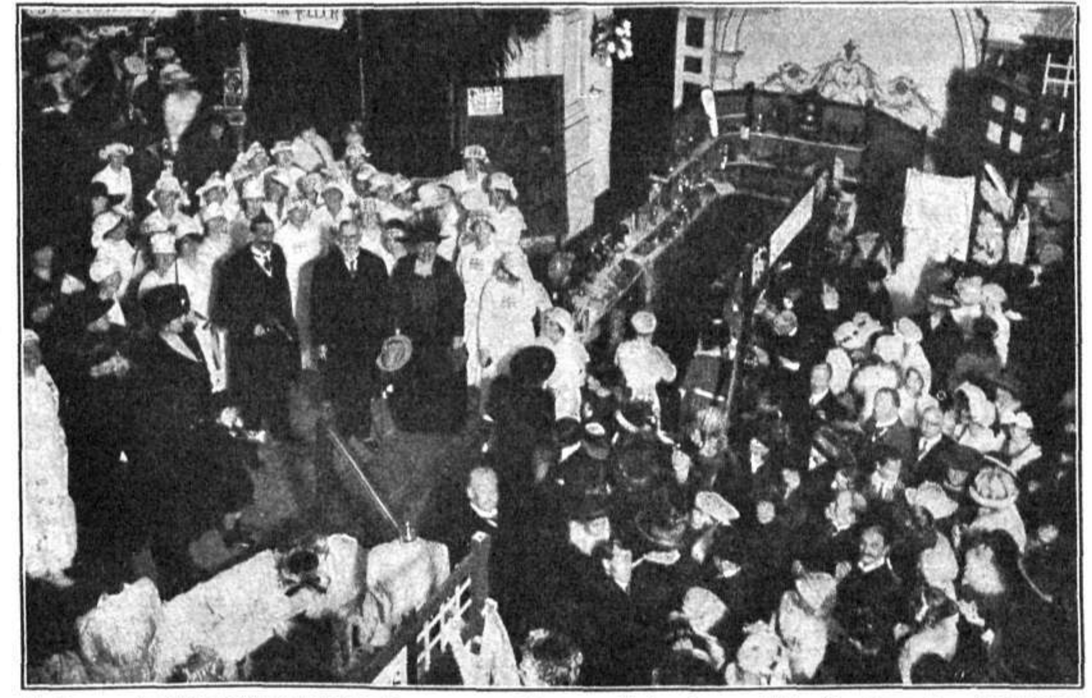


Recorriendo el puerto de la Capital. — Los distinguidos huéspedes visitaron las principales dependencias que en él se hallan instaladas.

El señor embajador, acompañado del Ministro de Obras Públicas, doctor Torello, y otras personalidades, en los talleres del Ministerio de Obras Públicas, en el Riachuelo.



En la «Unione e Benevolenza». — Momentos antes de dar comienzo, el señor embajador, a la lectura del mensaje real, por el cual el rey Jorge agradece a los súbditos ingleses residentes en nuestro país, las pruebas de patriotismo dadas por los mismos durante la guerra. Al acto concurrieron los presidentes y miembros de comisión de las asociaciones británicas y numerosas familias de esa colectividad.



Mr. Bunsen y el ministro inglés, en el «Príncipe Jorge», en cuyos salones se verificó una kermesse de beneficencia pro «Cruz Roja Británica», inaugurada por el señor embajador, a pedido de la comisión de damas inglesas que la patrocinaba.

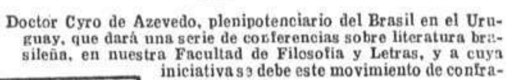
Confraternidad espiritual

La obra del cerebro y del corazón

La corriente espiritual entre las Repúblicas del Plata y el Brasil, comienza a intensificarse en idéntica proporción que la corriente comercial, quizá por aquello de que, no *sólo de pan vive el hombre*.

Era necesario, o mejor dicho, se imponía que así fuese.





Doctor Cyro de Azevedo, plenipotenciario del Brasil en el Uruguay, que dará una serie de conferencias sobre literatura brasileña, en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, y a cuya iniciativa se debe este movimiento de confraternidad espiritual.



Señor Juan Baptista da Costa, director de la Academia de Bellas Artes de Río de Janeiro, bajo cuya dirección se organizará la exposición de pintores brasileños en el Río de la Plata.

Pocos, muy pocos son los espíritus que habían incursionado por todo ese bello y misterioso mundo del arte y la literatura brasileña, y más escasos aún, los que le conocieron de cerca y podían contarnos la emoción que experimentaron ante sus maravillas.

Entre nosotros, *La Nación* quizá fué la primera que nos reveló esas bellezas, ofreciéndonos, vertido al castellano, *El Mulato*, de Aluizio de Azevedo; más tarde, el malogrado Mas y Pí, al ocuparse de algunos poetas; Edmundo Montagne, y algunos escritores del Uruguay.

Allá en Río de Janeiro y demás centros intelectuales del Brasil, tampoco se tiene una idea exacta de nuestra evolución mental o artística, y sólo se conoce por los escritores que nos han visitado, algunos de nuestros talentos ya consagrados, y uno que otro pintor, por los becados brasileños que van a Europa.

Y nada más. No es tan extraño esto, sin embargo: ya el viejo Nietzsche dice en alguna parte que «tu mayor desconocido será tu próximo». Y hasta los que han aquilatado un poco la vida, saben que cuando hablan al amigo o al vecino, a veces, el vecino o el amigo, no lo comprenden... De ahí las suspicacias y los recelos que se enseñorean hasta en los espíritus mejor equilibrados.

Felizmente, tales anomalías, de hoy más no las veremos ya. El intercambio de ideas será, en breve, una hermosa realidad! Se ha abandonado toda la frascología con que se divagaba desde la prensa, para realizar una verdadera obra de corazón y de cerebro. Tan bella iniciativa, surgió precisamente de un diplomático que siente hondas simpatías por nuestro país, y cuenta en él con vinculaciones de sincera amistad. Nos referimos al doctor Cyro de Azevedo, ministro del Brasil en el Uruguay, que es a la vez

El poeta Olegario Masiano, otro de los más entusiastas propagandistas de la confraternidad espiritual americana.



El doctor Félix Bocayuva, director de «La Revista Sud Americana», con el personal de redacción.

un selecto espíritu y un atildado escritor.

Debido a su gestión, podremos conocer este año a un núcleo de pintores de su país que expondrán sus obras bajo el patrocinio de la Comisión Nacional de Bellas Artes, como asimismo podrán concurrir a las exposiciones de Río de Janeiro y San Paulo, nuestros artistas y los del vecino país.

Por su parte, el doctor Azevedo quiere predicar con el ejemplo en esto del intercambio, y para hacerlo, ha aceptado una invitación de la Facultad de Filosofía y Letras para dar una serie de conferencias sobre literatura brasileña, las cuales tendrán el doble interés de un profundo conocimiento del asunto que trata, y el de la elocuente palabra del orador.

No es solamente esto lo que nos vinculará más estrechamente a nuestros vecinos. Hay algo más. Un grupo de intelectuales, entre los que figuran el doctor Félix Bocayuba, Olegario Mariano, el poeta de las cigarras, Aragao, Lionel, etc., acaban de fundar «La Revista Sud Americana», que será el más eficaz paladín de la unión espiritual del Continente, pues ha organizado hasta un *bouveau* para la edición de libros americanos traducidos al portugués y viceversa. Y como complemento, se comienza a difundir la música popular brasileña por algunos compositores y hasta se asegura que vendrá a ésta la compañía de comedias que dirige el doctor Leopoldo Froes y que a la vez visitará Río, una de las nuestras. Como se ve, la perspectiva es halagüeña.



Doctor Leopoldo Froes, primer actor y director de la compañía brasileña que nos visitará este año.

Tan simpática actitud, ha de difundirse en nuevas ideas surgidas de nuestro ambiente, no solamente por razones de solidaridad espiritual, sino para exaltar los destinos de América, en estos momentos de crisis moral, cuando la hecatombe europea hace pensar en la necesidad de estrechar vínculos para salvar *nuestros valores* espirituales, los cuales serán el basamento para la reconstrucción de una civilización más humana, porque hará primar el ideal de la Paz sobre la Guerra y del Derecho sobre la fuerza. Que así sea.

La frase histórica de Sáenz Peña, «Todo nos une, nada nos separa», está convirtiéndose en una halagadora verdad.



En la Bolsa de Comercio



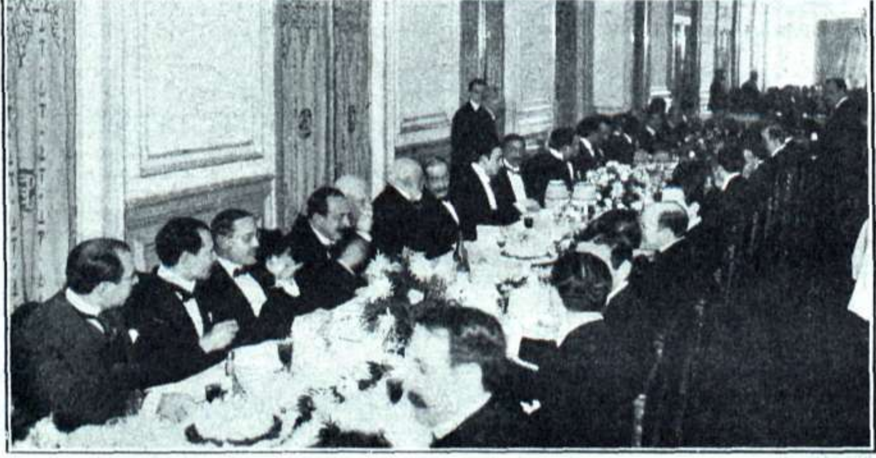
El embajador británico, Mr. Bunsen, con los señores: Reginald Tower, embajador inglés y Pedro Christophersen, presidente de la Bolsa, durante la visita hecha a las dependencias de esa importante institución.

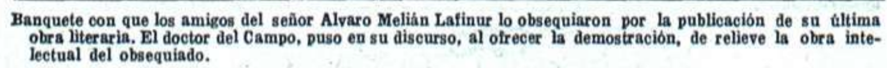
En el "Jockey - Club"



Almuerzo ofrecido por el gobernador de Córdoba, doctor Julio C. Borda, en obsequio de un núcleo de caballeros, retribuyendo atenciones recibidas durante su estada en esta capital.

En el "París Hotel"





Banquete con que los amigos del señor Alvaro Melián Lafinur lo obsequiaron por la publicación de su última obra literaria. El doctor del Campo, puso en su discurso, al ofrecer la demostración, de relieve la obra intelectual del obsequiado.

Laureado



Doctor Alberto Gutiérrez, a quien se le adjudicó el premio «Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires», por su trabajo sobre «Anatomía Topográfica del Peritoneo». El doctor Gutiérrez, que acaba de terminar su carrera, goza ya del más elevado concepto entre sus colegas, por sus relevantes condiciones de estudioso.

En el "Majestic Hotel"



Grupo de concurrentes al té-concierto, realizado a beneficio de la «Copa de Leche», que sostiene la «Asociación Escuela Alberdi».



FIGURAS DE ACTUALIDAD,

POR ALVAREZ

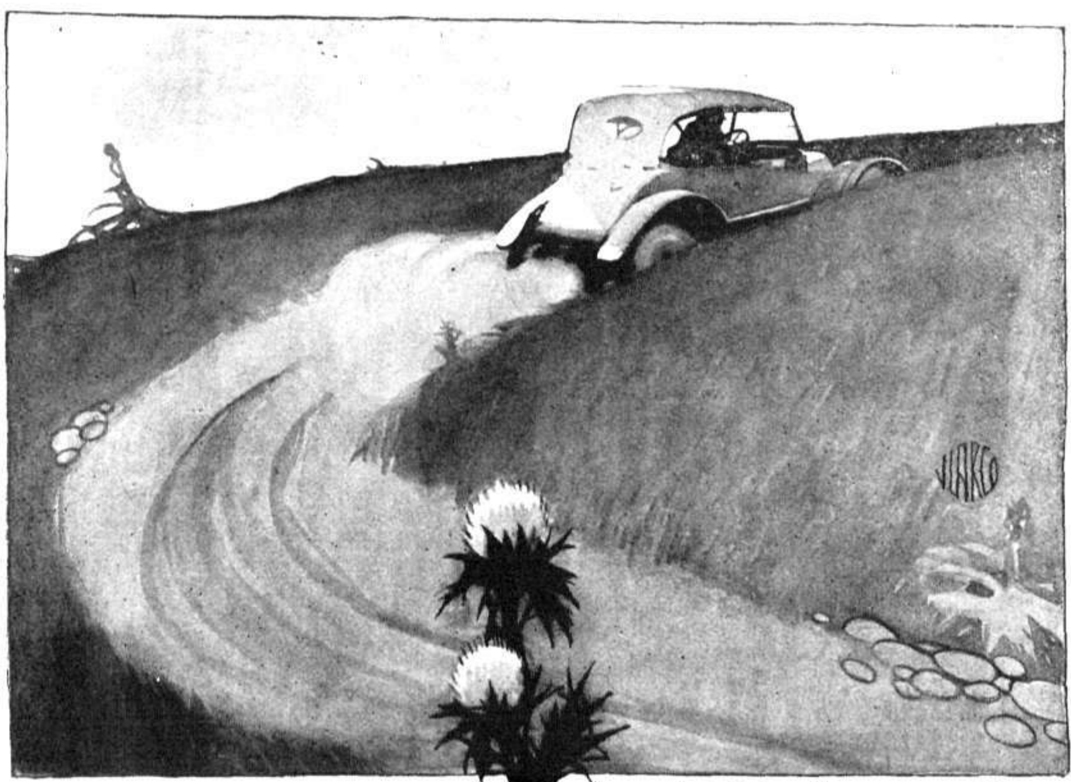
El embajador británico
Sir MAURICE de BUNSEN

Fué un verdadero concierto
de vivas, al tocar tierra.
Hasta los peces del puerto
gritaron:
— ¡Viva Inglaterra!

DE LOS "POEMAS REGIONALES"

LOMAS DE SAN LORENZO

Para CARAS Y CARETAS



I

¡Oh lomas!, quién sabe qué fuerzas extrañas
plasmaron, tras una danza colosal,
en este convulso país de montañas,
larga y apacible vuestra horizontal.

Larga y apacible, con esa tersura
infinita y honda de un sereno mar.
¡Dadme un auto loco para esta llanura!
¡Dadme un aeroplano para aterrizar!

¡Campo de gramilla!
El aura al besarte se aroma de anís.
Te dan los churcales su flor amarilla,
y mide tu anchura la recta perdiz.

(Mientras el birlocho, con marcha de oruga,
permíteme lerdo soñar y soñar,
algún automóvil de rápida fuga,
en tufos de nafta me ahoga al pasar.)

¡Loma, la más bella de todas las lomas!
a mi paso abierta como aéreo tul,
préstame tus alas, tus vagos aromas,
tu paz infinita, tu horizonte azul.

II

La «amarga pichana» (1) se vuelca ladina,
y ambula a los vientos su esqueleto vil.
Sazona el «pocoto» (2) su poma ambarina,
jabón de los pobres, cohete infantil.

Por los peladares en la tierra blanca,
labra el «atamisque» (3) su ollita de miel,

(1) Yuyo del que se hacen escobas, muy eficaz contra las pulgas.
(2) Planta espinosa que da una fruta rica en potasa. Se utiliza para lavar ropa, en infusiones.
(3) Atamisque, alpamisque o altamisque. Ollas de miel de una abeja solitaria.

arrea su bola la hercúlea «acatanca» (1),
y el sapo en el hoyo cutipa su hiel.

Cansada de montes, la mirada busca
tu lomo de leguas, tu perfil igual,
donde alguna «tipa» su silueta brusca
recorta en la grave quietud sideral.

Cuando el plenilunio de alburas te baña,
y extiende la escarcha su fino glasé,
te sueña allá lejos la negra montaña,
laguna de plata que lames su pie.

Florece a! de octubre fugaz aguacero,
en las madrugadas de ardiente arrebol,
en tus secas playas el cardo rastrero,
dulce a las abejas y esquivo del sol.

El estío dióte para que diluyas
en las tardes cálidas aroma y color,
el aliento suave de las «puya-puyas» (2)
y la purpurina «sangre del Señor» (3).

Alzan sobre el combo perfil vespertino,
de la tierra en sombras a la clara luz,
su trazo siniestro la cruz del camino,
y el «choclo del diablo» (4) su negro capuz.

Ya viene la noche, ya el ojo se aguza,
las vacas meditan y rumian en paz;
chilla en los poleos la arisca lechuza,
y el zorro desliza su bulto falaz.

JUAN CARLOS DÁVALOS.

San Lorenzo, abril de 1918.

(1) Catanga, llamada también «acatanca», es el nombre quichua de un escarabajo pelotero.
(2) Flor silvestre, muy abundante en las lomas.
(3) Especie de malva roja.
(4) Yaro manchado.

Dib. de Larco.

LOS GRANDES PROBLEMAS DE LA GANADERIA ARGENTINA

LA ALIMENTACION DE LAS HACIENDAS RESUELTA CON EL ENSILAJE

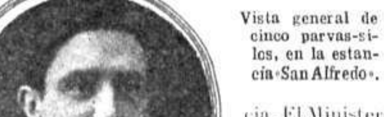


Vista general de cinco parvas-silos, en la estancia «San Alfredo».

La alimentación de las haciendas en el país, ha constituido, hasta hace poco, uno de los problemas más serios, especialmente en las épocas de sequías prolongadas, debido a la falta de forrajes abundantes y nutritivos.

¡Cuántas veces los hacendados imprevisores se encontraban con el fantasma de la escasez de pasto, no para engordar sus novilladas, sí que para mantenerlas! ¡Cuántos dolores de cabeza experimentaban los ganaderos poco calculistas, al ver que las forrajeras de sus potreros no daban señales de vida! Hemos tenido ocasión de observar en años de largas sequías, el triste espectáculo que ofrecen los campos rasos, cuyas superficies se asemejaban a la de los caminos carreteros, sin ninguna mata verde, y de cuando en cuando, algún o varios cadáveres de ganado muerto *por* falta de alimento!

El grave problema de la alimentación de las haciendas en épocas de sequías ha sido resuelto felizmente, gracias a la técnica y a la experiencia. El Ministerio Nacional de Agricultura no podía permanecer impasible ante asunto tan serio, y, al efecto, el titular de la cartera, doctor Honorio Pueyrredón, encomendó oportunamente al Jefe de Investigaciones Agrícolas, ingeniero Julio J. Bolla, el estudio de la cuestión, por medio de la repartición a su cargo.



El ingeniero agrónomo José M. Scasso, encargado del estudio *de los silos y ensilajes en el país.*

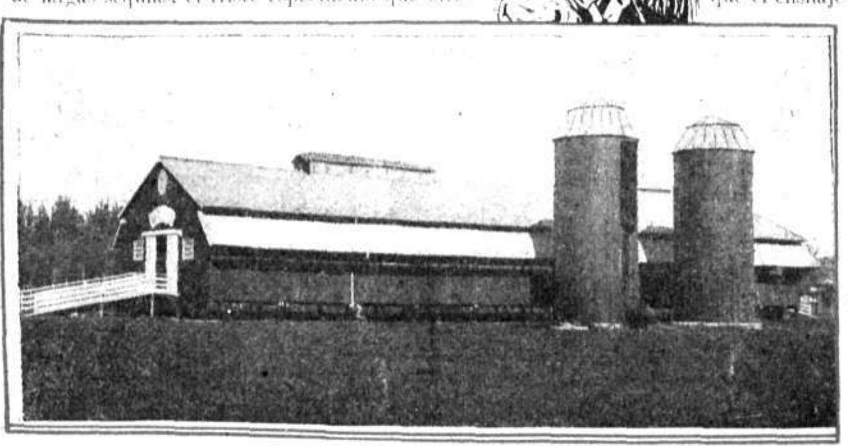


Silo subterráneo, abierto después de cuatro meses, ya apto para el consumo; estancia «Los arenales», del señor Benito Villanueva, en Ingeniero Maschwitz (F. C. C. A.)



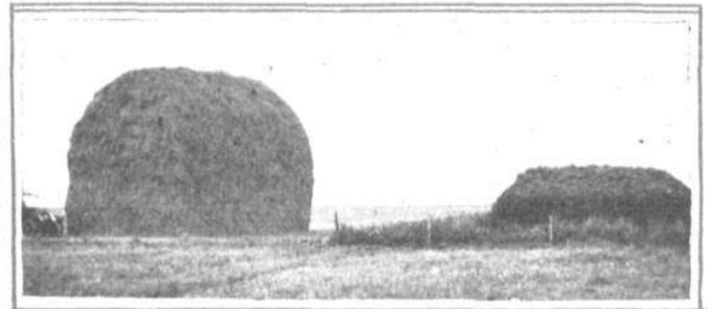
Hermosa parva-silo, de 400 toneladas de capacidad; estancia «San Alfredo», del señor Carlos M. Drabble, en Condarco (F. C. O.)

En una nota elevada al doctor Felipe Senillosa, *Director General* de Agricultura, manifiesta el señor Bolla que el ensilaje como práctica y salvaguardia de la hacienda, ha sido incorporado con rapidez pocas veces vista a la economía ganadera de los Estados Unidos, país que ha sabido apreciar bien pronto la bondad de este método de conservación de forraje. La República Argentina;—prosigue,— sobre cuyos intereses agropecuarios se ha cimentado su progreso material, no podía tardar en asimilar una tan excelente práctica, y aunque al principio su difusión fuese lenta por el poco conocimiento de la misma, bastó el esfuerzo de unos pocos hacen-



Silos cilíndricos norteamericanos, instalados al lado de un galpón, en la estancia «Santa Aurelia», de los señores *Bartolomé Ginocchio e hijos.*

dados progresistas y de iniciativa para estimularla y propagarla hasta la altura en que hoy se encuentra.



Una parva de pasto seco y una parva de silo de un año.

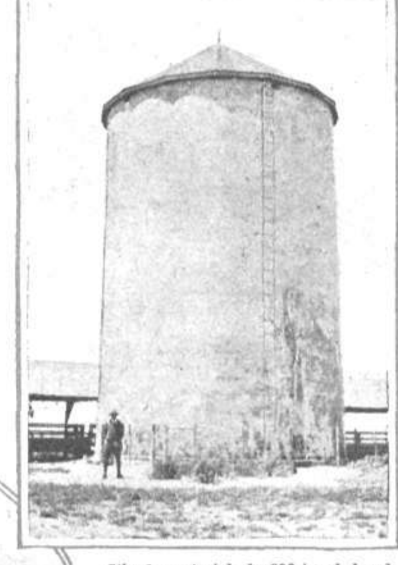
Su desarrollo es siempre creciente y las desconfianzas que suscitó al principio entre la gente de campo, incrédula y poco amiga de innovaciones por lo general, han desaparecido para dar lugar al entusiasmo provocado por las ventajas que les reporta. Y no está lejano el día en que gracias a la multiplicación de los silos, que son verdaderos seguros del ganado, las mortandades de hacienda por sequía y falta de pasto, que el país presencia de cuando en cuando, pertenezcan por completo a los tiempos pasados.

El ingeniero agrónomo José M. Seasso, que es el técnico que ha llevado a cabo la investigación sobre silos y ensilaje en el país, ha elevado al Ministerio de Agricultura el resumen de un extenso y concienzudo informe, en cuya introducción dice que la utilidad del ensilaje para la República Argentina, hoy no se discute. Fuera de constituir por sí mismo un alimento muy valioso, para las haciendas en general y especialmente para la vaca lechera y el novillo de engorde, ha resuelto de una manera incontrovertida el problema del mantenimiento del ganado con forraje suculento durante el invierno. Es así que la invernada ha venido a descansar sobre una base segura, dado que los meses de vegetación exuberante suministran el forraje que ha de aprovechar en los meses de penuria. Bajo esta faz presenta una notable ventaja, pues la función que desempeña durante el invierno, la ejerce igualmente durante las épocas de sequías y demás calamidades que a veces azotan a la ganadería del país en lo que respecta a la escasez de forrajes.

Pero la utilidad del ensilaje, continúa el investigador, adquiere pronunciado relieve cuando se considera su baratura y productividad frente al pasto seco o heno. Puede estimarse que en igualdad de condiciones, la tonelada de ensilaje cuesta la mitad que la de heno y que al mismo tiempo una hectárea de forraje ensilado rinde en alimento tanto como cinco o siete hectáreas del mismo forraje convertido en heno, vale decir, que si una hectárea de alfalfa ensilada alcanza para engordar durante dos meses, de 50 a 70 novillos, una hectárea de alfalfa convertida en heno alcanza para engordar durante el mismo tiempo, tan sólo 10 novillos. Son datos sacados de la práctica.

Hacienda vacuna alimentándose con ensilaje; al lado está la chata repartidora de ensilaje; estancia «Los Arenales».

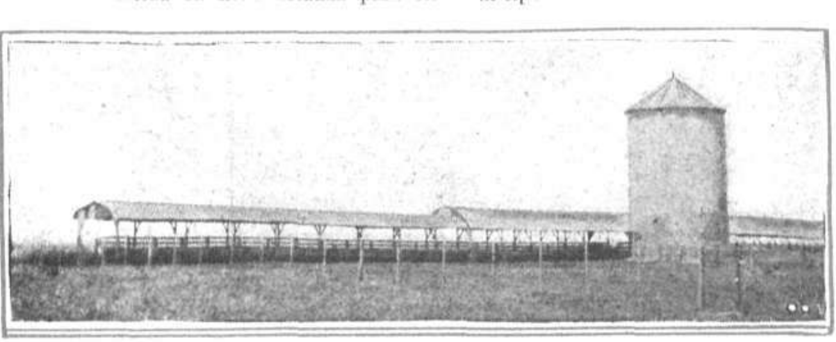
En cuanto a la elección del tipo de silo conveniente, las investigaciones del señor Seasso permiten afirmar que para la gran mayoría de la República, donde el ambiente agropecuario es eminentemente extensivo, el tipo que se impone es la parva-silo de alfalfa con presión de tierra, que es el silo más simple y al alcance de todo el mundo. En las regiones donde el ambiente es húmedo, conviene el silo en tierra mixto, también a base de alfalfa. Finalmente, en las granjas intensivas y cabañas de cría que disponen de poca superficie cultivable, conviene el silo cilíndrico elevado (sistema norteamericano).



Silo de material, de 600 toneladas de capacidad, ideado por el señor Juan Mourás; estancia «San Julio», de los señores Mourás e hijos, en Corazzi (F. C. O.)

Tocante a las plantas que se deben ensilar, afirma con todo acierto el técnico investigador mencionado, que pudiendo ensilar alfalfa, conviene más esta planta, pues no necesita ser picada antes de llenar el silo. El maíz, tan preconizado para ensilaje, requiere para ser picado y elevado al silo, de $ 0.70 a 0.80 por tonelada, nada más que en nafta para el motor. Este gasto y el de las máquinas indispensables, así como peones para atenderlas para el picado y elevado, hacen que deba preferirse, siempre que sea posible, la parva-silo o los en tierra, al tipo cilíndrico elevado. Mientras la tonelada de ensilaje en este último cuesta de $ 4.50 a 7.—, en la parva-silo resulta a razón de $ 1.60 a 2.50.

Es de felicitarse que uno de los problemas más serios para la cría de haciendas se halle resuelto, y que propenderá al incremento mayor de nuestra ganadería, una de las dos columnas más sólidas en que descansa la riqueza argentina.



Silo de material, con tinglado y comederos; estancia «San Julio».

Hugo Miatello
(hijo)



El aprendizaje americano

(Recuerdos del gran viaje de un iluso)

San Juan de Puerto Rico, todo blanco y alegre sobre una colina, abríase a mis ojos estupefactos como la verdadera expresión de lo exótico y de lo tropical. Una grande y sinuosa bahía bañaba los cerros de fronda impenetrable, y entre la maleza, como en medio de un jardín, a veces clareaban unos pequeños edificios pintados de rosa, de azul, de naranja.

Pisé tierra, e inmediatamente sentí el vaho especial de los climas tórridos. Era algo inexpresable y nunca sentido que me mareaba extrañamente, y que sugería a mi naturaleza juvenil un raro ímpetu de sensualidades indefinidas. Mezcla de calor húmedo y pastoso, de ráfagas salinas, de efluvios forestales; olor a manigua florida; olor a melaza, a ron y a frutas muy azucaradas...

Una negra de grandes senos colgantes y cadera cadenciosa, pasó entonces y descubrió por primera vez a mis miradas de europeo receloso sus gordos labios de bestia carnal. En lo íntimo de mi ser, parecía que una montaña de preocupaciones seculares alzábase a protestar con repugnancia, y me pregunté aterrado si sería posible, en efecto, que un hombre blanco y europeo podría nunca oprimir con sus labios aquellos labios monstruosamente e ingenuamente libidinosos.

¿No es este el mundo incomprensible e impracticable que el hombre blanco de Europa extrañará siempre? —me dije,—y ya para entonces comprendí el irremediable fracaso de mi viaje. Me dí cuenta, en fin, de que aquella tierra ardiente, fecunda y desmesurada, era lo antagónico de Europa, y comprendí además que el Trópico era un producto monstruoso de la Naturaleza, en cuya ardiente fertilidad sólo podían existir los seres y las cosas monstruos.

Pero en la atmósfera, ¿qué vagos presagios volaban?... La muerte sin duda iba por el aire, esa muerte tropical que cae fulminante en la fiebre segadora, o que aniquila lentamente en una consunción suave e invencible. Mientras tanto, mis ojos admiraban el brillo lujurioso de los árboles, la olorosa pulpa de los frutos, la blancura alegre de los edificios, lo pintoresco de los jipijapas, la diversidad de la mulatería, el paso infantil y grotesco de la negrada, las risas gangosas de los zambos, las miradas insinuantes de las criollas, el pregón cantarín y melodioso de los vendedores que bailaban y jugaban al pregonar sus mercancías por la calle.

Aquello fué tan rápido y sorprendente, que cuando me colocaron en un diminuto vagón de un tren vertiginoso, creí que todo había sido nada más que un sueño. El sueño, sin embargo, continuaba. Desde la ventanilla distinguía un paisaje de cuento de hadas. Jamás pude imaginar hasta qué punto serían verdes, polícromos, exuberantes y distintos los campos tropicales. Veía bosquecillos de cocoteros infinitamente fragantes y graciosos, y bajo la curva majestuosa de las palmas, unas casitas de madera, pintadas con los colores más vivos y bonitos. Veía los prados de un verde virginal, de un espesor de alfombra, donde la lluvia súbita y reciente había sembrado sus gotas como rocío, que el sol abrillantaba y convertía en joyas diseminadas. Los cañaverales dulces, donde los negros, semiocultos entre las hojas, volvíanse al tren y hacían, riendo, con los machetes cómicas amenazas de degüello.

Sí; los recuerdos hacen rica a nuestra vida y la llenan de visajes melancólicos... Lo cierto es que yo me vi una mañana detrás del mostrador de una tienda, vendiéndoles a los negros camisetas y pantalones de dril.

Ahora mismo podría dibujar exactamente aquel sitio amargo en donde me sentí tan triste, tan disminuído y fracasado ante mi propia conciencia. La tienda de *mercería* comunicaba directamente con la *pulpería*. Los *merceros* éramos unos dependientes privilegiados, casi unos señoritos; en el ancho vestíbulo o soportal de la mercería, a la tarde, con ese ocio lánguido y señorial de los países americanos, las gentes conspicuas de la localidad hacían una cortés tertulia con nosotros. Mientras tanto oíase al lado, en la *pulpería*, la extraña risa gutural de los negros que bebían, con el largo machete desnudo bajo el brazo, su aguardiente apestoso, o mascaban unas nauseabundas cuerdas de tabaco macerado.

De codos sobre el mostrador, yo asistía a aquel espectáculo imponderable, o me pasaba abstraído, ensimismado, largos momentos en la contemplación de una alta y majestuosa montaña, cubierta de bosque hasta la cumbre, que se erguía enfrente mismo de mi mostrador. ¡Si al menos me hubiesen dejado ir por aquella montaña, a realizar la vida libre e índica que yo soñé!... Pero la voz discreta del jefe me sacaba de mi ensimismamiento y me hacía recordar la obligación.

En efecto, un obrero del campo me pedía muestras de camisetas. ¡Cómo llegué yo a odiar a todos los compradores! A todos, cualquiera que fuese su color y su raza: *jíbaros* del monte, de origen indio-europeo, lentos y atontados como campesinos languidecientes; o negrazos de plutónicas facies y resudados cuerpos; o mulatillos de receloso ademán y malignas intenciones. Había que venderles en un fatigoso e interminable regateo. Jamás renunciaban al trato y a las argucias del gitano, y era inútil pretender una venta leal y rápida. Al contrario, aquellos seres miserables, corroídos por las abyecciones de raza, de esclavitud, de ignorancia y de pobreza, sentíanse infernalmente dichosos cuando podían comprar algo, porque entonces sabían que no les faltaba un halago, un piropo, una adulación del dependiente blanco. Sabían también que entonces eran libres de molestar, de cansar al dependiente, que con irónica resignación se prestaba a aquella pobre venganza.

Sin duda era el trabajo superior a mis fuerzas. Y a pesar de las discretas indicaciones del jefe, mis pro-

gresos como mercader no avanzaban mucho. Todas las noches, al sonar las diez, los dependientes saltábamos el mostrador y cerrábamos las puertas. Era nuestra hora. Todos juntos, en franca camaradería, los muchachos se sentaban a charlar y beber. Yo me dirigía a la trastienda, y alzando el catre de mi propiedad, tendía las dos sábanas, me arrojaba rendido, y con una insistencia irremediable, reanudaba la terrible lucha: sudor, chinches, cucarachas voladoras y mosquitos *zancudos* de aguijón lacerante. Y además, ¡aquél terror supersticioso por los alacranes, no vistos nunca, pero temidos infinitamente!...

Para remediar mi tragedia, he ahí que recurría al recuerdo de los estoicos, tantas veces admirados a través de Schopenhauer. También buscaba consuelo en Schopenhauer, y repetidamente, incansablemente evocaba aquella página del filósofo en que explica y diferencia los valores humanos. «Lo que se es, lo que se tiene y lo que se representa»... ¡Cuánto consuelo y cuánta esperanza dieron a mi espíritu en otras ocasiones esas palabras diferenciadoras, tan caras al orgulloso! Entonces también, viéndome en el catre lacerado de chinches y mosquitos y bañado en sudor, repetía mentalmente la máxima estoico-schopenhauriana de que lo importante es lo que se es, pero no lo que se tiene ni lo que se representa.

Yo *era* algo, aunque nada tuviese y no representase nada. Yo *era* más que todos aquellos negros, mulatos y dependientes...

Tras una noche febril, me levantaba con la aurora. Era yo el último de la casa, y en la casa existían costumbres que no podían soslayarse. Por tanto, abría las puertas de la tienda, me dirigía a un rincón, empuñaba la escoba... (¡En el bolsillo reía entretanto Schopenhauer cínicamente!)

Aquellas noches de tortura y aquellos días de humillación; aquella imponderable tristeza que me aniquilaba todas las mañanas, después de barrer con mi escoba los suelos, y la rabia continua ante la necesidad de tener que sufrir las impertinencias de los sucios e inmundos compradores; todo aquello, que forma el episodio más deprimente de una vida, tuvo que acabar mal sin remedio. Adquirí una dispepsia melancólica y sentí vivamente la tentación de morir... El instinto de defensa que sostiene a todo enfermo me abandonó, y casi estimulaba yo mismo a la enfermedad para que se hiciera más grave.

Entonces me llevaron a una finca del campo en calidad de convaleciente. Y allí, entre los rebaños de toros, frente a un llano sembrado de caña de azúcar y de pastizales, en la muelle serenidad del paisaje antillano, pude serenar un poco mi espíritu y abrirme una ventana por donde clarease la ilusión del porvenir. ¡Volver a España!... Esta era la idea absorbente y única que me prestaba valor y me agarraba a la vida.

He ahí cómo fracasó un iluso, aspirante a potentado y discípulo de Schopenhauer...

JOSÉ M.ª SALAVERRÍA.

Madrid, febrero, 1918.



Dib. de Martínez Jerez.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

EL VETERANO VELLIDO

El veterano Vellido, en pose para «Caras y Caretas».

Es raro encontrar ya soldados, que como el sargento Vellido, pertenezcan a la guardia vieja de nuestro ejército de línea, sobre todo que se mantengan como él, vigorosos y lúcidos, pues la edad y con ella todos los achaques, los inutiliza moral y físicamente casi por completo.

No sucede así con Vellido, quien pocos días después de haber estado con él, lo hemos visto del brazo de un attaché militar de cierta legación extranjera, presenciando, con su traje de parada y el pecho lleno de gloriosas condecoraciones, en actitud marcial, el desfile de los jóvenes soldados, cuyo paso comentaba animadamente con el citado attaché militar.

Nuestro héroe, ha actuado en la época en que nuestra patria se hallaba convulsionada por luchas internas, tomando parte en varios combates, en los que dejó bien sentada su fama de hombre valiente y temerario.

Ascendido a sargento, sobre el campo de batalla, recuerda mil episodios, que nos relata con detalles precisos, haciendo desfilar ante nuestros ojos, lo que la historia nos ha revelado con ribetes literarios.



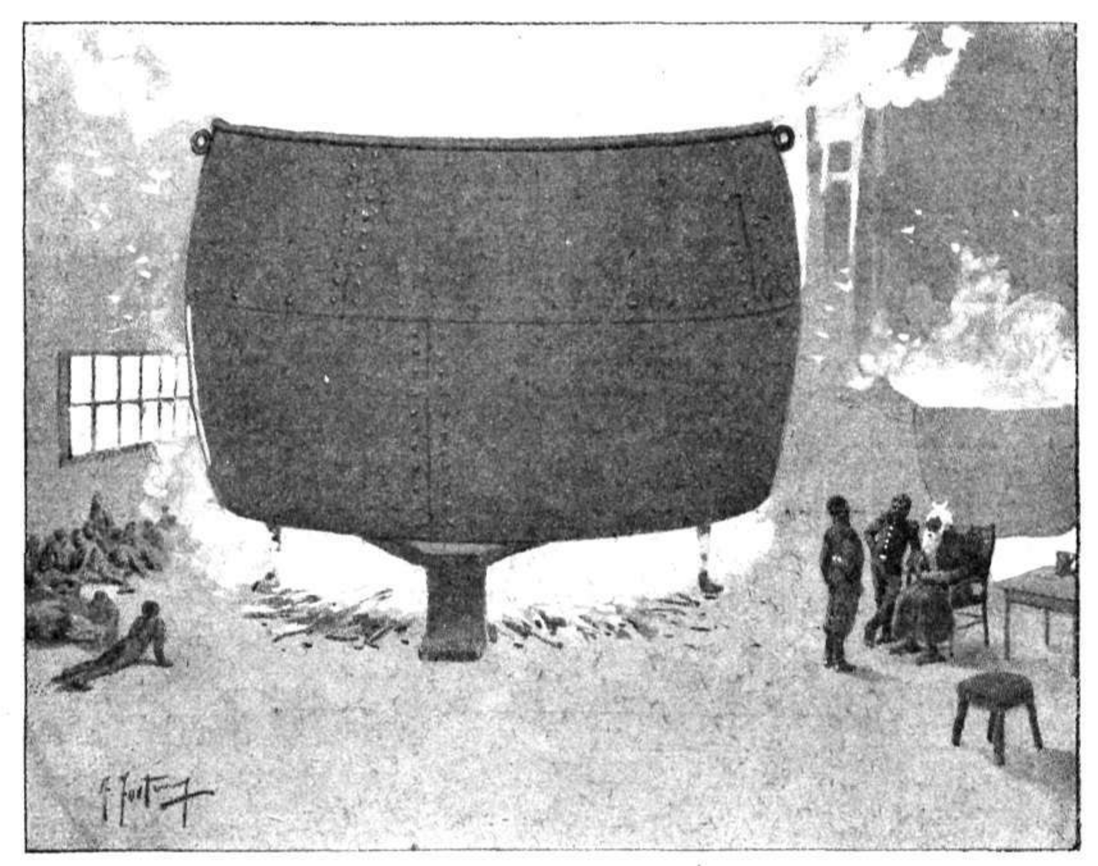
En compañía de sus nietos.



El anciano Vellido, de San Andrés, con su esposa.

Sus 95 años, no le impiden que tenga el valeroso anciano, un prolijo cuidado a su hermosa cabellera, que adorna como una espléndida y nívea corona su rostro lleno de bondad y de firmeza.

Hoy vive feliz, rodeado de sus hijos y nietos, por quienes siente un cariño entrañable, dejando que la vida se deslice como un recuerdo...



Avatar de Facundo

Cuando Facundo Quiroga dejó de existir, no muy naturalmente que digamos, en Barranca Yaco, lo primero que hizo fué pensar en Tata Grande. Casi con certeza sabía que, en el otro mundo, Tata Grande era Dictador y más poderoso que el mismo don Juan Manuel en la tierra. Con su clara inteligencia comprendió en seguida cuán prudente era ponerse al habla con el Señor de las Alturas y, acaso, serle adicto en su servicio.

Dos dificultades se le presentaban: ¿hacia qué rumbo quedaría la estanzuela de Tata Grande?; y si era lejos, como suponía, ¿dónde encontrar caballo para hacer el viaje? Echó una mirada a su frente: los campos del otro mundo eran idénticos a los que conociera en vida. Vió algunas tropillas cerca del lugar en que se hallaba. De pronto, a su lado mismo, se alzó un gemido. Quiroga miró y su asombro fué grande: era el niño degollado sin piedad ninguna por Santos Pérez. Ostentaba en el delgado cuello como un hilo rojo, parecido al collar de rubíes de Margarita... El caudillo exclamó:

—¡Cómo es eso, criatura! ¿A vos también te han despachado esos salvajes?

—Sí, su mercé; contestó el inocente con una sonrisa.

—¡Qué bárbaros! — gritó Quiroga, poseído de indignación. ¡Qué salvajes, qué inmundos!... ¡Ah, hij' una! ¡Miren la iniquidá, amigo! Y el general movía la cabeza consternado. Después de un momento, agregó:

—Bueno... Dejálos no más, muchacho. Ya estirarán la pata como nosotros y caerán a estos pagos. ¡Y entonces nos veremos las caras, caballeros! — concluyó, como dirigiéndose a invisibles y lejanos enemigos. Ahora vení... Ayudáme a agarrar caballo...

—Sí, señor; contestó el niño.

Por todos lados los prados vastísimos del reino de la muerte, los bosques, las montañas, el llano, estaban poblados de ganado en espíritu. Las almas de los caballos tenían la misma forma del cuerpo que encarnaran en vida. Comían pastos obscuros y algunos animales triscaban sin producir ruido absolutamente. El caudillo de los Llanos admiró el profundo silencio de aquel paraje. Dos carneros, al topar con furia, no despertaban el menor eco en la atmósfera. Todos los objetos en torno tenían una apariencia espectral. Quiroga pensó:

—¡Las cosas de Tata Grande!

Después ambos se dirigieron a una tropilla cercana y, con paciencia, arrinconaron en un abra a los animales. El caudillo advirtió el pelo: todos zainos-malacara; y miró la marca: una cruz. Tomó un caballo de la crin, el más macizo, le hizo un bocado con la faja y saltó, en pelo.

—Bueno, dijo al niño, subí enancas...

—¿Para qué, señor?

—¿Cómo para qué? Yo voy a la estancia de Tata Grande, ¿no querés ir vos también?... Quién sabe no te podás conchabar de boyero... Vení: yo te voy a recomendar...

—Yo lo conozco a Tata Grande, mi señor.

—¡Cómo! — repitió Quiroga sentándose sobre un muslo en el lomo del malacara, ¿que vos lo conocés a Tata Grande?

—Ciertito, su mercé; y puedo llevarlo, si manda, a la estancia...

—Está bien, dijo el caudillo, sin comprender aquello, pero dispuesto a no averiguar más. De todos modos, agregó, no vas a ir a pata... Subí de una vez y vamos.

—No hay necesidá, Don Facundo, vea:

Y el niño desplegó dos alas que brotaron al pronto de sus espaldas. Su rostro, sus manos y sus pies resplandecieron. Sólo el tajo del cuello, el collar de carmín, contrastaba en el restante armiño.

—Sígame, Don Facundo, dijo el Querubín.

El formidable guerrillero se santiguó por primera vez después de muchos años y como el niño volara delante de él, sin mayores preámbulos apretó las piernas al zaino.

El caballo dió un salto de veinte metros, después otro, y otro más, corcoveando de un modo macabro, de manera nunca vista. Un fuego de energía incendió al caudillo, que se mantenía firme como estaca en la cabalgadura. Y en un arranque de coraje:

—¡Soy tan jinete como Rosas, sotreta! — gritó el bárbaro.

Entonces el caballo comprendió obscuramente lo inútil de la resistencia y se sometió de pronto, poniéndose casi a volar, en una carrera vertiginosa, detrás de las alas del niño.

— ¡Qué flete! — pensaba Quiroga. Si lo hubiera tenido allá en Ojo de Agua, cualquier día me agarran esos malhechores...

Fueron noches, semanas y meses de galope incesante. El Querubín volaba sin tregua y a medida que avanzaban la claridad se hacía diáfana y de más en más deslumbradora. Por fin se vió en el horizonte un inmenso medio círculo de luz. Quiroga apreció que era más brillante que las *chauchas* de su antiguo tirador. Al fin avistó una tranquera limitando el traspatio, y consideró con asombro la altura de los árboles que rodeaban la estancia, cinco veces más grandes que los caldenes del Río Quinto. Su guía detuvo el vuelo por encima de las casas, y el caudillo observó que se mantenía quieto en el aire, con sólo agitar las alas, a la manera de la lechuza cuando busca la presa en el suelo. Después miró hacia la tranquera: delante de ella estaba un sargento barbudo, que respondió al saludo del viajero.

— ¡Ave María purísima!

— Sin pecado... Bajesé.

Quiroga se apeó y al soltar al malacara, éste se hizo humo en un periquete. Cuando dió vuelta, vió disparado al caballo, rumbo de la querencia. La cruz de la marca clareó un momento a sus ojos en el cuarto trasero, recordándole la P familiar de los caballos de la patria.

— ¡Qué pingo, compadre! — dijo el viajero, dirigiéndose al sargento. Nunca he visto a un redomón galopar tan parejo,... ni de tanto aguante... Día y noche pedía riendas... Pero también le aseguro que ha bellaqueado como un demonio...

— Tenga cuidado, compadre, interrumpió el sargento. Aquí no se puede mentar ese nombre...

— Cierto, dijo Quiroga, como recordando.

Del caserío llegó una voz clara:

— ¡Pedro!

— Voy, señor, respondió el sargento. Y dirigiéndose a Quiroga:

— Sígame, paisano, dijo.

Y condujo al recién llegado a la enorme cocina de la estancia. La luz entrada por las ventanas hízole advertir a algunas personas sentadas en poyos diversos. Un considerable fuego de leña de espinillo hacía hervir una olla grandísima. Al verla, Quiroga calculó que el paisanaje en la casa debía ser numeroso. Pero sus miradas se concentraron de preferencia en el que parecía ser el patrón. Le vió sentado en una silla de algarrobo, con asiento de cuero crudo. Era igualito al San José de la iglesia en La Rioja y tenía, como el santo, una media luna en la cabeza, que a Quiroga se le antojó la barbada de un freno. El viajero calculó que aquel hombre debía ser viejísimo.

— Entrá, buena pieza, dijo el de la silla de algarrobo.

El terrible llanero se tragó en silencio el calificativo. Sospechaba que con aquel hombre, viejo y todo, no valían guapezas.

— Sentáte, agregó el anciano.

Quiroga obedeció.

Hubo un silencio molesto. Después:

— ¿Qué haremos con éste?... ¿Agua?... ¿Fuego?... preguntó Tata Grande al sargento.

— Hay que ponerlo a ablandar en seguida, contestó el gendarme con una risita que irritó al caudillo.

— ¿Hay leña suficiente?

— Sí, señor, dijo Pedro. Hay diez mil laureles tucumanos, bien secos.

— Bueno, amigo: al fuego, a ver si se le ablanda ese carácter...

De improviso, Facundo Quiroga se encontró transportado a un ambiente gris y metido en una enorme caldera de agua hirviendo. Su primera impresión fué de todo punto desagradable. En seguida comprendió que se quemaba de un modo horrible. Bramó de dolor, pateó, gritó; maldijo al tirano de Tata Grande y al canalla del sargento. Sospechó que se cocería sin remedio y que continuaría cociéndose sin morir. Aquello excedía a su inteligencia y consideraba el castigo muy superior a sus crímenes, y especialmente a su aguante. Y esa situación decididamente incómoda, se prolongó durante el día y la noche, pasadas en un grito.

Al amanecer del segundo día el dolor le había penetrado tan íntimamente, que ya no le sentía con igual intensidad que al principio. Pudo detenerse a considerar las cosas ocurrentes a su alrededor. Y vió a otros hombres, condenados, como él, a idéntico purgatorio de cocción. Estaban en la misma caldera colosal que le servía de habitación forzosa y ni siquiera les había sentido. Pero en los días subsiguientes, pudo cambiar algunas palabras banales con sus compañeros, también desesperados, en los momentos de receso del dolor. Así pudo enterarse de que todos se cocían allí por iguales pecados de orgullo y de barbarie.

Pasaron años, largos años, y Quiroga continuaba ablandándose en su caldera. Mas ya no se quejaba como en los primeros tiempos. Estaba, creía él, absolutamente connaturalizado con el dolor y hasta echaba de vez en cuando un «ta-te-tí» con el compañero más curtido de la banda, por lo general algún compatriota. Ahora consideraba aquel casi un justo castigo... Sus ideas habían variado mucho. Rezaba, en las que él imaginaba noches, el Padrenuestro, con gran devoción. Un día oyó un diálogo cerca de su caldero, del lado exterior:

— ... ¿cuánto tiempo, dices?

— Treinta años, señor.

— ¡Caramba! Me parece que lo has dejado pasar de punto, Pedro.

— Ahora lo veremos, respondió la voz de Pedro. Y Quiroga se vió de súbito fuera del agua hirviente. Una impresión indefinible le invadió, una impresión casi desagradable... Era el cambio brusco de temperatura, sin duda. Miró ante sí y conoció a Tata Grande y al sargento Pedro. Y fué un grandísimo sentimiento de humildad lo que se apoderó de él. Sollozó:

— ¡Perdón, señor!

— ¡Ay, ay, ay, Pedro! Este se ablandó por demás, ¿no te lo dije? Ahí le tienes, humilde... se diría el perro de San Roque... Me parece que al pobre no le quedan ni vestigios de su antigua soberbia... Si se le ha cocido también la voluntad, es hombre al agua...

— Del agua, mi Dios, rectificó tristemente Quiroga.

Tata Grande se rascó la nariz para no reir. Pedro dijo:

— Sin embargo, aun le toca renacer en la tierra y en su país. Fué muy grande pecador y según las leyes de Su Mercé, debe completar todavía, allá abajo, otra temporadita...

— Cierto es, comentó Tata Grande pensativo.

Y después de un silencio:

— Es necesario hacerle abogado, dijo. Es profesión de charlatanes... Esas republiquetas merecen una lluvia de abogados...

Pedro dejó oir una nueva risita de fisga, pero el humildísimo Quiroga no experimentó la irritación de otro tiempo.

— ¡Sea! — agregó El, volviéndose al llanero: Renacerás en tu tierra... Estudiarás... Te condeno al múltiple error de las fórmulas jurídicas, eso que tus congéneres llaman justicia... con todo cinismo. Fuiste la presa de los instintos: serás ahora el juguete de las ideas... Nuevo error, pero un progreso para tu alma... Y es más elegante que el de ser tigre en los Llanos...

Y Tata Grande terminó con este irreplicable imperativo:

— ¡Fiat!

Alfredo López Prieto.

Dib. de Fortuny.

De la gran Guerra

Entre las «armas» nuevas empleadas en la guerra, los gases asfixiantes, lacrimógenos, venenosos, etc., no son los que menos daño han hecho. La macabra imaginación de los químicos no ha enconfrado limites, y ha ideado las más extraordinarias y mortíferas combinaciones gaseosas. Y aun los que no están en la línea de batalla, como los niños de las escuelas de Reims y otras localidades a las cuales alcanza el cañón alemán, tienen que usar máscaras para protegerse contra los efectos de esos gases. Fácilmente se comprende, entonces, que el consumo de hombres, diremos, que hace la guerra, sea inmenso. Cuando, al final, se sepa con seguridad el número de muertos, inválidos y enfermos que la guerra ha dejado, el mundo se asombrará y se aterrorizará ante la magnitud de ese número. De ahí que países como Francia, de una población relativamente menor, haya tenido que recurrir a sus colonias, en demanda, no solamente de soldados, sino también de obreros, que reemplacen a los franceses que están en las trincheras. Annamitas y turkineses han debido, pues, cruzar los mares para ir en ayuda de la metrópoli, en donde son tratados como verdaderos compatriotas, habiendo muchos de ellos recibido señaladas distinciones.



Grupo de niños provistos de máscaras contra los gases asfixiantes, antes de ir a la escuela, en una aldea de Alsacia, recientemente reconquistada por los franceses.



Soldados annamitas, en las trincheras del frente del Marne.



Soldados del Tonkin, aprendiendo en Francia a armar sus tiendas, en el campamento donde se les instruye, antes de mandarlos al frente de batalla.



Una voiturette en Francia, tirada por un perro de guerra de Alaska y uno de Francia.

La vida en "La Puna" (Jujuy)

En el torbellino donde se agita la vida de la cosmópolis inmensa, el *exotismo de aquellos tipos* llegados de tierras lejanas, caracterizándose siempre con un sello de peculiaridad especial, despierta apenas la atención callejera, perdiéndose hasta confundirse con la turba preocupada que pasa... Eso habría sucedido con nuestros protagonistas, a no mediar su visita a nuestra redacción, donde expusieron los fines y los afanes que condensa el largo viaje desde la apartada región de Jujuy. Son ellos dos indígenas de esos poco conocidos lugares, venidos a solicitar el apoyo del gobierno para que les sean restituídas sus tierras, de las que fueron despojados después de una larga posesión, cuya data se remonta a los antiguos tiempos de los Encomenderos.

Dueños ya legendarios de esa parte del suelo argentino, al borde mismo de la frontera boliviana, han cultivado allí su vida, humilde y laboriosa, luchando con las penurias e inconvenientes que representa su comercio en esos lejanos parajes; pero felices de lograr salvarlos, marcando lentamente el incremento de su pueblo.

En aquellas áridas tierras de Jujuy, sólo algunos rarísimos vestigios pasados, demuestran que la civilización indígena anterior a la ocupación por los Encomenderos, había alcanzado un grado de adelanto del que es prueba el templo, aún existente de Cochinoca, hermoso monumento de la Fe, cuyo culto era como una base fundamental de sus adelantos. Vive allí su vida actualmente una *pequeña población indígena;* por su forma de existencia, tan privada de todo lo que representa la civilización actual, aunque el amalgamamiento de su raza con los españoles, desde ya remotos tiempos, ha creado un tipo mejorado que habla nuestro idioma y alcanza los ecos perdidos de la cultura moderna. Tristísima es la existencia de «La Puna»; pero, adaptados a su lugar nativo, sobrellevan sus rudas tareas y sentíanse dueños por antiguos derechos que ahora quieren desconocerles, y por esas causas, esos dos indígenas animosos han hecho el largo viaje, en la esperanza feliz de su restitución.

Doy mi voto para la revisión y entrega de tierras públicas, usurpadas.

Jujuy, 3 de Marzo 1918.



Florencio Colqui, segundo jefe de la población.

Interesante en sus fases múltiples, es la vida pobre de esa gente, que parece haberse estereotipado en otras épocas y raro es todo en ellos, desde la indumentaria, con la que han llegado hasta nosotros.

Teniendo a largas distancias de las poblaciones, grandes salinas, hasta ellas llegan, con el inseparable burrito, que constituye para ellos una fortuna, o la llama, que suple casi siempre a éstos, en busca de trozos de sal, cuya obtención les cuesta un derecho excesivo en relación al precio a que logran venderlos.

Esta es su principal industria, a parte de su dedicación a los pequeños rebaños que, para Bolivia y Chile, mandan en determinadas épocas del año.

Miguel Sagarna, prestigioso vecino.

Su habilidad, como en la mayoría de los habitantes de las provincias del Norte, en lo que a hilar y tejer para la confección de sus prendas de vestir respecta, es notable, dado que hacen como nos lo demostraron, verdaderas maravillas.

Diestros tiradores, al cazar llamas o guanacos, los hieren tan sólo en la cabeza, para no depreciar su piel, cuyo intercambio con maíz u otros objetos, desarróllase en grande escala, supliendo así la falta de metálico, a veces rayana en la absoluta carencia de él.

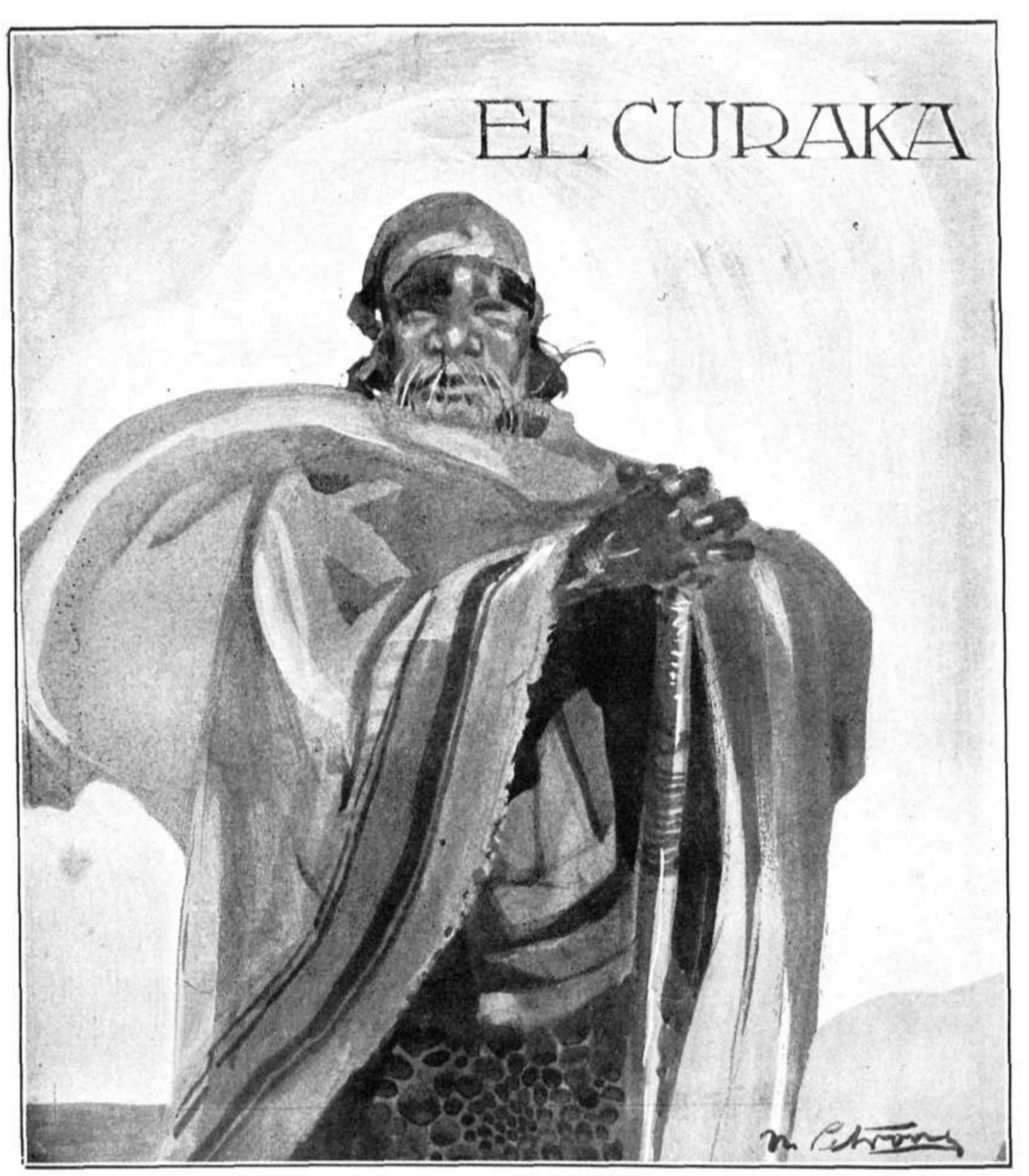
Y en cuanto a su educación, a la que no se presta, desgraciadamente, el cuidado que debía merecer, hace de ellos, instrumentos en manos de quien, sin escrúpulos, los catequizan para lograr sus fines.

Sin embargo, parece que el hábito que a todos los hombres iguala ante la ley, dándoles los mismos derechos, ha llegado hasta ellos, pues una nota que ha sorprendido a los políticos del terruño es la de que estos hombres, casi primitivos, hayan dejado en su voto constancia solamente de la injusticia que con ellos se comete al desposeerlos de lo que por heredad les pertenece.

REPÓRTER.



Transportados a muchas leguas de los pagos... en plena civilización...



El viejo curaka ha reunido su tribu en la cumbre del cerro.

Al abrigo de los altos peñascos, arde una inmensa hoguera. Es el Dios que se invoca en la chispa y se adora en el sol; es el fuego sagrado, compañero del hombre; es el eterno fuego, vida de la vida.

Padre de los dioses en la teogonia calchaquina, el sol había terminado su carrera sobre la frente de hielo del Acay.

Bajo los resplandores de la hoguera, brillan las piedras pulidas de los dioses menores, de los guaysiconoyocs y canopas tutelares.

La tribu está reunida ante la voluntad de su curaka, bajo la unción guerrera y religiosa del pendón de las llamas; y en el rito de la danza y de los gritos, los cuerpos se agitan, hiriendo el silencio de la noche las voces agudas de la lengua aborigen.

El viejo curaka ha fijado sus ojos en la hoguera, donde los arabescos de los secos cardones se cubren de ceniza, pero donde el espíritu remoto de la raza habla con el misterio y la vehemencia de la religión y de la guerra.

En el fondo de la quebrada se distingue bajo el claro lunar el campo castellano, dormido en el sobresalto de su propia temeridad, mientras los calchaquíes anudan en sus quipus el mensaje de guerra, que irá en la mano de los chasquis hasta la fragosidad de sus confines.

En la diafanidad de la noche, las montañas acentúan la serenidad de sus cumbres lejanas, semejando la nitidez de sus contornos una senda infinita que bordeara los cielos. Y allá en los peñascos de la fantástica crestería, se mueve el alma indígena ante la presencia de los hombres extraños, que aparecieron una tarde por el lado de oriente.

Isabel había volcado las arcas de sus tres carabelas en la alfombra misteriosa de las costas de América. En la tierra y en la raza, ardía el fuego lento de un incendio de siglos, y en la pacífica expectación del aborigen se alejaba la vida hacia el olvido.

¡Oh libertad de lo ignorado y del olvido, América dormida tras el sueño del mar! Su inmensa soledad está turbada. Un amargo presentimiento ha nublado las pupilas del curaka, fijas en la soberbia de la llama, mientras la tribu danza y grita en el rito pagano y marcial.

Y es así que a la vista de los hombres extraños, que aparecieron silenciosos por el lado de oriente, la raza calchaquina, bélica y gentil, invocara en su politeísmo la protección entera de sus dioses.

Salta.

MIGUEL SOLÁ.

Dib. de Petrone.



ARTE BRASILEÑO

VIEUX FACHEUR
ÓLEO DE LEV. FANZERES

Homenaje a Maturana



Comisión de estudiantes universitarios, organizadora del festival celebrado en el teatro Avenida, conmemorando el primer aniversario de la muerte del celebrado poeta.

"Club de Médicos"

Concurrentes a la apertura del «Club de Médicos», cuya inauguración oficial se hará en breve, una vez que se terminen de completar las obras de confort de que se dotará el local del club.

En el "Correo de Galicia"



Recepción en la redacción del colega citado, en honor de la eximia artista señorita Angeles Ottein, por su brillante actuación en la escena lírica. Asistieron a la reunión conocidos miembros de la colectividad gallega, los que formularon en sus brindis, votos por los futuros éxitos que sin duda alcanzará la gentil obsequiada.

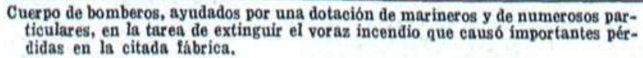
Nota social



Enlace de la señorita Julia Caballero, con el teniente Florencio Leguizamón. — Los contrayentes, después de efectuada la ceremonia nupcial en casa de la familia de la novia.

Incendio de la fábrica de papel de Zárate





Cuerpo de bomberos, ayudados por una dotación de marineros y de numerosos particulares, en la tarea de extinguir el voraz incendio que causó importantes pérdidas en la citada fábrica.

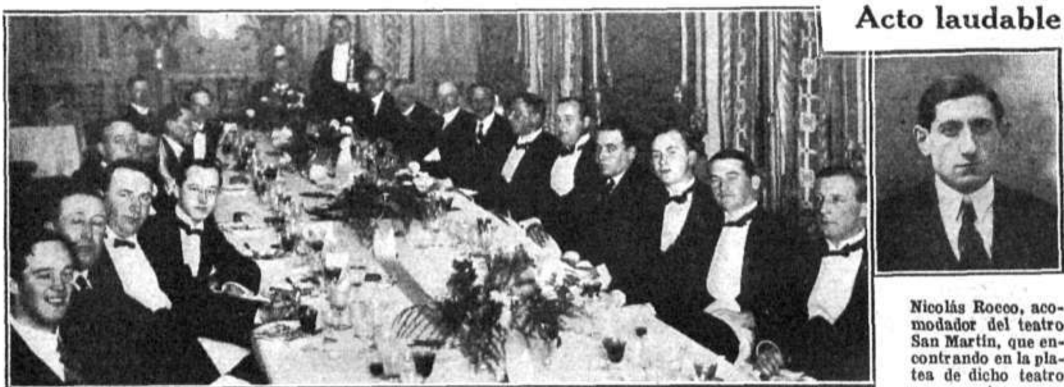


Distintas fotografías del gran galpón incendiado, pocos momentos antes de ser completamente extinguido el fuego.

Demostraciones



Comida de camaraderia dada en honor de los deportistas chilenos que tomaron parte con tanto éxito en las diversas pruebas pedestres que se realizaron en esta capital, por sus colegas argentinos.



Banquete ofrecido al señor Carlos Polaczek, con motivo de hacerse cargo de la gerencia de una importante casa naviera.

Acto laudable

Nicolás Rocco, acomodador del teatro San Martín, que encontrando en la platea de dicho teatro una cartera con 8.000 pesos, la devolvió a su dueño.

Fiesta infantil



Grupo de pequeños amiguitos del niño Luis Federico Rocca, que concurrieron a la deliciosa fiesta infantil con que el doctor Luis Rocca los obsequió, celebrando la primera comunión de su hijito.

EDUARDO SIVORI

El anciano pintor Eduardo Sivori, cuyo fallecimiento lamentamos en estas líneas, era en nuestro mundo artístico la figura que representaba con más destacado y justo relieve, la tradición de la pintura genuinamente nacional. Hombre de relevantes méritos, dotado por fuerza de su vocación de una sensibilidad extraordinaria y de un bien cultivado y excepcional temperamento, había conseguido plasmar en sus pinceles, a base de voluntad y de estudio, el ambiente y las características propias de nuestros paisajes y costumbres. Pero no fué este sólo el género en que supo destacarse el respetado y venerado artista; sus condiciones naturales y su perseverancia hicieron que lograra tratar con exactitud los más difíciles y variados temas, conquistando por el propio valer la consagración definitiva de su carrera y de su nombre.



El pintor argentino Eduardo Sivori, recientemente fallecido.

Nacido en esta ciudad el 13 de octubre de 1847, Eduardo Sivori pasó gran parte de su juventud dedicado al comercio; pero habiendo tenido oportunidad de hacer un viaje a Italia el año 74, despertóse allí su vocación por la pintura, regresando al país con el decidido propósito de emprender a toda costa la realización de sus ideales artísticos. Al poco tiempo iniciaba los primeros estudios en la escuela de dibujo y pintura «Estímulo de Bellas Artes», transformada actualmente en Academia Nacional. Junto con otros condiscípulos suyos expuso por primera vez en el Salón Continental del año 80, ganando una medalla de oro, recompensa que le sirvió de estímulo para continuar trabajando. Por esa época hizo el aguafuerte titulada «Marcha de carretas en la Pampa», y como hasta entonces no se habían conocido entre nosotros ensayos de esta naturaleza, tuvo la gloria de figurar en nuestro ambiente como iniciador del grabado.



Retrato de una de sus alumnas preferidas.



La última obra de Sivori, que ha quedado sin terminar.

Vuelto a Europa en 1882, establecióse en París, donde residió durante once años; allí fué discípulo aventajado del pintor Jean Paul Laurens, y con tal carácter concurrió a cuantas exposiciones se venían celebrando en la capital de Francia.

Desde entonces la personalidad de Eduardo Sivori ha venido adquiriendo el prestigio que conocemos todos, llegando a conseguir las más altas recompensas y desempeñando puestos tan importantes como la dirección de la Academia de Dibujo y la del Museo Nacional de Pintura. Por resolución de los expositores extranjeros, en el certamen internacional del año 1910, fué presidente del jurado que adjudicó los premios. E igualmente figuró desde su fundación como miembro de la Comisión de Bellas Artes, cargo que ha venido desempeñando hasta el día de su fallecimiento.

Entre las numerosas obras que lega a la posteridad, conservadas en pinacotecas y museos, merece especial interés, por su valor y consistencia plástica, el autorretrato, cuya cabeza romántica yérguese con el gesto sereno y noble, de quien supo colaborar tan eficazmente a la brillante formación del arte nacional argentino.

Rincón del estudio donde pintaba el anciano maestro.

HUGO BARRA.

De Rosario



El cónsul inglés, Mr. Dickson (×), rodeado de las personas que se congregaron en el consulado, después del Tedéum oficiado en la iglesia de San Bartolomé, con motivo del aniversario del rey Jorge.



El señor A. Greugard (×), gerente del Banco Francés y Río de la Plata, con los concurrentes que asistieron al banquete con que se le obsequió en el «Club Francés», en ocasión de su partida para la guerra.



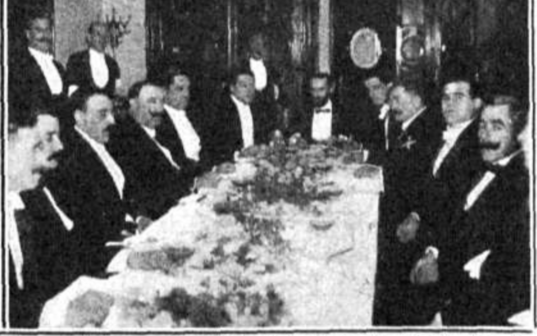
Sepelio de los restos del señor Ovidio Lagos, director del diario «La Capital». El señor Pérez, hablando en nombre del periodismo local.



Aspecto del «Diner Concert» realizado en el local de la kermesse pro Infancia Desvalida, a beneficio de la misma.



Comisión de damas italianas, que organizaron el té, dado en el «Savoy Hotel», a beneficio del «Comitato di guerra».



Banquete dado en el «Club Español» al señor Toribio Sánchez, debido a su destacada actuación en el seno de esa institución.

De Montevideo



La señorita María Reyna Pietracapina, rodeada de un grupo de amigas, durante la fiesta dada en su honor, despidiéndola de la vida de soltera.

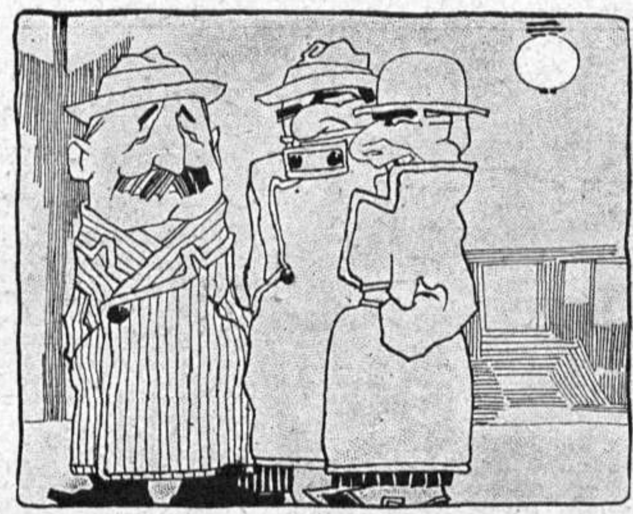


Concurrentes a la exposición de figuras de cera, inaugurada recientemente, con gran éxito, en los salones del «Parque Hotel».

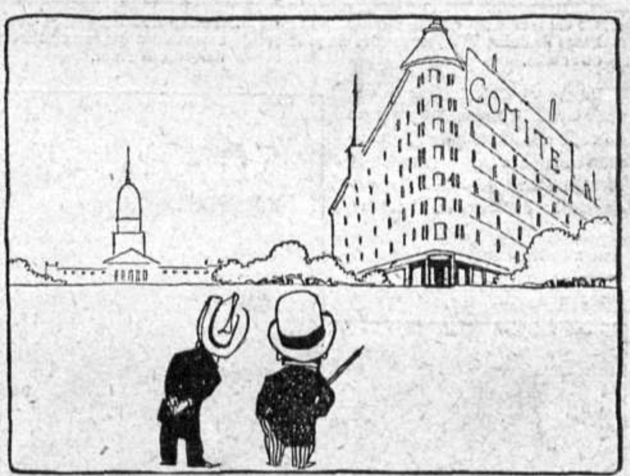
Emisión menor



— Sí, vida; por ti estoy dispuesto a todo.
— ¿Sí?... Pues mándate mudar, que veo que asoman por la esquina Quellet y Llambías y pueden sospechar algo malo.



Pueyrredón. — No se quejará el embajador Bunsen de nuestros agasajos... ¡Hasta hemos preparado en su honor días de neblina londinense!



— Che, será error de mi vista; pero yo veo el Congreso más chico que el comité.



EN LA PLATA

— Che, ¿por qué van tan contentos esos empleados?...
— Son los recomendados de Monteverde, y se tienen por seguros...
— Entonces, aquellos tan tristes deben ser los inseguros.
— Sí; han tenido la desgracia de

Llambías. — Siempre que veo un automóvil, me acuerdo de usted, señor Chicharrón...; y eso da idea de su buena fama.
Chicharrón. — Pues yo siempre que veo un barro, lo recuerdo a usted.

Derrumbamiento de un edificio en construcción



Parte del frente del edificio situado en la calle Paseo de Julio, 1540, momentos después del derrumbe.



Destacamento del cuerpo de bomberos de la Capital, que acudió al sitio del siniestro, removiendo los escombros, bajo los cuales se encontró el cadáver del peón municipal Salvador Nicosia.

Un grave accidente, que ha costado la vida a un hombre y puesto en peligro la de otros dos, ha acaecido en la obra en construcción de la calle Paseo de Julio. La causa que ha dado origen al mismo, parece obedecer a la poca consistencia de los tirantes que sostenían la parte superior del edificio que da sobre la recova.



El cadáver del peón municipal.



Público estacionado frente al edificio derrumbado, presenciando la remoción de los escombros.



El señor Eduardo Bidolano, sereno, herido.



Señor Pascual Vita, obrero de la construcción, herido.



Hétenos ya, en plena «season» mundana; suntuosos bailes, comidas y recepciones, abono a moda... ¿hay en qué elegir, no es así, lectoras mías? No nos han faltado tampoco interesantes innovaciones; que han obtenido brillante éxito, triunfando de malignas profecías... bien imaginan ustedes, que me refiero al sonado baile del Círculo de Armas; el anticipado run-run, de descontentos y pesimistas, *llegó casi* a ensordecernos; hubo muchas desanimadas, ante el vetusto razonamiento de que se trataba de un *Club*, y que a pesar de la prestigiosa comisión de damas que auspiciaba tal fiesta, era ésta, a pesar de todo, organizada por un grupo de solteros; ¿no recordaban acaso esas mismas timoratas, que no ha mucho disfrutaron de fiestas análogas, ofrecidas por solteros, en el Plaza Hotel? Objetarían tal vez, que el caso era muy distinto, porque los jóvenes desairados por el exclusivista centro, estaban decididos a vengarse ruidosamente... que habrían de producirse mil incidentes enojosos...

Las sugestionables timoratas, se privaron, pues, de una de las más brillantes fiestas de la temporada; la opinión ha sido unánime al respecto... y el comentario, interesantísimo. En la imposibilidad de disfrutar del animado y suntuoso cuadro, sin verme obligada a figurar también en la fiesta, opté por telefonear a dos o tres de las chiquillas a la moda, para convencerlas que organizaran el obligado epílogo del baile, en mi propio «home»; la tentación de una merienda, en la que habrían de figurar las golosinas preferidas, después del relativo descanso, las atrajo a todas; bien saben ellas, que en el saloncillo de *madrina* se puede charlar libremente, y que si suelen sufrir en él, risueña y justa reprimenda, nadie las comprende tan bien, como la curiosa Duende, que revive al escucharlas, las horas más despreocupadas de su lejana juventud...

Como lo saben ustedes, se halla mi reducido «home» en pleno *faubourg* aristocrático, y, por consiguiente, muy breve la distancia a recorrer, para mis perezosas invitadas... ¿Cuántos, de los devotos admiradores de la noche anterior, habrían ambicionado una invitación de la Dama Duende, para su improvisado five-o clock...?

Vamos a ver, las dije, una vez instaladas; ¿quién de ustedes, se confiesa primero?, ¡ansiosa estoy, de conocer esos nuevos flirts!

— Nos pone usted en aprietos, madrina... pues si hemos podido descubrir dos o tres parejitas de chiquillos que flirtaban, con todo el entusiasmo de los pocos años... no se nos escandalice, madrina; el difícil y peligroso arte del *flirt*, se ha convertido en exclusivo privilegio de las que cuentan con mayor caudal de experiencia, y de... ¡años, que nosotras!

— No me sorprende mucho, lo que dices, hijita; siempre hubo en nuestras fiestas, alguna seductora maga, acaparadora de homenajes... ¡pero destila tu frasecita, cierta amargura, y veo que tus compañeras, aprueban también lo que afirmas! ¿Cunde en nuestro ambiente el ejemplo?

— ¡Hasta qué punto, madrina! y lo peor es, que todo lo tienen *ellas;* aplomo, experiencia, completa serenidad para manejar a su antojo el juguete elegido...

— Sin alcanzar en medio de su aturdimiento, hasta qué punto se perjudican con tal jueguito, hijas mías... ni la situación que crean muchas veces inconscientemente (las que no son libres) a alguna persona muy querida... ¿Resulta, entónces, que fueron «ellas» y no ustedes, las verdaderas triunfadoras?

— Justamente, madrina; no nos es posible luchar con tanta desventaja; realzan además, el poderoso encanto, deslumbradoras joyas, que no podemos llevar nosotras, y el lujo y extravagancia de ciertas *toilettes*...

Fué luego tan acertada la censura de mis chiquillas, — todas tomaron parte en el animado debate, — que no pude menos de recordar cierto comentario de la parte contraria... Era durante la sobremesa de una suntuosa comida, en la que figuraban personalidades femeninas de la diplomacia, de nuestra política, y también de nuestra «haute-gomme»... Se retiraba en ese instante, después de excusarse, por tener un niño enfermo, la esposa de un alto funcionario oficial, discreta dama que no está *dans le mouvement*... ¡La disección fué realmente despiadada; se había presentado con un *escote de educanda*! ¡¡¡qué imperdonable falta de mundo!!!

Era en verdad un anacronismo, aquel discreto atavío, en medio de las transparencias impuestas por la moda actual, y adoptadas con tanto entusiasmo, por las que debieran dar la nota de la más exquisita pero recatada elegancia... La consecuencia lógica y lamentable es, que algunas de nuestras chiquillas a la moda, — y también convinieron en ello mis parleras invitadas, — en su afán de atraerse los homenajes que les substrae cierto círculo de encantadoras sirenas, se exponen también a ser cruelmente censuradas, al iniciarse en su vida mundana; no reza esa extravagancia en el vestir, el atrevimiento de ciertas conversaciones, ni la liberalidad de su *tenue* con la ingenua gracia de la primera juventud...

Pero dejemos de lado un instante siquiera, el tema comentado hasta el infinito... no critiquemos más por hoy...

He anotado hace pocos días un hecho que ha pasado casi inadvertido para muchas de las espectadoras congregadas en ocasión de una fiesta tradicional para nuestra sociedad, y que señala, sin embargo, una interesante y necesaria evolución en nuestro ambiente... Al enunciar una de las más prestigiosas personalidades femeninas de nuestra sociedad los premios instituídos por el genio precursor de Rivadavia, dijo así: Premio a la Industria: a la señorita de... y vimos adelantarse a recibirlo ante la mesa constituída por altas y representativas figuras oficiales y sociales, la airosa y distinguida silueta cuya nombre evoca abolengo y tradición...

«En el ánimo de todos los que presencian este acto, dijo la señora presidenta de nuestra asociación benéfica oficial, consta la justicia de esta designación, cuyos fundamentos no necesito detallar»...

Nuestros altos círculos han presenciado, pues, altamente complacidos, como se desvanecen ciertos arcaicos prejuicios... y han sabido valorar el ejemplo que encierra la valiente actitud de una de las suyas, que ha sabido bastarse a sí misma, conservando su rango, y conquistando además la respetuosa simpatía de los indiferentes...

La dama duende.

De JOSE DE MATURANA

A cuya memoria se celebró una velada por los estudiantes, en el Teatro Avenida, el día 7 del corriente.

DRAMA DE ORO

Bajo una gran capota de refulgencia extraña
se aleja de su imperio la tarde moribunda,
que de un vapor violeta los ámbitos inunda
como si diese un largo bostezo en la campaña.

Flamean los penachos de la sonante caña
como el adiós de alguna separación profunda,
y dan los viejos pinos una meditabunda
visión de cosas tristes al pie de la montaña.

Echa al confín del valle sus églogas la oveja
mientras el buey rezonga su proverbial mugido
como el enorme caño de un barco que se aleja...

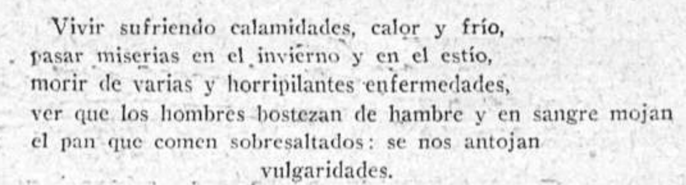
Y allá, roja pupila que en los ponientes arde,
saluda a los labriegos el sol, como un vencido
que muere en la empolvada melena de la tarde.



Altruismo

por

LUIS GARCIA



Vivir sufriendo calamidades, calor y frío,
pasar miserias en el invierno y en el estío,
morir de varias y horripilantes enfermedades,
ver que los hombres bostezan de hambre y en sangre mojan
el pan que comen sobresaltados: se nos antojan
vulgaridades.

Ciertas personas que, siendo pobres, viven al día
comentan siempre, como es muy justo, la carestía,
que en Buenos Aires y en otros lados trajo la crisis,
o hablan ceñudas, de que pasaron la pena negra,
para comprarle las medicinas, cuando su suegra
murió de tisis.

Otras os dicen que su marido perdió el empleo
o que su novio las ha tratado de ¡bicho feo!
o que el infame del inquilino les dejó un clavo
o que los mozos afiladores son una peste
o que — ¡es horrible lo que hoy ocurre! — ya no hay quien preste
medio centavo.

Los que así piensan, muy afligidos por sus asuntos,
poco se ocupan de las noticias que de otros puntos
aquí nos llegan, puesto que opinan:
— No ha de llegarme
socorro alguno ni de Alemania ni de Inglaterra.
Por consiguiente, nada me importa, ni de la guerra
quiero ocuparme.

Otras personas que son afectas al caudillismo
o con amigos en el triunfante radicalismo,
nunca dormidas, cuidan celosas sus intereses
y se encabritan cuando follones y malandrines
por broma, dicen:
— ¿Entienden algo de Pugnalines,
los japoneses?

Sobran artistas que se preguntan:
— ¿No son preciosas
esas princesas que pinto, verdes y vaporosas?
¿No son preciosos mis interiores momificados?
¿Y mis retratos de bailarinas y personajes,
hechos con tintas narcotizadas? ¿Y mis paisajes
amerengados?

Tampoco faltan, y acaso sobran, los medio locos
que desafían sofiones, planchas, sustos, sofocos
con el objeto de deleitarse musicalmente
y que suspiran:
— La Besanzoni, ¡cómo me encanta!
¡La Besanzoni tiene un armonium en la garganta!
¡Precisamente!

Y no escasean los elegantes sietemesinos
o currutacos, o chuchumecos, o lechuguinos
(de Calandrelli tales palabras deben ser todas)
que de conquistas y de "flirts" hablan con alborozo
y que otras veces sólo se ocupan, llenos de gozo,
de sports y modas

Unos ociosos y otros esclavos de sus deberes,
unos llorando y otros corriendo tras los placeres
(esto tan cursi también se puede decir en prosa)
si lo inmediato busca afanoso quien triunfa o yerra:
¿qué va a importarles a todos ellos de la actual guerra?
Muy poca cosa.

Dib. de Alvarez.



A TRAVÉS DE LA REPÚBLICA

COSTUMBRES VIEJAS Y HOMBRES NUEVOS

Saliendo del Rosario, ya se pierde el tipo de los grandes centros, de las grandes colmenas humanas. Se llega a las ciudades en donde nadie pasa desapercibido, todos se conocen; donde todo el mundo calcula exactamente lo que ganáis y en cuánto os habéis excedido en el uso de vuestras rentas, sean ellas reducidas o abundantes.

Santa Fe es una de aquéllas. Se ha transformado. No hay duda de que se ha transformado desde el punto de vista edilicio, como centro comercial, como todo; pero no deja de conservar aún, y lo conservará por mucho tiempo, ese adorable tinte de gran aldea, que siempre le ha sido peculiar.

En la calle San Martín, como quien dice la calle Florida de Santa Fe, las niñas persisten aún en la tradicional costumbre de pasar un par de horas de la tarde o de la noche a los balcones de sus casas, mientras adentro, en la sala, se toca el tango de moda o algún vals de Metallo.



Hortensia Haquin.

Y cruzan diálogos de una ventana a otra con las de enfrente, mientras los mozos pasan por la vereda, miran, suspiran, comentan, sonríen, y, si son de confianza, hasta se atreven a imitar en broma el timbre de voz de la última que hablaba, sin hacer caso por supuesto a las amables protestas, de las que hacen cuenta de ofenderse:

—¡Miralo al atrevido!... ¿Acaso te hablaba a vos?... ¡Andá, metido!... ¡Pero qué chico! ¡Es de insolente!...

A los pocos segundos sigue la conversación interrumpida:

—¿A dónde fuiste, Maruca, que no te vi esta tarde?

—¿Qué decis? ¡No te oigo! Este maldito coche que pasa... Esperate... ¡Ah!... En casa no más...

—¿Y cómo no asomaste la nariz en todo el día?...

—¡Estuve muy atareada, che!... Después te diré...

—¡Ya me lo figuro!... Asi que las cosas se ponen serias no más...

—¡Pero qué!... ¿De qué estás hablando?... ¡Nada de eso!... No se trata de él... Hace rato que no lo veo... De veras...

Los cafés y bars están siempre repletos, pues los hombres no saben donde ir y se la pasan charlando un poco después de comer, o antes.

Quedan aún casi todos los que llamaremos cafés históricos, donde, por ejemplo, se han reunido siempre los conservadores, los opositores, los extranjeros; y ahora ha vuelto a tomar gran incremento la verdadera taza de café, la que dió el nombre a esta clase de establecimientos, y que deja relegadas a segundo lugar a las bebidas alcohólicas.

Hoy, también en Santa Fe, prevalece el café sobre la bebida, por muchas razones, no siendo última la baratura, pues acá, como en todas partes, la gente se mide y se ha hecho económica.

Existe en la calle San Martín *una casa alemana*, que queda abierta día y noche, donde se toma, se toca y se canta con mucho entusiasmo, especialmente cuando las noticias telegráficas parecen favorables a los imperios centrales, o el kaiser pronuncia una de sus acostumbradas alocuciones, confirmando sus relaciones íntimas con el Todopoderoso.

Para espectáculos públicos no hay más que el Teatro Municipal, gracioso punto de reunión, cuyas puertas se abren de vez en cuando, y el *Giardino de Italia*, allá por el barrio de la Estación Francesa, un vasto galpón dedicado a espectáculos de excesiva popularidad.

Sin embargo, en estas tranquilas, sosegadas ciudades, o tal vez por eso mismo de que son así, brotan unas inteligencias preclaras, algo más que inteligencias, a veces, mentes elegidas que no siempre llegan a desarrollarse como merecerían, cuando no se pierden por completo por falta de ambiente.

Tuve ocasión de visitar la Escuela Comercial, una de las instituciones que lucha con las dificultades por las que atraviesa el erario provincial, pero que da resultados excelentes a pesar de todo, gracias a la abnegación del personal de enseñanza, que, entre otras cosas, se presta gratuitamente para dictar cursos nocturnos.

La Escuela Superior de Comercio «Domingo Silva», está lejos por supuesto de disponer de un local apropiado y grandioso como lo tiene la Escuela Industrial, que ha costado un notable esfuerzo a la provincia, pero que, sin duda, está a la altura de cualquier otra del país. La Escuela de Comercio, por el momento, se ha instalado en una casa particular, que ha sido refaccionada a costa de sacrificios, pues lo que es la dueña, no quiere saber nada de gastos, según me han asegurado.

Dirigen la escuela, el joven señor Zenón Ramírez, y el señor J. D. Ravinale, con amor y energía.

Pues bien; entre los jóvenes que frecuentan las clases, hay quien sobresale en forma digna verdaderamente de atención especial por parte tanto del gobierno provincial, como del nacional también.

No quiero hablar de Hortensia Haquin, una muchacha que desde que entró en la Escuela no conoce otras clasificaciones que las de sobresaliente y manifiesta una particular predilección para las ciencias exactas. La dirección del Instituto está empeñada en conseguirle una beca nacional para que pueda tras-



Pascual Castagnani, joven artista que merece ser favorecido por el Gobierno Nacional.

ladarse a Buenos Aires, y allá recibirse en ciencias económicas. Tal vez lo consiga. Pero me refiero al joven Pascual Castignani, un artista en todo el sentido de la palabra, que sigue el curso de perito mercantil, mientras podría llegar a ser un maestro en el arte del dibujo.

Ahí tienen uno de esos casos que hacen pensar seriamente, y casi dan razón a los que creen en la reencarnación de los individuos.

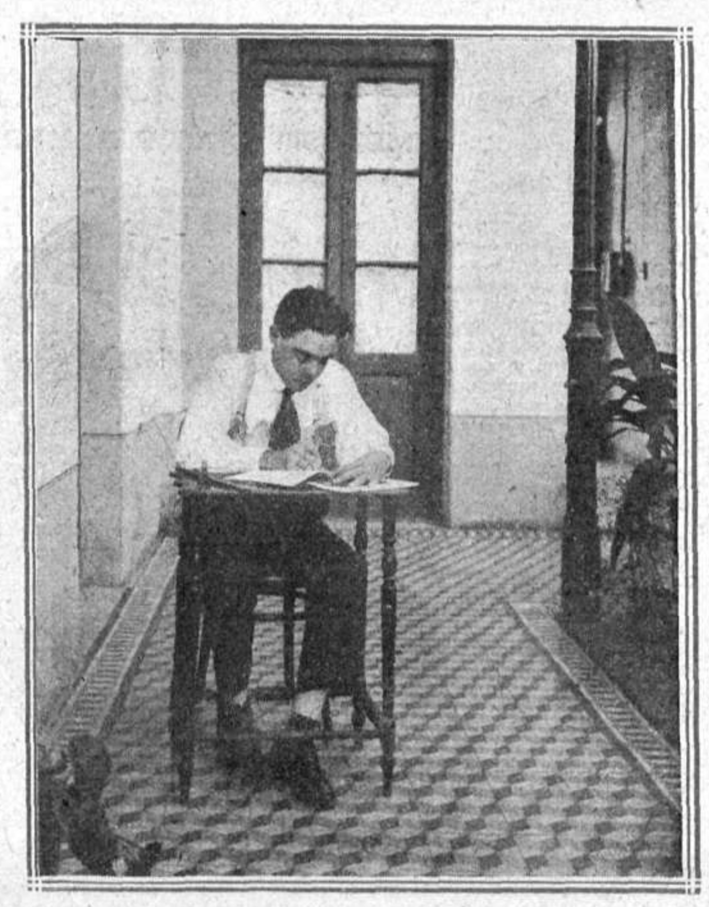
¿Cómo se explica con las teorías corrientes, que un joven, que nunca jamás ha conocido lo que es escuela de dibujo, ni persona alguna que le haya enseñado como se toma el lápiz en la mano, ejecute maravillosamente los más variados trabajos con rapidez pasmosa, como si toda su vida hubiese sido su oficio dibujar?

Ya oigo lo que afirman muy seriamente la mayor parte de los que lean estos renglones:

—¡Es un don de la naturaleza!... ¡Son tendencias innatas!...

Pero es esto precisamente lo que debe explicarse: — ¿Qué son las tendencias innatas? ¿Cómo pudo Mozart ser insigne pianista y compositor a la edad de nueve años, es decir, cuando la mayor parte de los muchachos no alcanzan todavía a darse cuenta del valor de las notas? Si todo en la naturaleza se consigue con un esfuerzo lento y prolongado, ¿cómo es posible que unos vengan a este mundo con un desarrollo intelectual superior y otros, por lo contrario, con una mentalidad casi virgen de ideas?

¿No tendrá algún fondo de verdad la teoría de aquellos que sostienen que las ideas que llamamos innatas, no son más que tendencias debidas a la repetición de ciertos actos y que, por consi-



El joven Castignani, dibujando para «Caras y Caretas».

Dibujos ejecutados rápidamente, en presencia de nuestro corresponsal, por Pascual Castignani.

guiente, el que se manifiesta músico hoy, lo fué ayer, el que tiene asombrosa disposición a un arte, sea dibujo, pintura u otra cualquiera, no hace otra cosa que llamar a nueva vida antiguos recuerdos?

Será o no será; por mi parte la encuentro más cómoda y lógica, para explicar fenómenos que de otro modo no hallarían explicación ninguna.

Como por regla general no soy excesivamente entusiasta de los *enfants prodiges* quise vérmelas directamente con el joven Castignani, y, acompañado por el Vicedirector de la Escuela, señor Ravinale, fuí hasta la casa del muchacho, detrás de la Escuela Industrial, una casita muy modesta, donde aún más modestamente vive con su familia.

Ya no se trata de un niño, sino de un joven, un simpático mozo de unos 19 años, sencillo, franco, que si de una cosa se extraña, es que se haga tanto ruido alrededor de una habilidad que, según él, no tiene ningún mérito.

Me hice regalar los dibujos y le pregunté si le habría gustado que se publicaran en CARAS Y CARETAS.

— ¡Cómo no, señor; pero hay dibujantes de primera en CARAS Y CARETAS!... ¡Quién sabe lo que dirán de mí!... Bueno, usted sabe... Haga lo que quiera, son suyos.

Dejé la casa del joven Castignani y, en el coche, dimos una vuelta por los barrios de la Escuela Industrial, hoy bastante poblados por casas de obreros y modestos empleados.

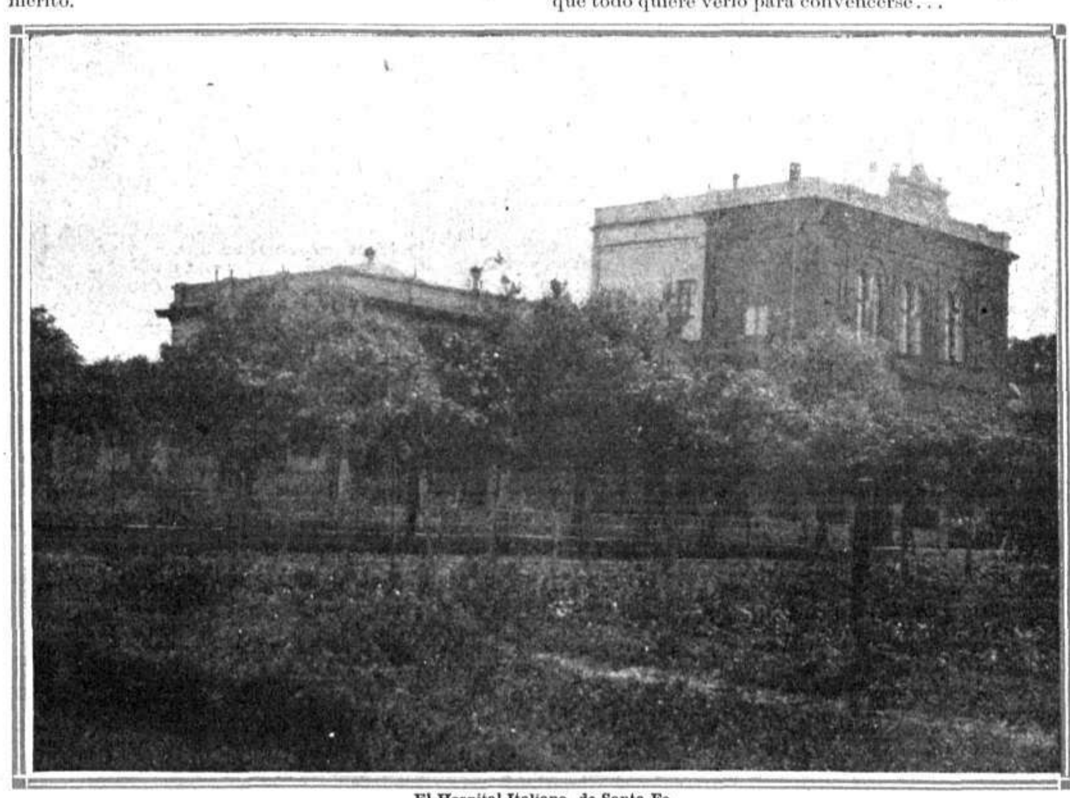
Aislado entre árboles y rodeado por unas cuadras de terreno cultivado a quinta, se levanta un edificio austero, sencillo, que juzgado así, por las apariencias, se parece a un hospital.

Mi acompañante, apuntando el dedo, dijo:

— Hospital Italiano... ¿Quiere verlo?

— ¿Por qué no?... ¿Está en buen estado?

— Dicen que sí... Usted se dará cuenta, puesto que todo quiere verlo para convencerse...



El Hospital Italiano, de Santa Fe.

— ¿Así que para ti no hay esfuerzo ninguno en dibujar tan bien como afirman tus maestros?...

— ¡Esfuerzo de qué!... Si es tan sencillo... A veces se me ocurre que quieren burlarse de mí... O serán demasiado buenos conmigo...

— ¿Por qué no dibujas algo para CARAS Y CARETAS? Pero aquí mismo, ante mi vista... Yo creo; pero si veo, mejor...

— ¿Qué quiere que le dibuje?...

— Una espiga de trigo, el producto por excelencia de tu tierra: porque supongo que serás santafesino, ¿verdad?

— Santafesino, señor...

— Bueno... A ver entonces...

Fué cosa de pocos minutos. En mangas de camisa se sentó a una mesita, y sobre un cartoncito hizo salir con la velocidad de un revelador sobre una placa fotográfica la figura que se le había pedido, sin contracciones de los músculos faciales que evidenciaran esfuerzo, sin doblar la cabeza de un lado o del otro, sin ninguno, en una palabra, de esos ademanes propios de los que parece pongan bajo prensa al cerebro.

— ¿A ver otro, che?

— Lo que guste.

Y con la misma rapidez sacó otros dos dibujos sonriéndose como para decir:

— ¡Supongo que no dudará más de mi capacidad!... Me extraña más bien que usted no sepa hacer lo mismo...

Nos atendió una hermana de la Caridad, la hermana Josefina, que tiene a su cargo la administración. Una mujer de cara bondadosa, floreciente, acostumbrada ya a presenciar sufrimientos de todas clases, y que en lugar de ponerse triste, fúnebre, como suelen hacer otras, procura infundir valor con su serenidad.

— Cuanto siento que todavía no haya venido el doctor Trucco, nuestro cirujano, uno de los fundadores del Hospital...

— ¿Muy antiguo el Hospital, hermana?

— Espérese... Tendrá sus 26 años... Como no... El doctor Trucco y la hermana Catalina están aquí desde su fundación.

— ¿Se puede hablar con la hermana Catalina?...

— ¡Cómo no!

— Debe ser anciana...

— Sí, señor; pero conserva siempre su espíritu jovial, alegre... ¡Y si habrá visto miserias la pobre!... En los primeros tiempos ella daba el cloroformo... Faltaba personal... y había que arreglarse como se podía...

— Dígale entonces que se ponga paqueta que la vamos a fotografiar...

— ¿Pero lo dice de veras?... ¡Qué lindo!... ¡Cómo se va a reir cuando lo sepa!...

Llegó la hermana Catalina, una simpática figura de mujer, que tiene la bondad dibujada en el rostro... Se acercó tendiéndome la mano como si siempre me hubiese conocido.



La hermana Catalina, que tiene 26 años de servicios en el Hospital Italiano.

—¿Cómo le va?... ¡que «Dio lo benedica! ¡Cómo está, bene lei!...»

—Me olvidaba de prevenirla, hermana, que no vengo como cliente...

—«Si vede, si vede!... Que Dio la conservi sempre così!»

—Gracias, hermana... ¿Le han dicho de ponerse paqueta porque la vamos a retratar?

—«Davvero»... Pensé que me burlaban...

—¿Y por qué?... ¡Ya está!...

—¿*Fatto*?... ¿*Già fatto*? ¿*Così*... *senza*... sin arreglarme?...

—Las mujeres son siempre mujeres, aún después de un siglo de vida monástica, ¿cierto?

—¿Pero no ve qué delantal?...

En eso llegaba el doctor Trucco, acompañado por el Presidente del Hospital, señor Angel Costa, quien dedica su vida y su tiempo a mejorar en lo posible la piadosa institución, que ha vuelto a gozar de mucho crédito entre el elemento italiano.

Hubo un tiempo en que el Hospital Italiano dejó bastante que desear y los enfermos se habían retirado, dando preferencia a cualquier otro establecimiento similar. Pero desde que se hizo cargo de la administración el señor Costa, quien dispone del tiempo necesario para vigilar asiduamente la administración, se verificó un cambio radical, y hoy la colectividad italiana puede enorgullecerse de esta filantrópica institución.

Todos los modernos adelantos en materia de higiene han sido aplicados. Salas espléndidas, confortables, departamentitos para enfermos que dispongan de recursos y quieran estar más cómodamente. Nada de la tristeza característica de esos lugares. Está inundado de luz y aire y alegrado por jardines tupidos y lozanos.

La hermana Catalina me aseguraba que muchos sienten tener que abandonar el Hospital una vez que se les da de alta. No lo dudo.

Pero la hermana Catalina quedó medio mal cuando, en son de broma, le dije:

—Ya: usted quisiera darme a entender que hasta dan ganas de enfermarse para venir a parar aquí...

La bondadosa mujer me miró como para adivinar si tal vez hubiera en mis palabras algún resentimiento y luego, tranquilizada, dejó escapar un suspiro:

—¡Me había asustado!... Creí que se había usted resentido... ¡Lo dijo tan serio!...

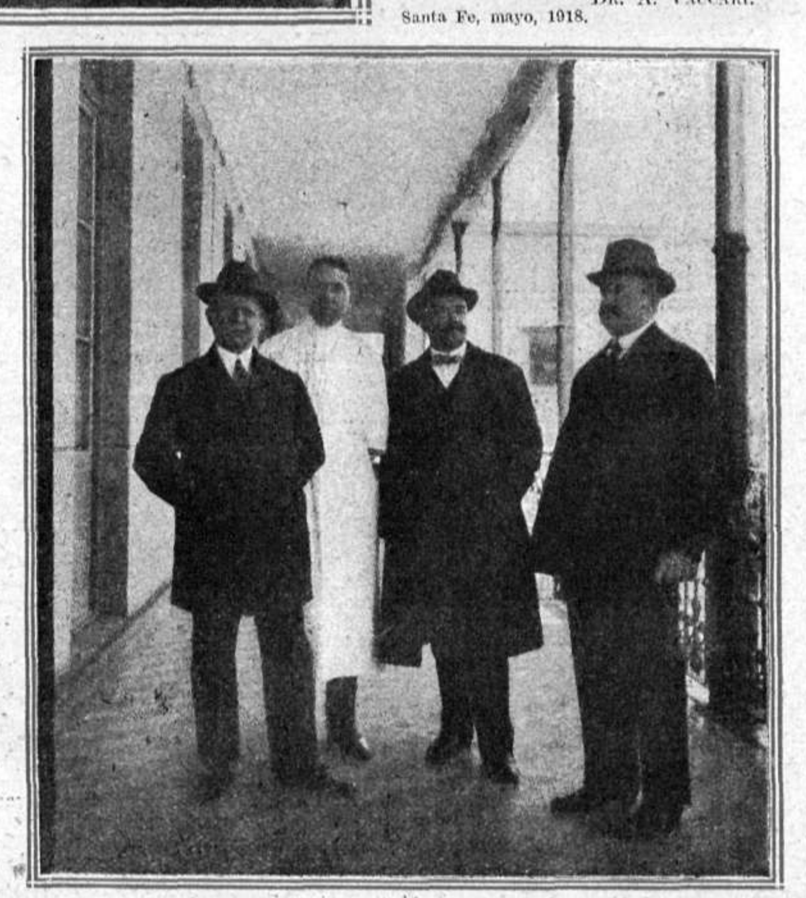
—Pero... ¿y usted pudo pensarlo?... Vea, hermana Catalina, dentro de unos diez o quince años, le prometo ser cliente del hospital; pero a condición de que usted siga de enfermera... ¿Acepta?

—Bueno... con una pequeña modificación al programa. Ponga usted entre veinte y veinticinco años... Antes no tendría tiempo de atenderle...

—Perfectamente. Gracias... Convenido.

Dr. A. Vaccari.

Santa Fe, mayo, 1918.



Médicos y personal administrativo del Hospital Italiano, de Santa Fe.

Conversando con el capitán Tornquist

En la plaza de San Marcos, pasa cerca de mí, rápidamente, una figura que me parece conocida. ¿Cuándo la conocí? ¡Misterio! Una reminiscencia imprevista y me digo a mi mismo: ¡Sí, es él! Sin perder tiempo le pregunté tímidamente:

— ¿El señor Tornquist?

— Claro está; ¿y usted quién es?

— El corresponsal de CARAS Y CARETAS.

El capitán Tornquist no disimula su sorpresa y se asombra de que lo haya reconocido, porque sólo nos habíamos visto fugazmente, hace cerca de diez años, en Tor di Quinto, cuando el señor Tornquist tomó parte en un concurso hípico, mereciendo los más altos elogios de los competentes. Encontrar después de tanto tiempo a uno de los más brillantes jinetes argentinos, y encontrarlo precisamente en la ciudad en que... no hay caballos, en donde ya no se ven ni los de bronce de la famosa basilica de San Mar-



El capitán Tornquist, con el teniente Santoro, que fué empleado nacional en la Argentina.



El capitán Tornquist y una familia de prófugos.

cos... Pero ahora el capitán Tornquist se ocupa de un sport mucho más peligroso: es agregado militar de la legación argentina y se encuentra en Italia desde diciembre de 1916. Conoce palmo a palmo el frente italiano, ha visto cómo se pelea y se muere, y ha asistido a las principales y más sangrientes batallas del Carso. De las repúblicas sudamericanas, solamente la Argentina ha tenido en el frente italiano a su agregado militar. Los Estados Unidos, antes de su entrada en la guerra, tenían como representante al activo mayor Evelin Herbig.

En la toma de Cividale, mientras el mayor volvía de un reconocimiento en compañía del capitán Tornquist, el estallido de una bomba hizo brincar al caballo que montaba, y de tal manera que el mayor fué arrojado de la silla, y cayó dando con la cabeza en un árbol. El capitán Tornquist lo recogió en sus brazos y le prestó solícitos y fraternales cuidados; pero todo fué en vano: el pobre mayor murió serenamente. El, tan animoso, seguramente jamás pensó que tendría semejante fin.

Un destino análogo habría cabido al capitán Tornquist si no hubiera renunciado a tiempo a una tentativa temeraria.

Apenas tomada Gorizia, mientras todavía duraba el furioso y espasmódico bombardeo del enemigo, un grupo de valientes quiso penetrar en la ciudad. Por el frente, en parte destruído, no era posible aventurarse, dado el huracán de fuego que lanzaba el enemigo. ¿Qué hacer? El capitán Tornquist dirigió impetuosamente su caballo al río; pero un oficial italiano lo detuvo: — Señor capitán, ¿quiere usted ahogarse? El Isonzo es muy traidor, ¡tenga cuidado!

Pero el capitán no quiso renunciar a pasar el río, y se echó a nado, junto con un cabo. Después de no pocas dificultades llegaron a la otra orilla.

— Mas, la impresión más simpática, — me dice el capitán, — la tuve en las trincheras italianas. A menudo me preguntaba si me encontraba verdaderamente en Italia o en la Argentina, porque no era acogido con la *camaradería* habitual entre soldados, sino como un hermano. Oía las exclamaciones más corrientes en mi país: ¿Qué dice, amigo? ¡Qué gustazo! ¡Podría hacerle cebar un amargo! ¿Qué se dice en Buenos Aires? Así los oficiales como los soldados me renovaban nombres y personas conocidas. Encontré amigos muy queridos, que me tendían la mano que antes había estrechado con simpatía. En un solo regimiento de bersaglieri, seis oficiales me habían conocido en Buenos Aires. Me ofrecían el mate como si estuviera de visita en casa de una buena familia porteña. Y a todo ello se agregaban el buen humor, la juvenil despreocupación propia del

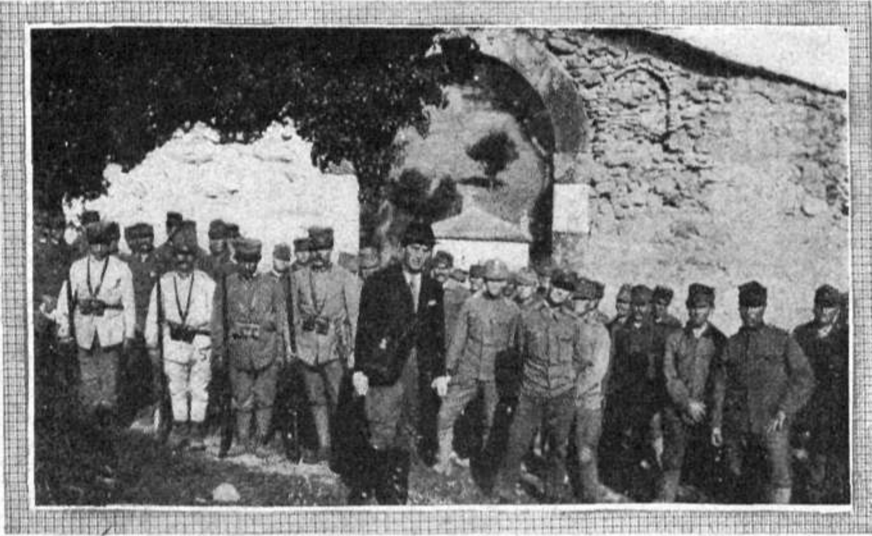


Teniente Carlos Zürler Hardomüth, que fué oficial en la Argentina, en 1905, y el capitán Tornquist.

soldado italiano. ¡Qué bellas horas pasamos juntos, aún en losdías más trágicos!

— ¿Qué piensa usted de nuestro soldado? — le pregunté.

— Todo lo mejor posible. Es un soldado excelente y ha hecho milagros. Y soy un admirador sincero de los aviadores italianos porque los he visto, no solamente en los *hangares*, sino también en la acción, y he podido apreciar su habilidad volando con ellos en aeroplanos e hidrovolantes. Algún día me haré también aviador y recordaré ciertas luchas emocionantes a que he asistido en el frente italiano, especialmente la que tuvo lugar en el cielo de Udine entre Baracca y un aviador enemigo.



Tornquist, entre los prisioneros austriacos.

— ¿Tuvo usted ocasión de ver al rey?

— Seguro, y varias veces. Un día fuí invitado a comer en la propia tienda del rey y del Comando Supremo. Su Majestad estuvo muy atento conmigo, y de ello guardaré siempre grato recuerdo. El rey me habló con simpatía de mi país y me sorprendió el conocimiento que tenía de nuestras tradiciones, de nuestras costumbres, de nuestra organización, especialmente militar. Me habló de los inmensos recursos económicos de la Argentina y de la gran contribución que los italianos prestan con su trabajo al progreso de su país. Después, recordó con simpatía al general Roca, a quien había conocido en Roma, creo que en 1906.

Un gondolero nos invita a dar una vuelta y aceptamos con placer. Siempre, los que no han nacido en Venecia, concluyen por hablar en góndola de la Reina del Adriático.

Desembocando del Canal Grande, olvidamos por un momento la guerra, la aviación, los bombardeos, y buscamos en vano la pareja de novios que, en otros tiempos, cantaban, al dulce rumor del agua, la eterna canción del amor...

RAFAEL SIMBOLI.

Venecia, 1918.

VALIOSO OFRECIMIENTO AL PARTIDO SOCIALISTA

Recientemente, en el seno de la Junta del Socialismo, se planteó una cuestión que, por su importancia, constituía la preocupación de los dirigentes de esa importante fracción política.

No contando esa entidad con local propio, tratábase de dotar al partido de la llamada Casa del Pueblo, que reuniera en ella la imprenta del órgano oficial del mismo, «La Vanguardia», salón de actos, biblioteca y otras comodidades de imprescindible necesidad, que hoy ocupan diversos sitios e irrogan al partido grandes desembolsos, a parte de los inconvenientes que representa para sus numerosos afiliados.

Obstáculos de carácter pecuniario se oponían a la inmediata realización de la idea planeada, cuando enterado un simpatizante de la plataforma del partido, el comerciante señor José Iturrat, se ha propuesto coadyuvar en forma decisiva, con su peculio, a que se lleve a cabo la obra citada.

Para ello, ha ofrecido, en un rasgo espontáneo, que hace aún más digna de elogio su acción, ceder el amplio local sito en la calle Alsina, 2248, cuya adquisición costó al señor Iturrat la suma de 150.000 pesos, de los que ha abonado 50.000, y se hizo cargo de una hipoteca de 100.000 pesos. En caso de ser aceptado esto, el partido resultaría beneficiado con la suma pagada por dicho señor, haciéndose solamente cargo de la deuda hipotecaria.



Señor José Iturrat.

Propone el generoso donante que, de no llevarse a feliz término, puede optar el partido por aceptar la suma de 80.000 pesos, cuya entrega haría en el término de un año, y con la que se podría adquirir la casa que actualmente ocupa «La Vanguardia».

Innecesario sería comentar el efecto que ha causado en el seno del partido el rasgo del señor Iturrat; más tratándose de una persona que, si bien se muestra convencido de la utilidad de las doctrinas del partido, se hallaba alejado de él, a causa de sus intereses, cuyo cuidado le embargan por completo su tiempo.

Inquirimos del señor Iturrat, cuáles fueron los móviles que lo han inducido a realizar tal acción, contestándonos que su ideal era el que los obreros debían de tener una base cultural, fuente de todo adelanto, y con la que conseguirían mejorar, en mucho, su rol dentro del progreso material y moral de los pueblos. Y esto, agregó, lo comienzo por aplicar entre mis subordinados, que más bien que este calificativo, merecen el de mis asociados, y a los que, como nos convencimos absolutamente, presta el señor Iturrat su mayor apoyo, para que cada uno de ellos sea en su casa comercial, un interesado, más que un empleado.

Las múltiples tareas que no le dejan más tiempo que el imprescindible, no nos permitió saber del señor Iturrat nada más acerca de lo que dejamos expuesto, pues delegando en su gerente y apoderado su representación, el que nos demostró cómo el señor Iturrat hace prácticas sus ideas, despidióse, dejando en nosotros la impresión de que su acción, por más de un concepto altamente meritoria, merece, y en esto atentamos contra su sencillez y modestia, el más caluroso aplauso, por los fines que ella encierra.

Un acto de altruísmo





Los ordenanzas del Senado, que hicieron donación del vehículo.

La joven Serafina Allanelli, de 16 años, ayudada por su hermano Félix, de 12 años.



Los hermanos Allanelli, pidiendo limosna en la calle Victoria y Pozos.

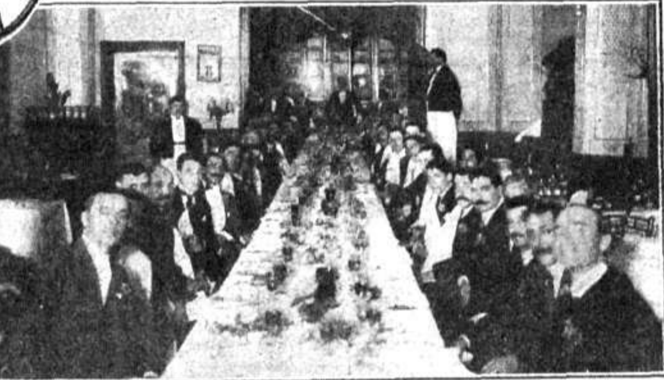
Bien puede llamarse así el realizado por los ordenanzas del Senado, en favor de dos pobres seres desheredados.

Auspiciada la buena obra por un portero de esa Cámara, Agapito Díaz, cooperaron en ella todos, con una espontaneidad que bien habla de su camaradería y que merece un aplauso.

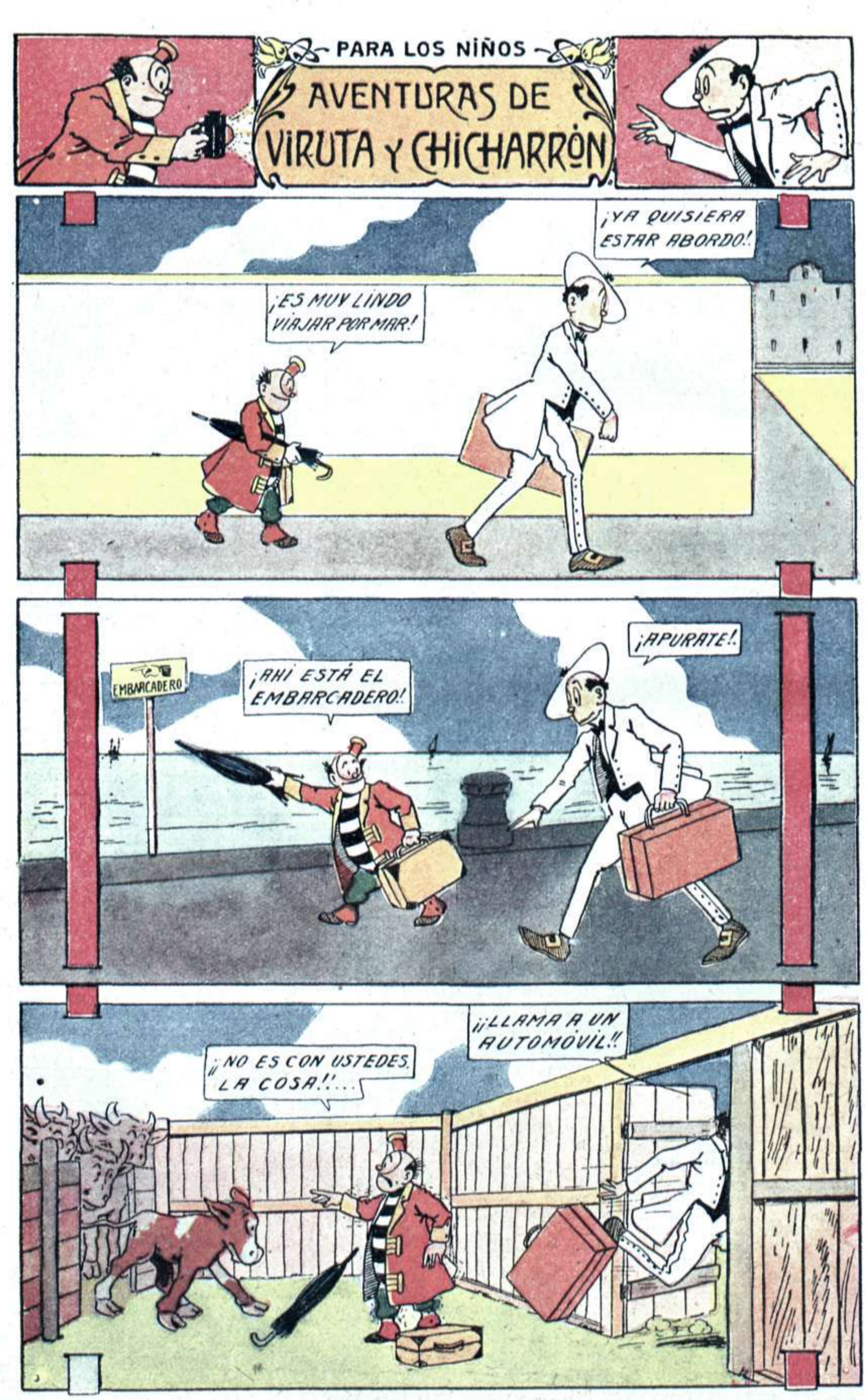
He aquí el caso: La jovencita de 16 años, Serafina Allanelli, implora la caridad pública a inmediaciones del Congreso; su gran desgracia física, pues es muy defectuosa y casi inválida, al extremo de valerse de un hermanito de 12 años, como imprescindible ayuda, suscita la compasión del transeunte y sugirió al meritorio ordenanza nombrado la idea de socorrerlos eficazmente, facilitando a la joven un cochecito que ella misma pudiera dirigir. El generoso impulso, secundado por los demás compañeros y algunos empleados, fué realizado con la emoción que es de imaginarse de parte de los favorecidos que, ocupando su sitio habitual, vieron llegar el inusitado y hermoso socorro.

Actos como el citado merecen el comentario público, por la piedad profunda que los inspira y porque aquellos que lo llevaron a cabo son humildes empleados que necesitaron reunirse para poder lograr su fin, haciendo gala de un alto y noble altruismo.

También, si es verdad que de índole diversa, la camaradería de los ordenanzas del Senado púsose de relieve en el banquete con que obsequiaron al mayordomo L. Colmena, que se jubiló, y a los compañeros A. Vázquez y S. Tarque, ascendidos a igual categoría que el primero de los nombrados; esto demuestra que no sólo saben hacer bien al prójimo, sino también a sí mismo.



Comida de los ordenanzas del Senado.


PARA LOS NIÑOS
AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN
¡YA QUISIERA ESTAR ABORDO!.
¡ES MUY LINDO VIAJAR POR MAR!
EMBARCADERO
¡AHÍ ESTÁ EL EMBARCADERO!.
¡APURATE!.
¡¡LLAMA A UN AUTOMÓVIL!!
¡¡NO ES CON USTEDES LA COSA!!...


CALIDAD
INCOMPARABLE
BAU
SIEMPRE
AUTÉNTICO
El Aceite calidad Bau
Patentes de privilegios exclusivos, además del Sistema José Bau:- Pat. Nº 20.730-30/V/908, Nº 20.731-30/V/908, Nº 23.430-30/VI/909, Nº 25.902-14/V/910, Nº 25.903-31/V/910, Nº 29.106-15/VII/911, Nº 38.943-31/VII/914, Nº 40.538-10/II/915.
EXIJASE MI FIRMA
en este lugar de cada envase
José Bau
REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
FREIXAS
B
PURO DE OLIVA

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 34.

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 33, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Alfredo Arijón.
Adolfo Aguirre.
Francisca Andrés.
Adela Alosi Altube.
Bernardo Aranchet.
Delia María Ansolabehere.
Adela Bellini.
June Brace.
María Luisa Báez Caxtex.
María Elena Bravo.
Ernesto Barneda.
Zulema Burnengo.
José Bustelo.
Berta L. Becker.
María Elena Bernasconi.
Lolita Blanco.
Amandita Calderón Pérez.
Delia Caldas.
Angel Callini.
Juanita Carrara.
Juan Caratini.
Enrique Luis Carizza.
María Esther Catriló.
Augusto Chesthoff.
María Demarchi.
Laura Del Bó.
Aida Luisa Dodero.
Juana Demaria.
A. Etchegoyen.
Guillermo Fischer Aramburu.
María Fanessi.
Tito Fernández.
Elvira Figueras.
Elena Fasola.
Lista Deudonia Fortes.
Lydia Gomareschi.
Carlos Guidotti.
María Dominga Giménez.
Oscar Hugo Lamardo Cámpora
Carlitos J. Lócria.
Sara Adela Lafarga.
María Loureiro.
Manuel de la Linde.
Carmen Mora.
Leonilda Menoti.
Alfredo Diego Moreno.
Pablo Mastandrea.
María Merolla.
Enrique Mazzuca.
Carolina Manghi.
Catalina Mesaguida.
Arnoldo Miraglia.
Marcos A. Mandi.
Isolina Maltaneri.
Félix Maghini.
Helberto M. Mamique.
Aníbal P. Medina.
Andrés Magliolo.
Ana María Nosiglia Laban.
Mario Orredo.
Grain Ocampo.
Riña Pitaluga.
Alicia Prouman.
Alicia Pérez.
Leontina Parodi.
Lidia Principi.
Josefa Peralta.
Alcira Patrón.
Carlos D. Pineda.
Magdalena E. Pommé.
Roberto F. Quartaruolo.
Adriana Remorino.
Silvia Romano.
Enriqueta C. Ríos.
Horacio Ricaldoni.
Ricardo Ruost.
María Reyes.
Mechita Rivera.
Margarita Serra.
Erasmo J. Sánchez Erazu.
Georgina M. Sánchez.
Eduardo Sauqué.
Carmelo Squatrito.
Guillermo Segundo M.
Carolina Serra.
Sara Saavedra.
Haydée Sales.
Olga B. Sepúlveda.
Elena Sagarzazu Sagaseta.
Julia Speroni.
Adelfa Tuso.
María Esther Tarier.
Aurelia J. Ucha.
Horacio Unanue.
Vicenta Valero.
Isabel Dora Vitale.
Carlitos P. Vélez.
Vicente Vera.
Sara Valentina.
Anatilde Wanest.

Los niños premiados, residentes en la Capital, deben presentarse personalmente a retirar sus premios a esta Administración, del 17 al 23 del corriente, de 3 a 5 p. m — A los que residen fuera de la Capital, rogamos soliciten sus premios por carta.

Porcelanas de Adorno
Características por su Belleza



LO primero que impresiona al visitante en un hogar, es la parte de ornamentación que está constituído por esos pequeños y preciosos detalles, que son las Porcelanas, Floreros, Jarrones, etc., cuando ostentan una originalidad de buen gusto y una delicadeza de estilo y colorido verdaderamente destacados.

ESTO es lo que ha hecho que MAPPIN & WEBB les haya concedido una atención especial y una importancia considerable para que figuren en su notable

SALON BLANCO

LA diversidad de Porcelanas de adorno que allí se exhibe constantemente, incluye creaciones de todos los estilos artísticos adecuados para ese objeto y ofrece la oportunidad de adquirir lo que mejor concuerda con cualquier moblaje, por antiguo o moderno que sea.

LOS dibujos que ilustran este aviso, permiten formar un juicio aproximado del valor y mérito de estos novedosos adornos de una encantadora sencillez, ejecutados con perfección admirable sobre un fondo anaranjado intenso con originales motivos de un severo tono azul.

Mappin & Webb

LA CASA DE MODA PARA REGALOS DE CALIDAD

28, FLORIDA, 36 - Buenos Aires

LONDRES — PARIS

El niño impertinente

Paquito es un niño de siete años, de lo más impertinente, y cuyo carácter contrasta con el dulce y cariñoso de sus hermanas Chela y Marucha.

Como Paquito no tiene ningún cuidado de sus ropas y, continuamente anda con los pantalones rotos, las manos llenas de barro o tinta y ostenta a veces uno que otro rasguño en la cara, sus hermanitas le han prohibido que juegue con ellas.

Esta prohibición lo entristece a Paquito; pero, lejos de enmendarse, procura disgustar a Chela y Marucha en toda forma. Su principal punto de ataque lo constituyen dos muñecas muy bonitas y bien trajeadas, que le han sido regaladas a sus hermanitas. Estas quieren muchísimo a sus muñecas, para quienes su mamá confecciona lindos trajes de seda o terciopelo, idénticos a los que ella lleva, pues aprovecha todos los pedazos que le sobran. El papá de las niñas también procura exteriorizar su simpatía hacia las muñecas, y les lleva de vez en cuando una camita, un sofacito, una silla, un roperito; la mucama peina y viste a las muñecas y se preocupa de emperifollarlas para las grandes ocasiones, tales como la visita de las amigas de Chela y Marucha, un paseo de éstas o en las fiestitas con que celebran las niñas el día de su cumpleaños.

Paquito, que observa todos estos pormenores, se indigna y un día en el que la cocinera lleva a las muñecas unas golosinas que a él le gustaban mucho, resuelve vengarse.

Imagina Paquito varios proyectos de venganza, pero ninguno lo satisface y después de larga meditación juzga conveniente esperar la primera ocasión que se le presente y que a él le parezca buena.

Y esa ocasión no tarda en llegar. Chela y Marucha deciden ofrecer un baile en honor de sus muñecas y al cual deben concurrir todas sus amiguitas, acompañadas de sus respectivas muñecas.

La mamá de las niñas colaboró en los preparativos de la fiesta, que Paquito contemplaba sin perder detalle. Por fin llegó el suspirado día. Las muñecas de Chela y Marucha, sentadas en un lujoso sofá, presidían la reunión, insensibles y riéndose siempre. Las dos vestían trajes muy lindos y elegantes: uno azul celeste, y rosa viejo la otra. Al sonar el timbre, Chela y Marucha se colocaron a la entrada del saloncito para aguardar el arribo de sus amigas. Estas traían sus muñecas y después de los saludos y abrazos tomaban asiento alrededor de las muñecas de las dueñas de casa. Después que hubieron llegado todas las invitadas, Chela y Marucha, ayudadas por las criadas, fueron colocando sobre una mesa mil golosinas. Masas, tortas, bombones, confituras de toda especie se veían allí reunidas.

Los pequeños vasos de cristal que contenían hermosas y frescas flores, fueron colocados en diversos puntos de la mesa. Cuando todo estuvo dispuesto, Chela y Marucha hicieron una señal, y la menuda concurrencia pasó a otro salón, donde se había instalado el cinematógrafo. Luego de celebrarse esta parte del programa, las niñas regresaron al saloncito, donde después de la merienda debía celebrarse el baile. ¡Oh, qué de lamentaciones, cuando vieron la mesa desprovista no sólo de sus flores, que habían sido arrojadas al suelo, sino también de las tortas más ricas!

¿Qué había sucedido?

Una cosa muy sencilla. Paquito, que no fué admitido a la fiesta, entró al salón en momentos que se realizaba la función cinematográfica y por fastidiar a sus hermanas, se había llevado lo mejor que allí encontró. Chela y Marucha están indignadas y amenazan a Paquito con referirle el hecho a su papá para que lo castigue.

— ¡Me la pagaron! — exclama el bribonzuelo, frotándose las manos de alegría. — De hoy en adelante tendré mayor cuidado de mi persona y de mis ropas y ya no tendrán motivo para excluirme de los juegos. Ese comportamiento de ustedes, hermanitas, no convence a nadie y hay que aprender también la manera más eficaz de corregir a un hermano impertinente.

Adelia Di Carlo.

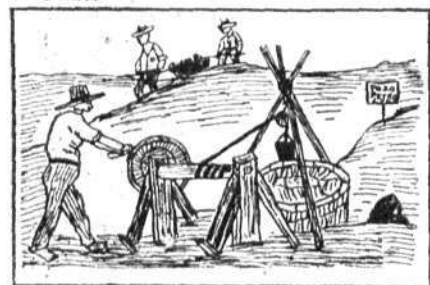

NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO
Llegada de la Embajada Inglesa
—Lústreme bien el calzado.
—¿Va de banquete?
—No; sino que en estos días de recepciones, yo también quiero brillar....



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



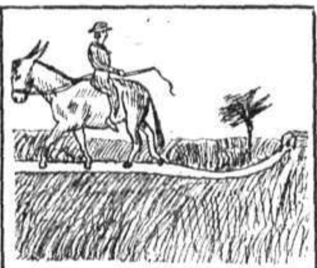
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



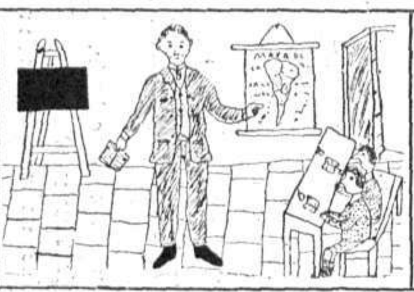
151 — Haciendo un pozo.
E. PANCIROLI.



152 — Carta al novio.
L. GUDART.



153 — Caminito de Angaco.
E. CASTAÑEDA.



154 — En la clase.
MERCEDES MARSAL.



155 — La bailarina.
O. SPELLONI.



156 — Lavando la ropa.
LAURA LUDART.



Automóviles



Modelo 1918

La adquisición de un
CHEVROLET
es provechosa y está
al alcance de todos.

Pida Catálogos. - Nombramos Agentes en el Interior.

Establecimientos
MESTRE & BLATGÉ, S. A.
Santa Fe, 1072. Buenos Aires.

Exposición y Venta:
CERRITO Y VIAMONTE.

Grupo de concurrentes a la preciosa fiesta con que los miembros de la colonia inglesa se adhirieron a la conmemoración del aniversari) de mayo.

Nuevas autoridades de la comuna. El Intendente, señor Marcos A. Maciel, en su despacho, con los señores Zavalía, secretario, doctor Salas y el director de la Asistencia Pública, doctor Angel Reolín.



Las más eficaces en el tratamiento de la Tos, Bronquitis, Resfríos, Dolor de Garganta y demás afecciones de las vías respiratorias.

Las propiedades antisépticas, expectorantes y balsámicas de las substancias que entran en su preparación, van unidas a las de ser volatilizables, condición ésta muy estimada, pues hace que su acción curativa llegue hasta las últimas ramificaciones bronquíales. Constituyen, pues, las mejores pastillas profilácticas y curativas.

Se venden en todas las farmacias a $ 1.00 la caja.

FARMACIA Y DROGUERIA "DIEGO GIBSON"

168 - DEFENSA - 192 Sucursal: **FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)**

Ricinol

Purgante para niños y adultos

SUS CUALIDADES JUSTIFICA SU GRAN VENTA

Es activo sin ser irritante.
Es suave y eficaz en su efecto.
No exige cuidados.
Es agradable al paladar.

¡Los niños piden más!

De venta en todas las farmacias.

FARMACIA Y DROGUERIA "DIEGO GIBSON"

168 - DEFENSA - 192 Sucursal: **FLORIDA, 159 (P. Güemes)**

SFOR

El origen del lenguaje

El lenguaje no es sino un desarrollo de los «ruidos de la masticación». El hombre primitivo, según tal teoría, aprendió a hablar al tomar el alimento.

El antropologista E. B. Payne, fué el primero en emitir esta idea; pero sólo dentro de un reducido círculo de alumnos.

El hallazgo de un cráneo en Susaex (Inglaterra), que data de muchos millares de años, y otros, han servido de base a estudios demostrativos.

El doctor Louis Robinson afirma que el lenguaje articulado sólo es posible con el desarrollo del músculo que en forma de abanico se extiende bajo la superficie inferior de la región central de la lengua, y que llega casi a la superficie superior. Este músculo es llamado genio-glossus.

Ahora bien, el desarrollo del genio-glossus en el hombre se debe por entero a sus hábitos primitivos de ingestión del alimento. Comenzó a desarrollarse en el hombre, cuando por primera vez éste trató de mantenerse erecto y comer con la cabeza erguida; de tal modo el alimento era menos susceptible de caer de la boca.

Antes, lo mismo que todos los animales, el hombre había comido sólo para satisfacer su hambre. Ahora, con las nuevas condiciones tenía oportunidad para desarrollar el gusto que llamamos «paladar».

Empleó entonces la lengua para exteriorizar los placeres del paladar, produciendo sonidos guturales. Por eso todos los movimientos que la boca y la lengua efectúan al comer, están representados en los movimientos musculares necesarios para producir los sonidos del habla de todas las lenguas. Los animales, como el hombre, son capaces de sonidos guturales y nasales; pero sólo el hombre emite lo que llamaríamos sonidos orales.

La predilección del hombre por los alimentos farináceos, que requieren considerable mastificación, fué el factor más poderoso en el desarrollo de la facultad del lenguaje articulado.

«La adopción de un método de expresión y comunicación nuevo como el lenguaje articulado, — dice el doctor Robinson, — implicaba el cambio más completo en los órganos que lo originaban. Una pequeña investigación nos descubre una de las maravillas más increíbles de la naturaleza. Cuando consideramos el número de movimientos sucesivos y de diverso orden requeridos por el lenguaje articulado, comprendemos que sólo una maquinaria capaz de funcionar con todas las ventajas mecánicas y un mínimo de fracción, puede realizar esta tarea con precisión. Los oradores pronuncian un promedio de ciento cincuenta palabras por minuto; aunque es posible articular con claridad ciento ochenta palabras, en el mismo tiempo. Si analizamos la acción de la lengua cuando se habla a razón de ciento cincuenta palabras por minuto, resulta que ejecuta por lo menos quinientos movimientos diferentes. Es decir, ocho o nueve por segundo. Tales movimientos no se siguen en un orden regular, sino que continuamente varían en orden. ¿Qué de extrañarse, entonces, que a veces la coordinación se altere, resultando la tartamudez?

El doctor Robinson observa, después, que los músculos de la lengua solamente no bastan para el mecanismo, y que el genio-glossus suple la deficiencia. Para movimientos rápidos y precisos como los demandados por el lenguaje articulado, este músculo debe actuar libremente y disponer de amplio espacio.

«Es evidente — agrega el doctor Robinson — que originariamente el músculo genioglossus nada tenía que ver con el lenguaje articulado. Daba, no hace mucho, una conferencia ante la British Association, cuando me fué planteada esta cuestión: ¿Cómo es que un loro pueda hablar sin tener quijadas? Una pregunta parecida sería: ¿Cómo es que un fonógrafo pueda hablar sin tener quijadas? El loro posee un órgano productor de sonidos maravillosamente formado, casi tan diferente de nuestros órganos sonoros como el mecanismo de un fonógrafo. Que el loro y el fonógrafo pueden hablar, prueba que hay varias formas de hacerlo. Cuando estudiamos las diferencias que existen entre el hombre prehistórico y el salvaje contemporáneo, descubrimos el cambio de estructura de la mandíbula.

El doctor Robinson concluye que el desarrollo del músculo genio-glossus ha marchado paralelamente con el desenvolvimiento intelectual y el incremento de medios de expresión lengüística.

Los Cantares



De Santa Fe



ALVAREZ. — El jefe político de Rosario, señor Héctor Noriega, rodeado de caracterizados vecinos, durante la visita que hizo acompañado del diputado provincial, señor Taborda, y comisario inspector señor P. Labrande.



ALVAREZ. — Comisión directiva de la biblioteca popular «Carlos Guido y Spano», autoridades y personal docente de la escuela fiscal, reunidos después del Tedéum, hecho oficiar en conmemoración del 25 de mayo.



LEHMANN. — Público y niños de la escuela fiscal, saliendo de la iglesia local, después del Tedéum.



VERA. — Niño Alfonso Hipólito, séptimo hijo varón de los esposos Robledo, con sus padres, hermanos y los señores que representaron al Presidente de la República que lo apadrinó.



Sobretodos Hechos; de $ 100 a $ **30** De medida; de $ 130 a $ **40**

Trajes Hechos; de $ 70 a . . $ **30** De medida; de $ 90 a **40**

Importante: *Los clientes de la campaña pueden solicitar, gratis, un* ***CATALOGO,*** *muestras de tejidos y un indicador para tomar medida por sí mismo, en la seguridad absoluta que serán atendidos como si lo hicieran personalmente.*

Créditos: *Se acuerdan a pagar en DIEZ mensualidades, sin interés ni recargo de precio en la Capital solamente.*
SOLICITE INFORMES

ALBION HOUSE

MAIPÚ esq. CANGALLO

BUENOS AIRES

Garantía: *En caso que cualquier pedido que Vd. nos favorezca, no resultase de su agrado, cambiaremos o devolveremos el importe.*

De Salta



El interventor y la comitiva oficial, dirigiéndose a la casa de gobierno, después de haber asistido al Tedéum oficiado con motivo de las fiestas patrias.

El interventor y altas autoridades, en el atrio de la Catedral, a la terminación del Tedéum.

Niños de las escuelas que concurrieron a la plaza Belgrano, donde cantaron el Himno Nacional.

Evite Ud. las dificultades de su motor

haciendo que se conserve sin carbón. Las subidas dificultosas—la falta de fuerza—encendido extemporáneo —y en realidad 80% de estas molestias con el motor, se deben a la acumulación de carbón, el cual puede hacerse desaparecer con el

DESPRENDEDOR DE CARBON JOHNSON

y el motor trabajará mejor que era cuando nuevo. No contiene ácidos ni substancias químicas que perjudiquen el metal. Ud. mismo puede hacer desaparecer todos los depósitos de carbón.

Simplemente ponga una onza de este Desprendedor en cada cilindro, donde se le dejará de 30 á 40 minutos. Entonces se hará andar el motor. ¡Es maravilloso el resultado!

Insista Ud. en que se le proporcione el Desprendedor de Carbón Johnson. Su vendedor puede obtenerlos de nuestros representantes:

Yankee Specialties Agency

Moreno 927, Buenos Aires

Fabricantes:

S. C. Johnson & Sons - Racine, Wisconsin, E. U. A.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.



— ¡Siempre lo encuentro durmiendo!
— Es que... no puedo estar sin hacer nada, señor.

TOTÓ.

— Sufre usted de hidropesia. Tiene agua en el vientre.
— ¡Ya no se puede tener confianza ni en el vino que uno bebe!

G. B.

— Tengo un perro maravilloso; yo salgo de casa, a las dos horas lo sueltan a él, empieza a orientarse y me encuentra. ¿Qué te parece?
— Que debias bañarte con más frecuencia.

L. N. Y.

— ¿Dice usted que antes tocaba un instrumento de cuerda?
— Sí, mi capitán; en mi pueblo tiraba de la cuerda de la campana de la iglesia.

R. M.

— Las deudas viejas jamás las pago.
— ¿Y las nuevas?
— Las dejo envejecer.

S. R.



— ¡Esta comida es infame! ¡Hoy mismo despides a la cocinera!
— La cocinera ha salido; hoy he cocinado yo...

CALT.



— Mozo, este bife está frío...
— No le extrañe, señor: es carne de frigorífico.

LINCE.

Precaución:
El novio. — ¿Cuál sería el mejor momento para abordar a tu papá?
La novia. — Por la mañana, porque usa zapatillas.

S. G.

Del testamento de un andaluz:
— Item, lego a mi querido sobrino Pedro una fanega de tierra en la ribera, y si le parece poco, que ahonde.

P. B.





BUCHARDO. — Escolares que tomaron parte en la manifestación patriótica, realizada el día 25 de mayo. — Comisión a cuyo cargo estuvieron los festejos, con su presidente, señor Alejandro Rira.



CAPILLA DEL MONTE. — Fiesta realizada el 25 de mayo, en la escuela graduada, conmemorando la emancipación nacional.



CAPILLA DEL MONTE. — La anciana Lorenza Gómez, que cuenta 120 años de edad, nacida en esta población.

Guarde este Cupón, tiene Valor

N.° 750311 Serie F

M. S. BAGLEY y Cia. Ltda.

entregarán el artículo indicado a toda persona que remita a su fábrica: Av. Montes de Oca N 199, Buenos Aires, los siguientes cupones cualquiera que fuere su serie y número:

25 cupones se canjearán por 1 lata 1/4 kilo } Según lista
50 " " " " 1 " 1/2 " } al dorso.
100 " " " " 1 " 1 " o una botella del renombrado licor nacional "Hesperidina".

Guarde los cupones y pídale a sus amigos los guarden para Vd.

Envíenos 2 cupones

Canje de Mercaderías, numerados, que se encuentran en las latas de

"GALLETITAS BAGLEY"

y le enviaremos por vuelta de correo, *un librito* titulado: ***"Ocurrencias de Carlitos"***, lleno de poses y versos chistosos del graciosísimo "Carlitos".

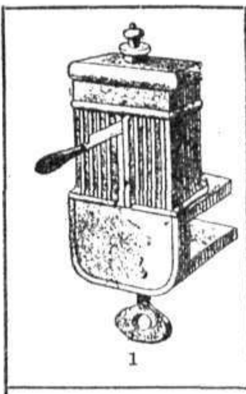
Escriba con claridad su nombre y dirección

M. S. BAGLEY & Cía. Lda.
SECCION RECLAME

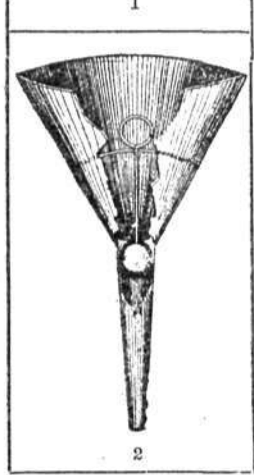
MONTES DE OCA, 199
BUENOS AIRES



Inventos, recetas y procedimientos útiles



1



2

N.º 1. — Pulidora de cuchillos «Alexander». — El aparatito cuyo grabado acompaña tiene por objeto limpiar los cuchillos de un modo regular, sencillo y económico. Consiste en una armadura elegante que lleva una serie de resortes verticales y paralelos que oprimen dos piezas de gamuza por entre las cuales pasa la hoja del cuchillo que se quiere abrillantar.

En la parte superior lleva un depósito de esmeril en polvo el cual cayendo por entre las gamuzas, en pequeñas cantidades, permite que la limpieza se consiga con una economía superior a la de otros procedimientos usuales.

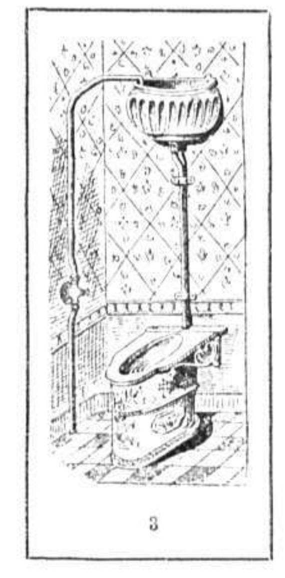
La pulidora «Alexander» se sujeta a una mesa o vasar en el instante de usarse, pudiéndola retirar cuando no se necesite.

N.º 2. — Embudo de cierre automático. — Una esfera hueca de caucho alojada en el interior del pico del embudo está sostenida por un alambre que termina en forma de anilla, la cual descansa sobre un puente metálico mientras la botella se va llenando. Cuando el líquido alcanza el cuello del frasco y penetra en el interior del embudo sube rápidamente la esfera de caucho cerrando por completo el paso del mismo.

Para trasladarlo a otro frasco sin experimentar pérdida de líquido, es preciso cogerlo por la anilla del flotador.

N.º 3. — Nuevo depósito para «Water-Clossets». — Del fondo de un depósito situado a conveniente altura parte un tubo en forma de sifón. Suponiendo que aquél, desde el fondo hasta el nivel de la curvadura del tubo tenga 7 litros de capacidad, se regula la espita de la cañería de alimentación situada a la izquierda de la figura, de modo que, al abrirla, permita el paso de 8 litros de agua. Dicha espita, de construcción especial, funciona por la simple presión de un botón, cerrándose automáticamente a beneficio de un resorte graduable alojado en el interior de la misma.

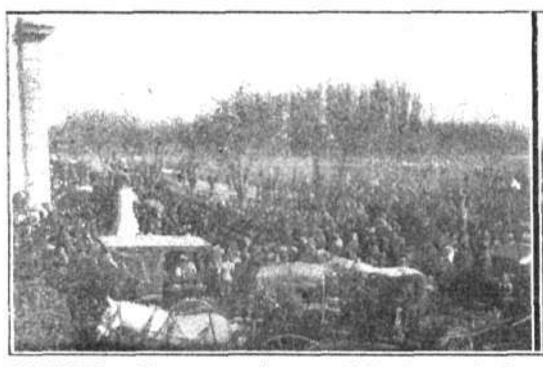
La descarga del depósito se verifica en el momento.



3

Para acelerar la germinación de las semillas, una revista europea recomienda remojarlas por espacio de cinco minutos en una mezcla hecha con un litro de amoníaco por diez litros de agua. Las semillas que tardan más en germinar son las de perejil, y zanahoria.


SARMIENTO
esquina
MAIPU
CARLOS RASETTI
CASA
IMPORTADORA DE ARMAS,
MUNICIONES y CUCHILLERIA
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
en la calle RIVADAVIA, 526
El 14 de Mayo de 1917, y en ocasión del 60 aniversario de su fundación, esta casa abrió un gran anexo y exposición en SU EDIFICIO PROPIO
Calle SARMIENTO
esquina MAIPU
Buenos Aires
Esta casa está en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.
Visiten el nuevo local
CONSULTEN LOS PRECIOS
CASA EN PARIS
3 Rue Lentonnet



MERCEDES. — La concurrencia que asistió al acto de la inauguración del busto del coronel Pringles, costeado por la municipalidad local.



MERCEDES. — Pic-nic llevado a cabo por el personal docente y alumnos de la escuela «Pedernera», en el Hipódromo, festejando el Aniversario de Mayo.



MERCEDES. — Grupo de empleados del F. C. P., reunidos con el fin de tratar asuntos relacionados con la participación en las últimas huelgas.



935 X 135
ARK TYRE
36 X 5½
La solidez y resistencia que representa para un edificio de gran altura un tirante de ACERO, representa para los automóviles los neumáticos
"CLARK"
LAS materias primas que entran en la construcción de los neumáticos "CLARK" son todas, sin excepción, seleccionadas dentro de la mejor calidad que produce el mercado mundial.
LA mano de obra es en extremo cuidada, y ningún neumático sale de nuestras fábricas sin antes ser examinados por técnicos de reconocida competencia, y por eso cada neumático
"CLARK"
que sale de nuestra fábrica, representa el máximo de
SOLIDEZ
y DURACION
SOLICITEN PRECIOS
THE CLARK TYRE & RUBBER
COMPANY LIMITADA
Chacabuco, 70 - Buenos Aires
Unión Telefónica, 3594. Avenida.

Un nuevo animal prehistórico

Uno de los más extraños animales de todos los tiempos del planeta, acaba de ser expuesto, en forma esquelética, en el Museo de Historia Natural de Nueva York. La extraña bestia prehistórica presenta, en efecto, una absurda combinación de caracteres morfológicos y anatómicos comunes al caballo, al rinoceronte, al camello y a la jirafa, más el detalle, hasta ahora incomprensible para la Ciencia, de poseer garras en las cuatro extremidades.

Sabido es que los grandes herbívoros actuales tienen pezuña, y lo mismo ocurría con casi todos sus extinguidos predecesores. Y ello es lógico, en cuanto el pie de un animal vegetariano sirve únicamente para la locomoción y no para atacar a otros animales, desgarrar carnes, o cavar profundamente el suelo, cuyos fines realizan las garras en las especies zoológicas dotadas de ellas por la previsora Naturaleza. Tan general es esta regla, según la cual sólo los carnívoros pueden tener garras, que durante muchos años túvosela por universal ley de Natura, incluyéndola Cuvier en su *Ley de Correlación*. Y tan grande era su confianza en dicha ley, en que la pezuña y los cuernos eran prerrogativas de los animales herbívoros, que ello se hizo proverbial entre los hombres de ciencia contemporáneos del insigne naturalista.



Esqueleto del «Moropus», en el Museo de Historia natural de Nueva York.

El *moropus*, cuya fotografía publicamos, es una contradicción prehistórica de la ley de Cuvier. Cuando se descubrieron en Europa los primeros huesos de este animal y de sus fósiles parientes, los dientes y los grandes huesos del cráneo fueron atribuídos a un extinto ungulado, quizá del orden del rinoceronte, del caballo o el tapir. Y como no habían sido descubiertas osamentas completas de *moropus*, hubo de transcurrir mucho tiempo antes de que los contradictorios huesos petrificados fueran reconocidos como pertenecientes a un mismo animal. Ello ocurrió al encontrar en unas canteras de Nebraska, Estados Unidos, durante los trabajos de investigación realizados por cuenta del Museo Carnegie, de Pittsburgo, numerosos esqueletos completos de *moropus*, juntamente con otros pertenecientes a especies coetáneas suyas, como el rinoceronte bicorne y el cerdo gigante.

La reconstrucción de la armadura ósea del *moropus*, llevada a cabo por los especialistas del Museo de Historia Natural de Nueva York, muestra bien a las claras que dicho animal prediluviano fué un lejano pariente de los tres ungulados referidos. Tenía el volumen del rinoceronte, y, como él, macizas extremidades, aunque un poco más largas. En lo redondo del dorso se asemejaría al tapir, mientras la cabeza y el cuello tendrían gran semejanza con los del caballo. Los dientes y los pies son característicos, evidenciando los primeros que el *moropus* se alimentaba exclusivamente de substancias vegetales. Pero en este caso, ¿qué aplicación podrían tener las garras de las patas? He aquí el problema que queda planteado para la Ciencia. Que no debieron servirle para la lucha, parece demostrarlo la pesadez y escasa flexibilidad de las patas, y, por la misma razón, carecerían de eficacia como medios excavadores. Hasta ahora, la única hipótesis admisible es que las garras serían utilizadas por el *moropus* para escarbar en la arena de los cauces secos, en un esfuerzo para buscar el agua y extinguir la sed.

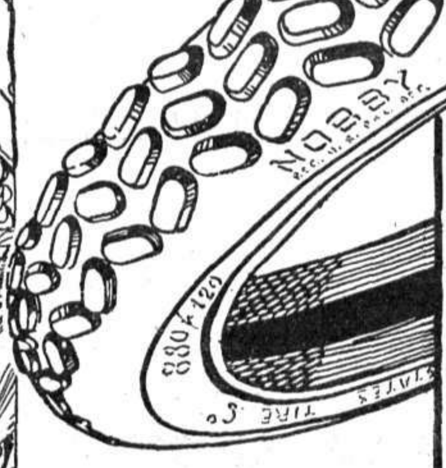


Neumáticos

United States

El Tipo "NOBBY"

El campeón actual



Gran existencia

en las siguientes medidas:

810	x	90
815	x	105
875	x	105
915	x	105
880	x	120
920	x	120
30	x	3 ½
32	x	3 ½
36	x	4 ½
37	x	5

Este neumático es de la misma fábrica que el "CADENA"

PRUÉBELO - LE CONVIENE

United States Rubber Export Co Ltd

Buenos Aires:
SAN MARTIN, 501

Telegramas: "USCO"

Rosario:
SARMIENTO, 648

Caracterizados vecinos y socios del «Park Lawn Tennis Club», que asistieron al almuerzo con que la citada institución obsequió a los aviadores teniente B. Matienzo y señor E. Lucius, los que, por desperfectos del aparato en que viajaban, aterrizaron en ésta, en su raid Buenos Aires-Tucumán. — Vista del almuerzo celebrado en los jardines del Club.



Pequeño pergamino, regalado a los obsequiados por los concurrentes a la demostración.

Peones que han recogido cerca de mil kilos de papas, en una jornada. — Niños del señor Ranca, en cuya colonia se han cosechado papas cuyo peso ha alcanzado a cuatro kilos cada una.

Carros transportando las papas que son remitidas a Buenos Aires. El rendimiento de esta cosecha ha demostrado la bondad de la tierra para esta clase de cultivo.

Precio único $ 8.50

Elegantes ZAPATOS para SEÑORAS,

En potrillo charolado, muy fino, A ELEGIR MODELO

Este calzado de nuestra exclusividad es LO MEJOR que hoy puede fabricarse a tan bajísimo precio.



Nº57



TENEMOS MUCHOS MODELOS DE GRAN "CHIC"

A los pedidos del interior agréguense 0.20 centavos para encomienda

SOLICITEN CATALOGO DE CALZADO, GRATIS

Casa Argentina Scherrer

161 Suipacha 165

Nº48



Unión Telefónica: 621 y 2720, Avda.

Coop. Telef. 3649, Cent.



¡Qué deliciosos son!...

Los excelentes

Bonbons Extra

fabricados exclusivamente en nuestra casa, obtienen la preferencia de las personas de buen gusto por su sabor especial, debido a la calidad insuperable de las frutas, cacaos y azúcares que utilizamos

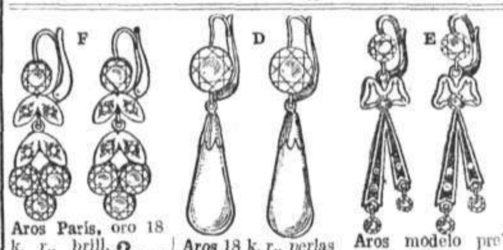
Precio: $ 6.— el kilo

sueltos o en cajas de varios tamaños. A los pedidos del interior, agréguense 0.20 ctvs. por cada 1/2 kilo y 0.40 centavos, por cada kilo para encomienda

CONFITERIA "LOS DOS CHINOS"

de Gontaretti Hnos. Alsina y Chacabuco. - Bs. Aires

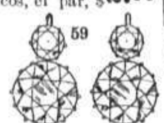
Precios Excepcionales

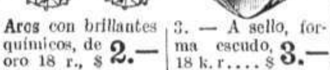


Aros París, oro 18 k. r., brill. químicos, $ **3.—**

Aros 18 k. r., perlas y brill. químicos, el par, $ **2.50**

Aros modelo precioso, 18 k. r., el par, $ **3.—**





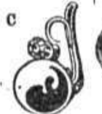
Anillo cinc. o liso, de oro 18 k. sellado, macizo, iniciales gratis, $ **12**

Aros con brillantes químicos, de oro 18 r., $ **2.—**

3. — A sello, forma escudo, 18 k. r.... $ **3.—**







2. — Emblema Masonería, oro 18 k. r.... $ **5.—**

Aros con perla y brill. químicos, a..... $ **2.—**

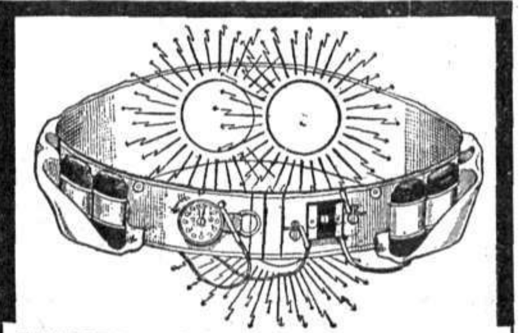
35. — De plata platinada, con perla, a.. $ **2.—**

RECIBIMOS en PAGO CART. 43, a 2 CENTAVOS CADA UNO

Los pedidos, con importe, dirigirlos a

CASA MATUCCI,

Sgo. del ESTERO, 653. BUENOS AIRES



ENFERMOS!

PIDAN HOY MISMO libro ilustrado gratis, al Dr. Th. BERNDT, Calle C. Pellegrini, núm. 644, Bs. Aires, que enseña como curarse sin medicinas.



$ 25

Nuevo modelo exclusivo de la

CASA AMERICA

LUIS RIGOTTI, CIA

Av. de Mayo, 979, Bs. Aires

Espléndida Guitarra de gran formato, modelo de reciente creación, construída con todo esmero, en maderas extrafinas de nogal, diapasón perfectísimo, sonoridad nunca igualada, filete alrededor de la tapa, mosaico en la cabeza y finas incrustaciones de nácar en la boca, clavijas y puentes especiales, en una palabra, lo mejor que se puede ofrecer.

La remitimos con embalaje gratis y con un método especial para aprender a tocar sin maestro, por sólo $ 25.—




USHUAIA. — Cabecera de la mesa, en el almuerzo con que la gobernación del territorio obsequió a los marinos del buque-escuela «Pueyrredón», durante su permanencia en ésta. — Vista parcial de los concurrentes.



Parte de los invitados, en el patio de la gobernación, en pose para «Caras y Caretas», una vez terminada la demostración.



Estaba Lola impaciente,
pues de su edad en la flor
ni aun el vecino de enfrente
le había hablado de amor.

¿Seré fea? — se decía. —
¿O creerán que no soy buena? —
¡Y la pobre se afligía
de un modo que daba pena!

Hasta que un día Cupido
se coló por una puerta
que Lola, por un olvido,
había dejado abierta.

Quiso ella, al verle venir,
simular enojo, en vano;
y al fin se dejó oprimir
los deditos de la mano.

Cupido el olfato aplica
y ella siente una emoción,
al oir decir: ¡Qué jabón
tan bueno el que usa esta chica!

—¡Es **REUTER**! — con gran presteza
exclamó Lola; y Cupido
le respondió: — ¡Qué torpeza!
¡Debí haberlo comprendido!

Pues no hay señora, ni niña
que despierte una pasión,
si no usa, cuando se aliña,
de **REUTER** el gran jabón.

Como todas las mujeres
que lo usan — ¡cosa probada! —
eres limpia y bella, y eres
muy digna de ser amada.

Ocasión única. Durante 14 días

Enviando $ 30 m/n., le remitimos, a elección:

1 Incubadora para 35 huevos, completa, lista para funcionar, importada de California;
ó 5 docenas de huevos de raza, para empollar, a selección nuestra las variedades;
ó 1 Casal o Yunta de Aves de raza, a elegir, entre Ply, Bataras, Rhod Island, Leghorn o Langshan, inclusive jaula y flete. Cada Ave más, vale $ 10;
ó 1 Casal Conejos de raza Angora, Normanda o Belga.

Catálogos ilustrados, de Aves de raza, Incubadoras, Conejos, Enfermedades, etc., contra envío de $ 0.50 cts. en sellos.



Para el campo

El mejor calzado para Invierno, lo ofrecemos en estos dos modelos especialmente fabricados para resistir los fríos y las lluvias de nuestra campaña.

Su material insuperable, su solidez y su esmerada confección lo hacen insustituíble.

Sus precios son sumamente bajos, dada su calidad.



Impermeable. Doble suela
2192. Cuero metal de cañón, a .... $ 25.—
1641. Becerro Norteamericano, a .... $ 14.90
1642. Box-calf 1.ª, .. $ 12.90
1643. Box metal .... $ 11.90



793. Para señora, en cuero de potro extra, taco Luis XV ...... $ 14.90

Atendemos con esmero y prontitud los pedidos del interior, contra reembolso o giro postal.



ESMERALDA esq. RIVADAVIA
U.T., 4148, Av. BUENOS AIRES C. T., 2019, Central



Remitimos este hermoso grafófono, de fabricación Suiza garantizada, con seis lindas piezas, 200 púas finísimas, embalaje gratis.
Mueble de nogal, de 35 x 35 x 17 centímetros, máquina solidísima, toda en acero y bronce, con cuerda reforzada para tocar dos piezas, membrana de voz clara y potente, corneta de 56 ctms. de diámetro, esmaltada a fuego, en bonitos y variados colores. Extenso surtido en discos de todas las marcas. Pidan nuestra lista especial de discos dobles, a $ 1.— cada uno. - Catálogo N.º 87, gratis.

CASA AMERICA de LUIS RIGOTTI y Cía.
AVENIDA DE MAYO, 979
CASI ESQ. B. DE IRIGOYEN - BUENOS AIRES



MALUGANI Hnos. **ESPECIALISTAS EN COCINAS**



Instalaciones de agua caliente.
Pidan Catálogos.
MEJICO, 1359.
Buenos Aires.

La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA, réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Embalaje, $ 1.50. — Gran voz.
CATALOGO GRATIS

"ESSENKAY"
Unico sustituto en los neumáticos de Automóviles
ELIMINA POR COMPLETO TODA CLASE de ACCIDENTES
Evita molestias y ahorra dinero.
No más PINCHAZOS.
No más EXPLOSIONES.
Elasticidad perfecta. Viaje seguro y sin molestias.
Lo usan más de 1.000 automovilistas.
Soliciten prospectos.
Se necesitan agentes para las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.
Buenos Aires - **Gómez, Solé y Cía.** - Cangallo 1355

APERITIVO VINO QUINADO KALISAY EL MAS SALUDABLE PRUEBELO



La joya fatal

Romance de intrigas y peligros

(*Continuación*)

EPISODIO VII. — EL PODEROSO "ARAÑA"

Perla no pudo ocultar el terror que le causaron las palabras de la sacerdotisa.

Como una confirmación de que la terrible mujer no amenazaba en vano, veía el cadáver del pobre Nicolás. Aquella faz amoratada era un aviso de lo que podía sucederle a la señorita Standish, dentro de poco.

Aunque hasta ahora su buena estrella habíala sacado sana y salva de todos los trances peligrosos en que su curiosidad la mezclaba, comprendía que el riesgo presente era mucho mayor.

¿Esperábale a ella y a Tomás Carleton la misma suerte que a Knox?

Haciendo justicia a las condiciones valerosas y altruístas de la niña, puede decirse que tanto horror sentía por la amenaza fatal que pesaba sobre su compañero de aventuras, como por los peligros que sobre ella misma iban a desencadenarse.

Tomás Carleton nada tenía que ver con todo aquello. Si no hubiera sido por el llamamiento de la señorita, estaría tranquilamente confeccionando sus notas de repórter.

Con profunda pena, Perla miraba enternecida a su compañero. Ambos trataron de libertarse; pero las manos que los sujetaban parecían tenazas de acero, potentes garras que magullaban sin compasión sus músculos.

— ¡Aten al hombre! — exclamó la sacerdotisa.

Los árabes no se hicieron repetir la orden, y en pocos minutos terminaron de atar fuertemente los brazos y las piernas de Carleton.

— ¡Ahora, amordácenlo! — agregó la sacerdotisa.

— ¡No!, ¡no!, ¡no!... ¡Eso no! — protestó con cierto aire de comicidad, el joven periodista.

Sin prestar atención a sus protestas, los sectarios asiáticos tapáronle la boca con un pañuelo de seda. Tomás quiso hablar a pesar de su mordaza, mas su esfuerzo resultó vano, articul ba confusamente sus protestas.

La penetrante mirada de la Alta Sacerdotisa se le clavaba en sus ojos.

De pronto se dirigió a Perla, diciéndole:

— Ricardo Carslake está en la cárcel. El es la única persona que conoce el lugar en que se encuentra el diamante violeta del Dios del Daroon. Usted tiene que entrevistarse con Carslake, cuanto antes. Si los millones que usted posee no le sirven para hacer aparecer la tan codiciada joya sagrada y entregárnosla antes de la medianoche de hoy, tenga la seguridad de que su amigo Carleton morirá... Hasta usted pagará con su vida la desaparición del diamante. ¿Comprende?

— Sí, sí, comprendo, — contestó impresionada la joven heredera, — y es muy probable que pueda convencer a Ricardo Carslake ahora que está preso; pero deme más tiempo... En esta misma noche no podré realizar hazaña tan utópica. ¿Cómo quiere que ahora pueda obtener permiso para ver a ese pillo? Necesito más tiempo.

— ¡Sólo le concedo ese plazo: hasta las doce de la noche! — repitió firmemente la sacerdotisa.

— ¡Es imposible! ¡Imposible en tan pocas horas! — protestó Perla.

— Si no lo puede hacer en pocas horas, no lo podrá nunca — respondió la sacerdotisa. — Ya hemos perdido bastante tiempo. Si desea salvar la vida de este amigo suyo, que tantas veces lo arriesgó todo por usted, deposite en mis manos, antes de medianoche, el diamante violeta.

Perla no supo que responder. Se hallaba en juego la existencia del valiente repórter del «Diario de New York».

Luego, volviéndose hacia los árabes que la observaban silenciosos, la Alta Sacerdotisa agregó:

— ¡Satélites del sublime Dios Violeta del Daroon! Rompan los cortinados y envuelvan completamente el cuerpo del amordazado. Lo llevaremos a...

Perla no pudo saber la dirección a que se había referido la sacerdotisa. Y quedó perpleja cuando vió que los árabes envolvían a Carleton en gruesos cortinados de felpa, cual si fuese un fardo de trastos viejos. Una vez que hubieron terminado de cumplir la orden, la sacerdotisa exclamó:

— Babur Din, quédese a vigilar a la señorita Standish hasta que ella se retire de la casa. Los demás hermanos transporten al auto el cuerpo del muchacho. El tiempo vuela, vámonos...

Perla, desesperada, se adelantó suplicante; pero la sacerdotisa la contuvo, diciéndole:

— Acuérdese: antes de medianoche. Si usted busca ayuda o trata de engañarnos para salvarlo, su amigo perderá la vida antes de que se cumpla el plazo acordado. Además, usted correrá grave riesgo. ¡Los brazos de la Orden saben atrapar a sus víctimas... y mis sentencias son inapelables!

Al terminar estas palabras salió de la alcoba seguida de los prosélitos que siempre la escoltaban, armados hasta los dientes.

Cuando Perla consultó su reloj-pulsera, las pequeñitas agujas indicaban las nueve y un cuarto.

¿Qué hacer en trance tan dificilísimo?

Por cierto aquella misión impuesta por la bárbara secta asiática, era de todo punto de vista imposible de realizar. ¿Cómo iba a obtener un permiso especial para entrevistarse a esas horas de la noche con Carslake? El reglamento de la prisión en que el pillo se hallaba encarcelado no permitía, bajo ningún pretexto, que fueran visitados los recluídos a deshora sin una autorización por escrito del Alto Tribunal. ¿Podría la señorita Perla Standish infringir esas disposiciones legales?

Francamente se conocía cual era la intención de la Alta Sacerdotisa, al concederle tan extrema prerrogativa. Porque ni los tesoros más codiciables de la tierra habrían de violar las ordenanzas de la cárcel, ni nadie

subscribiría por mera complacencia el indispensable permiso.

Entienda el lector que decimos por mera complacencia, dado que a la señorita Perla Standish no le convenía de ningún modo que sus amigos, los señores jueces del Alto Tribunal, pudieran conocer los motivos que la llevaban a entrevistarse con Ricardo Carslake, el delincuente más cínico de aquella época. ¿Qué excusa de peso podría disculparla ante esos graves ancianos que representaban las leyes del país?

El nuevo problema planteado por la Alta Sacerdotisa, cuya rápida solución salvaría a Tomás Carleton, resultaba difícil, utópico.

Mientras tanto el joven repórter era conducido a un lugar que ella ignoraba, y su alma buena sentía la angustia aplastadora que crea el descorazonamiento total ante un esfuerzo más que imposible...

Cuando Perla Standish salió de aquella trágica casa, su corazón hallábase invadido por el más cruel de los presentimientos. Ya en la calle, el aire fresco de la noche consiguió reanimarla un poco y pudo sentirse algo más resuelta para emprender la cruzada salvadora en favor del valeroso Tomás; pero sin confiar en el buen éxito ansiado. En su cartera de mano llevaba una cuantiosa suma de dinero, y la idea de poder sobornar a los guardianes de la prisión le pareció posible y pudo alentarla como único y último consuelo.

Su automóvil, manejado expertamente por Roberto, el chauffeur de confianza de la niña, se detuvo frente al severo edificio de la cárcel. Por los alrededores la obscuridad reinante lo envolvía todo, y ni un solo peatón acertó a pasar.

Perla tuvo la felicidad de dar con gente de mezquinos escrúpulos y fué así como, gracias a «don dinero», pudo lograr inmediatamente sus propósitos. A las nueve y treinta y cinco los malos empleados de la prisión la pusieron al habla con el temible Ricardo Carslake.

— La presencia de la señorita Standish, — dijo irónicamente Carslake, al presentarse ante la niña, — es en verdad un honor que no merezco...

— Carslake, no quiero engañarle... No he venido porque sienta interés personal por su suerte... Sólo por...

— ¡No sea usted tan cruel! — arguyó, siempre con la misma irónica intención, el ex secretario del banquero Standish.

— ...sólo por obtener el diamante violeta, — prosiguió Perla. — Usted es la única persona que sabe donde puedo hallarlo. Lo necesito inmediatamente, y por esa joya podrá usted pedirme el precio que desee...

Carslake la miró con verdadera incredulidad.

— ¿Está segura la señorita que podrá pagar el precio que fije?...

— Completamente segura — agregó la niña. — Siempre que sea razonable, desde ya estoy dispuesta a ello.

Hasta ese momento el truhán no se había interesado mayormente por la entrevista que sostenía con la hija de su antiguo principal; pero las seguridades que se le ofrecían eran tan decisivas y las ideas que maquinaba su cerebro tan satisfactorias para el alcance de sus planes, que cambió en seguida de táctica, y acercándose a Perla, díjole por lo bajo:

— Señorita Standish, yo sé dónde está el diamante codiciado, y puedo entregárselo en cualquier momento.

— ¿Antes de las doce de esta noche? — preguntó ansiosamente la joven.

— Sí; si a usted le conviniera. Claro está, siempre que se halle dispuesta a pagar el precio que fijaré...

— Puede decirlo, — dijo Perla, abriendo su cartera que contenía veinticinco mil pesos en efectivo.

Carslake vió el dinero, mas la detuvo con un gesto; agregando luego resueltamente:

— ¡El precio que fijo es mi libertad!

— ¿Su libertad? — repitió Perla, atónita. — ¿Usted quiere decir que no me entregará el diamante hasta que no le saque de la cárcel?...

— Esto es lo que quiero decir — respondió Carslake, suavemente.

— ¡Es un imposible! ¡Un verdadero imposible! — protestó descorazonada la hermosísima niña neoyorquina.

— No crea que es un imposible, — respondió con convencimiento Carslake. — Si la señorita tiene voluntad en recobrar la joya antes de medianoche, no es difícil ni irrealizable lo que pido. Vaya usted al café «Ranney», de la calle Mott, y pregunte por un sujeto apodado «Araña». Con bastante dinero ese hombre puede hacer lo que se le pida.

— ¿«Araña»? — repitió Perla un tanto asombrada.

— Eso es. Pregunte por él en el café «Ranney», y tenga la certeza de que tendrá el diamante antes de las doce, siempre que «Araña» me saque de aquí...

A esa altura de la conversación los carceleros se acercaron a ambos para advertirle a Perla que había terminado el tiempo concedido por el jefe de los serenos, y que debía retirarse.

Carslake despidió con fingida cortesía a la señorita Standish, y, mientras ella se dirigía por el largo corredor de las celdas hacia la salida, su mirada cínica la siguió hasta perderla de vista. Quien hubiera observado al astuto aventurero habría podido adivinar por esa mirada sus más secretos designios.

¿Qué era lo que pudo tramar Ricardo Carslake en la breve entrevista que acababa de sostener? ¿Por su sola liberación se desprendería de la joya misteriosa cuya pertenencia había sido hasta ese entonces su locura y el origen de atrevidísimas hazañas?

— Roberto, — dijo la señorita Standish a su chaufeur, — ¿sabe usted dónde queda la calle Mott?

— No, señorita — contestó Roberto, después de haber pensado un momento. — Pero estoy seguro de encontrarla sin demorar mucho... ¿A qué altura va la señorita? — agregó con más confianza.

— Tengo que ir al café «Ranney», sito en esa calle. Apresúrese; cuento con muy poco tiempo disponible — dijo Perla al acomodarse en el asiento del vehículo.

El automóvil partió en seguida en vertiginosa marcha rumbo a los barrios bajos de New York, recorriendo tortuosas callejuelas mal alumbradas, que adquirían la impresión de un laberinto tenebroso e interminable.

Roberto era poco experto por esos sitios y le resultaba harto difícil orientarse para dar con la calle Mott, a la que sólo conocía de nombre y por haberla leído repetidas veces en las crónicas policiales. Además como buen servidor, infundíanle serios temores los resultados que obtendría su buena amita al visitar un café en aquellos poco tranquilizadores suburbios. Bien conocía por referencia de sus compañeros, más atrevidos que él, cual era la característica de la gente que ambulaba por esos antros donde el vicio y el crimen representaban las virtudes capitales... Pero a sus temores anteponía, no sin razón, la firmeza del carácter de su ama, que no estaba acostumbrada a admitir réplicas en tratándose de la realización de sus mandatos.

Los deseos de la heredera de míster Standish jamás fueron desatendidos por nadie, y bien pensó Roberto al silenciar anticipadamente sus temores por más evidentes y serios que ellos fueran, ya que, al fin y a la postre, serían desoídos.

A las diez y media, después de andar y desandar lo andado, Roberto detuvo el automóvil frente al café «Ranney». Al abrir la portezuela para que descendiera la niña, díjole tímidamente:

— Señorita, me permito advertirle lo que acaso no...

— Hable sin reparos. ¿Qué quiere advertirme? — interrumpió Perla al verlo indeciso.

— Ese café debe ser la guarida de los más temibles bandidos... Si la señorita tiene forzosamente que entrar, permítame al menos que la acompañe; estoy seguro que arriesgará la vida — repuso con firmeza el chaufeur.

— No; espéreme a prudente distancia. Debo entrar sola.

Roberto quedó apenado cuando vió que su amita se dirigía resueltamente al interior del café. Era éste un verdadero antro tenebroso.

Después de la puerta de calle, un pequeño pasillo que daba frente a una pintarrajeada mampara de persianas, ponía en comunicación con el establecimiento.

Seguía en seguida a la mampara de vaivén, el salón de baile, reducido y mal oliente, con techo bajo y cuyo empapelado veníase al suelo en gruesas tiras, por la presión de las varillas de maderas que se retorcían y

doblaban por la humedad del local y al desenclavarse de las grandes vigas.

En el centro de la estancia, en un espacio cuadrangular dejado por las mesas que rodeaban los muros, danzaban lascivamente algunas parejas. Casi todas las mesas hallábanse ocupadas por mal entrazados sujetos a quienes acompañaban mujeres de igual aspecto y condición.

Al fondo, en el ángulo izquierdo del salón, un mostrador pintado de verde, lleno de vasos y botellas de licores, interceptaba el paso hacia los interiores del establecimiento.

Repulsivo y deprimente le resultó a Perla aquel indescriptible conjunto de cosas grotescas, y se sentía mareada por la pesada atmósfera en la que se condensaban vapores desagradables y el humo que despedían los baboseados cigarros de los contertulios.

A un buen clasificador de la lepra social no se le hubiera escapado un solo detalle de cuantos ofrecíanse a la vista de la joven millonaria; pero todo lo que iba desarrollándose a su alrededor le parecía que era producto de una terrible pesadilla sufrida ante la recordación de escenas folletinescas y por demás espeluznantes.

La ralea lucía el fruto de su corrupción y pasaba entre risotadas y tragos de wisky, sus monótonos momentos de ocio.

Al compás de un bailable arrabalero giraban vertiginosas las parejas, enardecidas por los atronadores aplausos que los bebedores les prodigaban y por la gritería de las mujeres a quienes el alcohol embrutecíera.

La misma música era tan indecorosa como los habituales contertulios del café «Ranney».

Al azar Perla se acercó a tres hombres que conversaban en voz baja, sentados frente a una de las mesas cercanas a la mampara. Los aludidos sujetos tenían, como toda aquella gente del hampa, rostros patibularios, y aunque le inspiraron poca confianza, parecíale a la joven, por ese motivo, que podrían ser compañeros o amigos del individuo que buscaba. Resuelta como lo estaba a todo, tocó con su mano el brazo de uno de los hombres, mas éste no la hizo caso. Perla acercóse para toser cerca de ellos, y como comprendiera que los sujetos en cuestión proseguían departiendo sin percibir siquiera su presencia, exclamó en alta voz:

— ¡Ea! ¿no sabría dónde puedo encontrar al «Araña»?

Recién entonces los tres hombres levantaron la cabeza para fijarse con curiosidad en la joven. Ninguno le respondió. Fastidiada por la actitud incomprensible de esos individuos, Perla abrió la cartera y sacando de la misma, dos billetes de a peso, los arrojó sobre la mesa, diciéndoles imperativamente:

— ¡Apúrense! ¡No puedo perder tiempo!

Los individuos, que habían visto el fajo de billetes que llevaba la señorita Standish, cambiáronse algunas miradas significativas y muy rápidas. Uno de ellos, que parecía tener dominio sobre los demás, después de hacer a sus compañeros una señal casi imperceptible, inquirió:

— ¿Busca al «Araña»?

— Sí; a él deseo ver en seguida — respondió Perla.

— Entonces, sígame, — dijo el individuo, después de levantarse.

Perla lo siguió por entre las parejas que bailaban en el centro del salón, hasta que llegaron ambos a una de las habitaciones próximas. El hombre se detuvo y le dijo:

— Jovencita, espere un momento...

— ¿Para qué? — preguntó ansiosa.

— Pues, para ver al «Araña», — contestó impaciente el hombre.

— Pero, ¿cómo sabe usted que el «Araña» está en estos sitios y no en el café?... ¿Y cómo puede saber él que yo le quiero hablar?... — preguntaba la joven con vivísimos recelos.

El hombre no contestó. Sus ojos se fijaban atentos en la puerta por la cual entrara momentos antes.

Sigilosamente se abría...

Perla miraba temerosa al desconocido acompañante. Ese sujeto acrecentó su desconfianza. Cuando volvió el rostro hacia la puerta, los dos compañeros de mesa del individuo que la trajera hasta allí, se le abalanzaron pretendiendo amordazarla. La lucha, a pesar de ser tan desigual, era reñida. Perla Standish defendíase con todas sus fuerzas; mas a pesar de la resistencia que opuso ante las acometidas de los malvados, fué amordazada convenientemente, mientras el que debía ser el jefe de los asaltantes le arrebataba la cartera.

— ¿Quién se atreve a agredir cobardemente a una niña indefensa? — exclamó con ira una voz detrás de ellos.

Los tres bandidos guardaron profundo silencio y parecían sentirse avergonzados.

Perla se volvió para distinguir al intruso que con tanta autoridad y valor reprochaba la conducta de los delincuentes.

La luz compacta de un aposento contiguo, diseñó perfectamente el relieve de una figura de viejo jiboso, raquítica y torcida.

— ¡Quítenle la mordaza a esa niña! — ordenó iracundo aquel viejecito que había aparecido como un fantasma.

Los delincuentes obedecieron, y Perla pronto se encontró libre y en posesión de su cartera. El viejo fué acercándose hacia la joven, y al presenciar la devolución del objeto robado, protestó amenazador:

— ¡Con que la iban a desvalijar! — Luego, dirigiéndose a Perla, agregó: — ¿Qué desea usted, niña?...

— Señor, yo quería ver al «Araña» — contestó Perla. — Pregunté a estos tres individuos y como prometieran conducirme ante él, les seguí confiada; pero... ya sabe usted lo que pasó después...

— La persona que usted busca soy yo. Mi apodo es «Araña», niña, — contestó el viejecito, que al mismo tiempo dirigía una mirada a sus tres acompañantes para indicarles que se retirasen.

Estos obedecieron en silencio. Después invitó a Perla a que le siguiese y comenzó a subir la escalera que conducía a sus habitaciones del segundo piso. La señorita Standish vaciló un momento; pero inmediatamente siguió al «Araña».

A poco llegaban a una pequeña habitación pobremente amueblada y apenas iluminada por una débil luz.

— Dígame ahora, niña, ¿qué es lo que puedo hacer por usted? — preguntóle con toda amabilidad.

— Yo quiero que Ricardo Carslake, que está en la cárcel, quede en libertad antes de las once de la noche — contestó Perla.

— ¿Antes de las once de la noche? — dijo «Araña», prorrumpiendo en una risa burlona. — ¿Usted sabe lo que me pide, niña? Si casi no me da tiempo, hija mía. Va a ser completamente imposible... a menos de que dispusiera de cincuenta mil pesos en billetes.

La señorita Standish abrió la cartera y sacó fajos de papel moneda.

— Ahí tiene usted la mitad, — repuso; — dentro de media hora volveré con el resto. Haga mientras tanto sus preparativos.

Y, apenas acababa de pronunciar tales palabras, la señorita Standish salió rápidamente, dejando al viejecito asombrado.

Cuando Perla volvió con los otros veinticinco mil pesos, «Araña» sostenía una animada conversación con los tres bandidos que la habían asaltado.

Después de contar el dinero en silencio, el viejecito miró a Perla, dando señales de hallarse muy intrigado.

— Justo y cabal — dijo. — No falta nada; pero, dígame, ¿qué ha hecho usted, niña, para conseguir tanta moneda?...

— ¡No le importe! — respondió Perla sonriéndose. — Yo he cumplido lo pactado, a usted le toca ahora hacer honor a su palabra.

Sin perder más tiempo, levantóse «Araña» y apagó la luz de la alcoba. Luego, provisto de una linterna, llegó hasta la ventana.

Esta daba a los fondos de la cárcel; el viejecito, misteriosamente hizo unas señas subiendo y bajando la linterna. Inmediatamente, en una de las ventanas de la cárcel, apareció una luz que comenzó a oscilar contestando a las señales de la linterna.

Entonces «Araña», a quien el resplandor de aquella débil luz iluminaba el rostro produciendo un raro efecto de claridad y sombra, exclamó en voz baja, dirigiéndose a Perla:

— Dentro de un cuarto de hora Ricardo Carslake estará libre.

Mientras tanto el sombrío edificio, que en las som-

bras de la noche parecía muerto, comenzó a animarse con una inusitada y extraña vida.

En un corredor obscuro, dos pares de manos se estrecharon misteriosamente, no para cambiar su saludo, sino para que pasase de uno a otro el fajo de billetes, precio de un vil soborno. En otro corredor del piso de más arriba, una frazada revoloteó en la obscuridad cayendo sobre un guardián que dormitaba ante el fuego, y sofocó sus gritos, mientras dos sujetos, arrojándose sobre el infeliz, lo sujetaban y lo golpeaban hasta hacerle perder el conocimiento.

Un rumor de pasos breves y cautelosos, seguido del correr de varios cerrojos, y nada más...

A poco Carslake salía de su celda y atravesaba rápidamente el corredor, donde una mano desconocida había apagado todas las luces. Uno de los cómplices lo guiaba en las tinieblas para que no tropezase con el cuerpo del caído guardián, ni equivocara el camino. Otro esperaba en la calle. Subieron rápidamente a un automóvil, donde Carslake se colocó un sobretodo para cubrir el traje de «smoking» que vestía cuando fué capturado por el detective Hanna.

Momentos después el automóvil, a toda velocidad, se perdió en la noche.

Carslake, siguiendo los impulsos de su pérfida naturaleza, hubiera deseado huir de la ciudad sin pérdida de tiempo, faltando al compromiso que contrajo con la señorita Standish; pero los sujetos que lo habían libertado se opusieron a esta decisión. Tenían orden categórica de «Araña» de entregarlo a éste. Lo obligaron, pues, a que los acompañara al café «Ranney», donde aguardaba Perla y el viejecito.

Ya comenzaba a impacientarse la señorita Standish. Llegó a creer por un momento que no lograría la evasión del ex secretario de su padre.

De pronto se abrió la puerta violentamente y apareció Carslake en el umbral.

— Buenas noches, — dijo con su habitual sonrisa irónica.

— ¡El diamante violeta! — exclamó Perla ansiosa al adelantarse hacia el pillo. — ¡Pronto! ¡Entrégueme usted el diamante violeta!

La sonrisa de Carslake fué ahora cínica, y luego con calma y calculada frialdad contestóle:

— Mi estimada señorita, ¿será posible que usted haya sido tan ingenua para creer que yo pensaba verdaderamente entregarle la joya que codicio?

Perla se indignó y, no pudiéndose contener, repuso:

— Pero nuestro trato fué bien claro: a cambio del diamante pagaría su libertad, y ya lo hice y he cumplido. Acabo de pagarle cincuenta mil pesos al «Araña». Usted debe entregarme ahora la joya.

— Efectivamente, — dijo «Araña», — así lo hizo la niña. A pesar de todo, ¿no podría saber de dónde los sacó o de qué medios se valió para conseguirlos?

— Del Banco, probablemente, — repuso Carslake en lugar de la joven. — ¡Sepan ustedes que esta señorita es Perla Standish, la niña más rica de Norte América!

Su rescate podría ser... ¡cinco veces la fabulosa suma de cincuenta mil pesos!...

El viejecito «Araña» y sus hombres miraron con asombro y un cierto mal disimulado respeto a Perla, que los contemplaba con expresión de profunda alarma.

«Araña» comprendió la inquietud de la niña y supo tranquilizarla pronto.

— ¡Con que usted había pensado engañar a la señorita Standish! — díjole a Carslake al mirarle cual si fuese un reptil asqueroso. — ¿Usted no tenía ninguna intención buena para cumplir su promesa, eh?

— Así es, «Araña», — contestó con sorna el pillastre. — Mi promesa no tenía valor alguno. Es claro que pensaba retener a la señorita para cobrar su rescate, al que taso desde ya en cien millones de pesos!

— ¡Hay honor aún entre los ladrones! — protestó iracundo «Araña». — ¡Donde intervengo yo, los convenios se cumplen formalmente, y nuestra palabra tiene igual valor a la de cualquier hombre honrado!

— Mas esta niña no tiene nada que ver con nosotros — objetó Carslake. — Sea como sea, — agregó resuelto, — yo no pienso entregarle el diamante, y con esto está dicho todo.

Iba a retirarse; pero «Araña» indicó a sus hombres para que lo detuvieran. Contra tan enorme mayoría, Carslake no pudo oponer resistencia.

— ¡Usted me va a traer, dentro de una hora, el diamante violeta que esta niña reclama, — ordenó imperativamente el viejecito, — o sino perderá sus gustos por las joyas y demás cosas de la vida!...

Carslake se encogió de hombros demostrando su impotencia.

— Muy bien, — contestó; — iré a buscarlo.

— Sí; pero mis hombres lo acompañarán para hacerle más entretenido el trayecto, — dijo «Araña», — y le aconsejo que se apresure...

Cuando Carslake y los que le seguían salieron de aquella alcoba, otro compás de espera angustioso comenzó para la señorita Standish. Miraba siempre el reloj con una impaciencia que iba en aumento constante.

Eran ya las once pasadas...

Por fin regresó Ricardo Carslake cuando el reloj marcaba las once y media.

Con un grito de intensísima alegría, Perla arrebató de manos del pillo la sortija del Dios Violeta del Daroon y el auténtico diamante.

Sin perder un momento más, Perla se despidió agradecida del «Araña», y se fué. Carslake pretendía dominar la cólera que crispaba sus nervios, y, sin aguardar mucho, preguntóle al anciano ladrón:

— ¿Puedo retirarme yo también?

— Ahora sí — contestó el interpelado.

Una vez que éste hubo salido de la habitación, el «Araña» díjole a sus secuaces:

— Sigámosle; pretenderá perseguir a la señorita Standish.

Una vez en la calle, Carslake subió a un taxi y ordenó al chaufeur lo condujera a la calle donde se hallaba situado el templo del Dios Violeta del Daroon.

Pero no fué tan inocente «Araña» al desconfiar de aquel temible bandido; y, a su vez, tomó otro taxi, dirigiéndose en veloz carrera, con sus más decididos hombres, en persecución del automóvil en que viajaba Ricardo Carslake.

El aventurero y ex secretario del banquero Standish se hallaba desesperado por la pérdida de la joya fatal.

Recordemos ahora, al simpático repórter del «Diario de New York», que había sido tomado prisionero por los prosélitos de la sagrada Jerarquía del Dios Violeta del Daroon.

Mientras sucedieron las escenas relatadas anteriormente en este mismo episodio, Tomás Carleton se hallaba prisionero en un bellísimo chalet de las afueras de la capital, esperando los acontecimientos. Su espíritu tranquilo no demostraba en modo alguno la situación en que la Alta Sacerdotisa lo dejara. Si Perla Standish no consiguiese la joya reclamada por aquella secta bárbaramente cruel, era entonces un hecho el cumplimiento de la sentencia que pesaba sobre la cabeza del valiente Tomás. Pero no le amedrentaba la muerte, ante la cual tantas veces el azar lo había colocado. Sus pensamientos olvidaron aquella triste situación para mantener como dulce regalo, el recuerdo de la hermosa niña neoyorquina, que en esos instantes exponíase a los más cruentos peligros por la salvación de su existencia.

La alcoba que a la sazón le servía de cárcel era reducida y ricamente amueblada. Por la ventana podíase contemplar la belleza del parque del chalet. Todo era quietud y recogimiento.

Ante la estufa, en el sillón elegido para que sirviera a modo de banquillo durante el cumplimiento de la sentencia, hallábase sentado Carleton.

Un árabe, armado de un enorme cuchillo, le vigilaba atentamente. Tomás parecía un hombre aburrido mejor que un condenado a la última pena.

Bostezaba y de cuando en cuando dirigía una mirada distraída hacia el reloj frontero.

En su fuero interno no las tenía todas consigo. Sus bostezos, su aire irónico, venían a ser una especie de comedia por medio de la cual trataba de imponerse a la admiración de su fanático centinela y de cualquier otra persona que pudiese estarle espiando.

Además, eso de jugar un papel como un cómico inspirado y hábil, llegó a producir sobre sí mismo una

acción sedante al mismo tiempo que tonificadora. Hacerse el valiente cuando hay corazón bastante para ello es ser dos veces bravo. Por eso en la actitud del inteligente repórter no se podía encontrar esa estúpida fanfarronería que los hombres derrochan en trances menos difíciles.

Tomás esforzábase y lo consiguió, en demostrar sangre fría y buen humor; aunque la prueba era dura.

El centinela árabe que lo vigilaba se acurrucó en el umbral de la puerta; y en esa posición quedóse profundamente dormido. Al notarlo, Carleton se le acercó y con mucha precaución pudo arrebatarle el cuchillo de las manos entreabiertas del sectario.

En posesión de esa terrible arma, ¿podía pensar en salvarse?

Subiendo a una silla miró por un agujero de la puerta, afanándose en saber si por allí era posible huir sin ser molestado por nadie; pero lo que vió fué a tres corpulentos árabes, armados hasta los dientes, y que blandían en sus manos iguales cuchillos al que ahora él esgrimía.

Repitió la intentona, mirando por una ventana; inútil tentativa, pues sólo le sirvió para descubrir la presencia de otros tres asiáticos igualmente armados y que por cierto no dormían como su compañero.

Esto le hizo comprender que ninguna utilidad le reportaba el enorme cuchillo que había arrebatado al árabe; optó, pues, por devolvérselo a su dueño.

Para ello despertóle con un bien aplicado puntapié y con sonrisa burlona y aparentando generosidad le entregó el chafarote. El árabe no volvía de su asombro.

Al mirar Tomás el reloj, dióse cuenta de que ya eran las doce menos quince minutos.

——

Perla había ido al templo del Dios Violeta esperando hallar allí a la sacerdotisa y a Tomás; pero un viejo sacerdote le dijo que no estaban.

— Es indispensable que yo vea a la Alta Sacerdotisa, — exclamó Perla angustiada. — Traigo noticias del diamante violeta y el asunto es muy urgente.

El viejo sacerdote cambió unas palabras con los demás árabes y luego, le dijo a Perla:

— Está bien. Te llevaré a donde se encuentra la Alta Sacerdotisa. Salieron del templo, subiendo al auto de Perla. Carslake y su secretario Dopey Ed, los siguieron en otro coche, escoltado de cerca por el automóvil donde iba «Araña.»

Rápidamente se encaminaron los tres vehículos al chalet donde Tomás esperaba tan ansiosamente, a pesar de su actitud estoica.

El astuto Carslake, fiando en la superior velocidad de su automóvil, tomó de pronto por un camino transversal. Antes de que Perla y «Araña» se hubiesen dado cuenta de la maniobra, el bandido logró llegar a un recodo de la carretera. Allí hizo alto y asomándose a ésta con sigilo, vió llegar el coche de Perla. Inmediatamente ordenó al chauffeur que se atravesara en medio de la calzada, obligando de este modo a detenerse al automóvil de la señorita Standish.

Carslake aprovechó la sorpresa del leve choque que se produjo, y, revólver en mano, presentóse ante Perla intimándole que le devolviese el anillo y el auténtico diamante en el plazo de unos pocos segundos.

Mientras tanto el coche de «Araña», impulsado por la velocidad, habíase adelantado.

Perla estuvo prodigiosa de valor y de astucia. Fingiendo que iba a entregarle la joya codiciada, sacó velozmente una pistola Browning descerrajando un tiro contra el audaz bandido. El proyectil, hiriendo en un dedo a Carslake, le hizo arrojar el revólver.

«Araña», que había hecho detener su automóvil a prudente distancia, contemplaba la escena riendo sarcásticamente.

Perla, después de invitar a subir a los árabes que la acompañaban, ordenó proseguir la marcha, seguida luego del bandido que rabiaba de dolor y de impotencia.

«Araña» también los escoltaba.

——

Cuando el reloj marcaba ya las doce menos cinco, abriéronse las dos hojas de la puerta, tras las cuales esperaba Carleton el momento en que iba a decidirse su destino.

La Alta Sacerdotisa, seguida de sus fieles, entró en la habitación; todos adoptaban continente solemne, y en las manos de los árabes refulgían filosos cuchillos.

Uno de los fanáticos, tal vez el verdugo, adelantóse y dió una orden en idioma arábigo. Entonces otros dos árabes se acercaron a Tomás y lo condujeron a la silla del suplicio.

— ¡Siéntese! — dijo el verdugo.

Tomás miró la silla de reojo, y con su habitual cachaza exclamó:

— ¿Sabe que me gustaría más permanecer parado?

— ¡Siéntese! — repitió el árabe imperiosamente. Y poniéndole la mano sobre el hombro, obligó a Carleton a tomar asiento.

El repórter comenzó a darse cuenta de la gravedad del trance.

— ¡Atenlo! — ordenó la sacerdotisa.

Tomás trató de ganar algunos instantes sacándose el cuello de la camisa. La sacerdotisa volvió a repetir la orden. Sin embargo, en sus ojos se adivinaba una expresión de inusitada tristeza.

Tomás miró al reloj. ¡Eran las doce menos dos minutos!

——

En este instante la señorita Standish llegaba a la puerta del chalet. El viejo sacerdote hizo sonar el timbre, acudiendo entonces un árabe que no les permitía la entrada.

— Traemos noticias del diamante violeta — dijo el viejo sacerdote. — El tiempo urge.

El árabe encogióse de hombros y se fué sin apuro para anunciarlos a la sacerdotisa.

— ¡Pero, si esperamos a que vuelva ese dormilón, será demasiado tarde! — gritó Perla que se desesperaba.

— Tenga paciencia — aconsejóle flemáticamente el viejo sacerdote.

Durante este tiempo, en la habitación destinada a la muerte se ponía término a los preparativos del suplicio. Un árabe trajo una hermosa vasija conteniendo aceite, que presentó a la sacerdotisa. Esta hizo algunos signos de su ritual, consagrando así el aceite al Dios Violeta del Daroon.

El árabe, que durante esta consagración había permanecido de rodillas, levantóse presentando la vasija a su jefe Hamid que la recibió de sus manos; otro árabe trajo una taza.

Entonces Hamid desenvainó un gran cuchillo sagrado del que hizo entrega a la sacerdotisa, quien, después de tocar con la fulgurante hoja su frente, devolvióselo.

El árabe que sostenía la taza la entregó también a la sacerdotisa. Esta llenóla del aceite sagrado, echando luego algunas gotas sobre el cuchillo que Hamid le extendía.

La vasija y la taza fueron devueltas a los sectarios que las habían traído.

Al transportarlas al corredor donde habían de ser depositados ambos objetos, uno de los árabes se encontró con el compañero que momentos antes hablara a Perla y al viejo sacerdote.

— Ha venido Haggi — dijo sin apresurarse mayormente — con una señorita americana, que dice traer noticias del diamante violeta. Insiste en hablar con la sacerdotisa inmediatamente.

— Váyase, no le creo — contestó su camarada. — La Alta Sacerdotisa tiene ahora una ocupación urgente. No puede ver a nadie.

— ¡Pero esto es importante! — protestó el otro.

— Haggi y la señorita americana tendrán que esperar hasta que se termine la sacra ceremonia.

En este momento oyóse la voz de los árabes que entonaban el solemne canto con que aquella secta acompaña el ritual de los sacrificios humanos.

Efectivamente, en aquel momento la Alta Sacerdotisa daba la orden fatal.

El verdugo levantó en alto el cuchillo místico. Tomás Carleton cerró los ojos sintiendo la llegada del supremo instante...

Episodio VIII. — EN EL CAUTIVERIO

Gracias al árabe que había abierto la puerta a la señorita Standish y al viejo sacerdote, aquel terrible momento no fué el último para Tomás Carleton.

Impresionado el fanático por la desesperación de Perla y las palabras de Haggi, resolvióse a dar aviso de lo que sucedía a la Alta Sacerdotisa.

Forzando la consigna que había recibido, atrevióse a abrir la puerta de la alcoba, e hizo irrupción en la sala del sacrificio.

— ¡Detente! — dijo el verdugo en cuyos ojos ya se conocía la intención de dar el golpe homicida. — ¡Detente! Traigo noticias del diamante violeta.

Todos se agruparon en torno de él. Tomás sentía el inmenso alivio de los condenados a quienes viene a visitar la esperanza.

Los árabes no se mostraban muy contentos, pues los preparativos de aquel acto habían despertado la salvaje ferocidad, la sed inextinguible de sangre, que tortura las entrañas de los fanáticos.

Pero esta vez la sacerdotisa no simpatizaba con los sentimientos de sus siervos. Para ella, saber noticias del diamante violeta era un asunto mil veces más interesante.

— Suspenda el sacrificio hasta que ese mensaje nos haya sido entregado — ordenó al verdugo, quien de mala gana retiró el cuchillo, envainándole.

— Tal vez sea algún engaño — dijo a la sacerdotisa cuando ésta se preparaba a salir. — Te ruego me permitas que vaya yo a averiguar.

La sacerdotisa accedió a esta solicitud, y Hassan, el verdugo, fué a entrevistarse con Perla y el viejo sacerdote.

La señorita Standish estaba casi loca de ansiedad, y cuando por fin se abrió la puerta, apareciendo Hassan, la pobre niña se le acercó con vehemencia.

— He venido para ver a la Sacerdotisa — exclamó. — ¿Dónde está? ¡No me diga que he llegado demasiado tarde!... Yo estaba aquí antes de las doce... ¡La Sacerdotisa me concedió plazo hasta medianoche, y yo conseguí llegar dos minutos antes de la hora!...

— ¡Tranquilízate, has llegado a tiempo! — respondió Hassan.

— ¿Entonces... el señor Carleton?... — preguntó Perla.

— ¡Hasta ahora — replicó Hassan — no ha caído sobre su cabeza la venganza del Dios Violeta del Daroon! — replicó Hassan, majestuosamente.

— ¡Qué alegría! ¡Ya no le va a pasar nada! — dijo Perla, suspirando. — ¡Traigo aquí el diamante violeta!

— ¿Tienes el diamante?

— ¡Sí!

— ¡A verlo!...

La señorita Standish sacó el anillo de su cartera y se lo mostró al verdugo Hassan, sobre la palma de la mano. Los ojos del verdugo brillaron súbitamente, con fulgor siniestro.

— ¡Dame el diamante! — dijo. — Si quieres salvar la vida de tu amigo, dame el anillo y el diamante para que yo se lo entregue a la sacerdotisa.

Perla vaciló un momento, desconfiaba de los intermediarios; pero, considerando que la vida de Carleton estaba amenazada, decidióse a obedecer.

Hassan apoderóse de la joya, retirándose rápidamente, no sin antes cerrar la puerta con llave.

Ya solo, contempló el anillo. En su mirada se leía la codicia y la ambición. El fulgor violeta del diamante comenzaba a ejercer sobre el verdugo maléfica influencia. Pensó en lo feliz que sería el que tuviese en su poder aquella piedra.

¡Si él, Hassan, humilde verdugo de la Orden del Dios Violeta del Daroon, llegase a conseguir que las paredes del templo hablaran, revelándole a él sólo la fórmula de la pólvora sagrada! ¡Qué sueño más cercano a la realidad! ¡El podía ser el amo del mundo, el supremo señor de muerte y vida, el verdugo de sus enemigos!...

Embriagado por este pensamiento, Hassan echó en olvido la lealtad hacia la Orden. Rápidamente sus ojos buscaron un escondrijo donde depositar la joya, hallándolo en un ornamento de porcelana que se encontraba cerca de la chimenea.

Pero el robo que el verdugo ejecutó, creyéndose solo y sin testigos, fué presenciado por una persona. En el preciso instante en que escondía el diamante, el rostro de Carslake apareció tras los vidrios de una ventana. El bandido, dándose cuenta de lo que Hassan escondió, esperó inmóvil hasta que éste se retirara, y luego dedicóse a separar los barrotes de la ventana, mientras su secretario Dopey Ed vigilaba al pie del muro.

Ambos habían llegado a la casa poco después que Perla y Haggi, y el azar les ayudó una vez más.

Pero los barrotes eran sólidos, y a pesar de sus esfuerzos, Carslake no logró doblarlos.

Sin perder tiempo bajó de la escalera y con su secretario púsose a buscar alguna entrada que por olvido hubiese quedado abierta.

No tardaron en hallarla.

Ya en la sala del suplicio, Hassan comunicó a la sacerdotisa que la señorita Perla Standish traía nuevas del diamante.

— Ha venido del templo con Haggi — dijo — y declara que es dueña del diamante, pero que no lo entregará a otra persona que a tí Alta Sacerdotisa. Su corazón latía apresuradamente al pronunciar esta mentira, mientras su rostro fingía calma.

— ¿Dice que trae el diamante? — exclamó la Sacerdotisa. — ¡Por fin! — Y salió de la habitación, dando muestras de alegría, seguida de los árabes.

Tomás quedaba amarrado al sillón del suplicio; pero ya sin tener motivos para quejarse de la suerte. Veía cada vez más próxima la libertad que le trajo el afecto de Perla.

La señorita Standish, por el contrario, no se encontraba tranquila; había oído como Hassan cerraba la puerta con llave y esta acción le pareció de mal augurio.

Encontrábase de hecho prisionera en el chalet, y, además, la llama extraña que vió relucir en las pupilas del verdugo le alarmó profundamente.

Fué para ella, pues, un gran desahogo ver abrirse nuevamente la puerta.

La Sacerdotisa dirigióse a donde estaba la valerosa niña.

— ¿Deseaba verme? — preguntó. — Si es que realmente trae el diamante y quiere entregármelo, démelo sin perder más tiempo.

— ¿Darle el diamante? — repitió Perla con asombro. ¿Acaso no se lo he entregado a aquél?... — Su mano indicó a Hassan.

— ¿Yo? — exclamó éste, haciéndose el indignado y sorprendido.

— ¡Hassan! — dijo la Sacerdotisa. — ¿Qué significa esto?

Perla miraba atónita a ambos.

— ¿Tiene usted acaso la audacia de afirmar que yo no le entregué, hace cinco minutos y en este mismo sitio, el diamante violeta? — gritó la joven.

La sinceridad que se leía en el rostro de Perla, impresionó favorablemente a la sacerdotisa.

— ¡Hassan, contesta! — dijo con severidad.

— ¡No me dió nada, alteza! — contestó Hassan, fingiendo indignación.

— ¿Tú conoces, Hassan, — dijo la Sacerdotisa, — la suerte que cabe a todos aquellos que son infieles a la Orden y traidores al Dios Violeta del Daroon?...

— ¡Sí, alteza! — contestó Hassan con voz firme; pero transparentando en sus ojos un sentimiento de pavor.

— Y sin embargo, ¿afirmas que no has recibido el diamante de mano de esta niña?

Hassan humedecióse los labios resecos por el miedo que comenzaba a apoderarse de su espíritu.

— ¡Sí, alteza; lo afirmo! No es más que un esfuerzo que hace esta extranjera para salvar la vida al condenado.

— ¡Miente! — exclamó Perla, furiosa. — ¡Usted sabe que está mintiendo!... ¡Esta es una traición!... Usted me dió plazo hasta medianoche para recobrar el diamante y lo recobré... ¡He gastado cincuenta mil pesos para sacar a Carslake de la prisión a cambio de la entrega de la joya!... Y a las doce menos dos minutos llegué aquí... ¡Lo entregué a Hassan; si él sigue negando y ustedes no me creen, revísenlo!

Sus palabras eran tan convincentes, que hasta los mismos árabes comenzaron a murmurar contra Hassan, dirigiendo al verdugo siniestras miradas. El rostro de éste se puso lívido y los dientes le castañeteaban de miedo.

—¡Revisen a ese miserable! —ordenó la Sacerdotisa.

Como esta orden no le comprometía en lo más mínimo, Hassan, fingiendo siempre indignación, levantó los brazos y se dejó registrar.

—¡No hay rastro del diamante, alteza! —dijo el árabe que lo había revisado.

—¡Entonces lo ha escondido! —protestó Perla.

—Esa extranjera —dijo Hassan— se vale de la mentira para lograr que entre nosotros surja la discordia. De ese modo pretende ganar tiempo y ¡quién sabe si la policía no sigue ya la pista y pronto caerá para deshacer la sagrada secta!

Estas palabras, astutamente elegidas por el verdugo que conocía el fanatismo de sus compañeros, hicieron inmediatamente efecto. Los árabes se inclinaron al partido del traidor Hassan. La Sacerdotisa dejóse también influir, y, volviéndose hacia Perla, la increpó:

—¡Si ese fué su intento, no le valdrá! ¡El, cuya vida nos sirve de rehén, ha de morir ahora sin que fuerza humana pueda salvarlo!

Y sin hacer caso de las protestas de la desventurada joven, se retiró acompañada de los árabes.

Hassan, que fué el último en salir, dirigió a Perla una mirada diabólica, cerrando luego la puerta sobre la última esperanza de la señorita Standish.

———

Perla quedóse perpleja mirando fijamente la puerta por la cual habían salido los sectarios de la Jerarquía del Dios Violeta.

La cobarde e infame falsedad de Hassan la dejaba oprimida, irresoluta.

Después de las muchas desventuras sufridas en aquella trágica noche, ¿tampoco le era posible obtener la libertad de Tomás Carleton?

No pudo salvar al desdichado Knox, el que, con su vida, rindió tributo al misterioso asunto del diamante violeta y a ese falaz dios a quien había jurado fidelidad en beneficio de su secta. Pero en esta circunstancia demasiado amarga, su desesperación acrecentábase. Un miserable árabe echaba por tierra, con cínica falsía, el fruto de sus esfuerzos generosos y altruístas. Todo esto era aplastante, inconcebible.

Además, Carleton iba a morir sólo por su culpa. Ella lo había llamado cuando pretendió imponerse a las potentes garras de la secta arábiga, protegiendo a Nicolás Knox a fin de que no se cumpliera la sentencia de muerte a que aquellos bárbaros lo condenaran.

¿Podía tener fe en la suprema justicia que se espera e invoca en momentos decisivos? ¿Quién podría llegar hasta ella para que realizara el anhelado milagro?

Sintiéndose impotente, sus protestas giraban en torno de las injusticias terrenas que la vida ofrece en todas sus manifestaciones. Y una prematura decepción produjo en su noble pecho el efecto del inyectamiento de hiel, de las más venenosas e insufribles amarguras...

¿Podría concebirse serenamente que la maldad triunfara siempre por sobre todas las cosas y ante los esfuerzos sobrehumanos de sus bien inspiradas intenciones?

Así pensando, fué como en el paroxismo del agudo martirio moral y del desaliento, se lanzó contra la puerta, gritando desaforadamente:

—¡Vuelvan! ¡Déjenme salir!... ¡Ese hombre miente, es un canalla!... ¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Salven al señor Carleton! ¡Sálvenle!...

Cual si fuese la contestación de lo inexorable, un profundo y mortal silencio reinó después de sus gritos. En el chalet nadie hizo caso al dolor de la joven y ni siquiera el viejo sacerdote Haggi corrió en su auxilio.

Comprendiendo que nada ganaría con golpear aquella puerta y en gritar, Perla miró a su alrededor buscando ansiosa una escapatoria. Sus ojos descubrieron la ventana que daba al parque.

Pero se le presentó un obstáculo insalvable para ella. Aquella ventana tenía gruesos barrotes verticales que no eran tan fáciles de doblar. Sus esfuerzos en tal empresa fueron vanos. Ni diez hombres, con la fuerza de la niña, hubieran podido conseguir sus propósitos.

Encolerizada, dirigió sus miradas hacia afuera, esperando encontrar un ser viviente a quien llamar en su socorro; mas no divisó a nadie en el parque ni por los alrededores del chalet. Perdía toda esperanza cuando la providencia envió al «Araña» que, de repente hizo surgir su cabezota por entre los barrotes de la ventana.

Ese hombre, que ya una vez en aquella noche había la ayudado, aparecía en momento oportuno...

—¡«Araña»! ¡«Araña»! —exclamó Perla, agitada y con acento suplicante.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó el viejecito, acercando más su cara a los barrotes. —¿Está encerrada?

—Sí —contestó Perla, con un sollozo. —Y es preciso que salga... ¡Me han engañado!... ¡Me quitaron el diamante y están por matar a un compañero mío!

—Un momento, niña. Un momentito no más... —dijo «Araña» suavemente.

Al oirlo hablar así, parecía imposible que ese sujeto fuera tan temible y que ante él temblaran hasta los más valientes bandidos, todos cuantos le conocían.

Perla vió como una mano le alcanzaba a el «Araña» un frasco.

¿Para qué servirá?, pensó la joven.

El «Araña» substrajo del bolsillo de la americana un gran pañuelo azul, el que rápidamente ató a su cara, cubriéndose la nariz y la boca.

—Retírese un poco. Voy a comenzar mi trabajo, —díjole a Perla. —Lo que contiene este frasco es un poderoso ácido y son fatales sus gases. Retírese, niña, a prudente distancia.

—¿Qué está por hacer? —preguntó Perla, muy asustada.

—Libertarla —respondió «Araña», tranquilamente.

Perla obedeció la orden del viejecito; pero desde cierta distancia lo observaba ansiosamente. «Araña» vertió en seguida el ácido sobre la base de los barrotes, y, como por efecto de magia, el líquido quemó aquellos gruesos hierros, mientras se elevaba en espirales el denso humo producido por el asfixiante gas.

Aquel ácido había quemado los barrotes con la facilidad con que el fuego derrite la cera.

«Araña», demostrando una fuerza hercúlea que nadie hubiera supuesto en el enclenque viejecito, retorció los barrotes hasta dejar una abertura suficientemente grande como para que pasara el cuerpo de la señorita Standish.

En pocos minutos más, Perla se reunía en el parque con los cómplices de «Araña».

—Ahora hay que resolverse a entrar al chalet. Es necesario que nos apuremos, —exclamó la joven. —Si no corremos en su auxilio, mi buen compañero morirá a manos de algunos sanguinarios árabes. ¡Ayúdenme, se lo suplico!

—¡Ya lo salvaremos! —dijo «Araña» con optimismo.

Siguiendo a Perla, todos aquellos hombres entraron resueltos por una puertita que hallaron entreabierta en los fondos del chalet. Por ella fué por donde se introdujeran anteriormente, Ricardo Carslake y su secretario.

———

Carslake y Dopey Ed apenas habían penetrado en la habitación donde Hassan escondiera —como el lector sabe— el diamante violeta, sintieron los pasos cautelosos de Perla, el «Araña» y sus acompañantes. Previniendo una posible emboscada, los dos truhanes se escondieron. Perla y el viejecito detuviéronse breves instantes junto a la chimenea de la alcoba. Carslake los observaba desde su escondite, vacilando si valdría la pena el hacer uso del revólver para agredirlos; pero en cuanto vió el séquito del «Araña», optó por quedarse inactivo.

Aunque los recién llegados recobrasen el diamante auténtico, pensaba Carslake, ya sabía como recuperarlo tarde o temprano.

La señorita Standish y «Araña» escuchaban atentos para orientarse, por cualquier rumor que sintieran, hacia las habitaciones donde se consumaba tan monstruoso asesinato. Al oir fuertes gritos, que provenían de la planta baja de la casa, el «Araña», sin vacilar un momento, se introdujo en la chimenea por ser éste el medio más rápido para llegar a la alcoba de la muerte, desde donde ellos supusieron partían aquellas exclamaciones. Antes de desaparecer, dijo a Perla y a sus hombres:

—¡Bajen inmediatamente por la escalera del vestíbulo! ¡Todavía llegaremos a tiempo!

———

Aquellos gritos que fueron oídos con tanta claridad por la gente que acompañaba a Perla Standich en su atrevida empresa, habían sido lanzados por los árabes cuando regresaron a la cámara de la muerte al frente de la Alta Sacerdotisa, después de la violenta escena que sostuviera el verdugo Hassan con la valerosa niña neoyorquina. Los motivó el esfuerzo que hizo Tomás Carsleton para desprenderse de las ligaduras que lo sujetaban al sillón sobre el cual sería ejecutado.

Esos rápidos movimientos del repórter, en el preciso instante en que el verdugo iba a dar la puñalada que le atravesaría el pecho, lograron evitar el certero golpe homicida, puesto que el pesado sillón, violentamente impulsado, se ladeó hasta caer pesadamente al suelo al no recobrar el equilibrio. Tomás pudo alcanzar con sus pies una silla próxima, la que lanzó de un sobrehumano empellón contra los árabes que iban a ultimarlo.

Esta actitud en nada mejoró la situación de Tomás, pues no hizo sino aumentar el furor de los sanguinarios asiáticos. Sin embargo, se produjo el consiguiente desorden que motivó una pérdida de tiempo. El sacrificio iba así aplazándose por instantes...

Y bastaron esos escasos segundos para que «Araña» tuviera tiempo en presentarse ánte los atónitos ojos de aquella recua de canallas.

Fué tan mayúscula la sorpresa de los asiáticos al ver salir de la chimenea a aquel hombre deforme, cuyo rostro tiznado ofrecíale un aspecto diabólico, y que con dos revólveres los amenazaba, que se quedaron estupefactos.

¿Sería esa inesperada aparición algún dios malévolo, cuya ira ellos irritaron al punto de presentarse en momento tan oportuno para salvar a la inocente víctima?

Temblaron todos ante la fiereza de las facciones del viejo aparecido, y nadie se atrevía a dar un paso más, temerosos de que las bocas de aquellos dos revólveres vomitasen fuego.

¿Habían exacerbado la cólera del dios de los americanos?

....

Pero no tardaron los fanáticos orientales en reponerse de su sorpresa. La voz autoritaria de la Alta Sacerdotisa dejóse oír:

— ¡Valientes fieles del Dios Violeta del Daroon! ¡Todos a él! ¡Maten al viejo intruso! ¡Las iras de nuestro sagrado dios caerán sobre el que no cumpla mis órdenes y tiemble ante ese perro maldito! ¡A él todos!

Como si las palabras de la religiosa hubieran impulsado de un solo golpe a sus bárbaros prosélitos, el astuto «Araña» se vió acometido por todos. La lucha empeñábase sangrientamente. Fueron varios los árabes que derribó «Araña» con su certera puntería.

Por la puerta opuesta a la chimenea, aparecieron Perla y los hombres que la seguían.

Se armó una verdadera batalla campal en aquella reducida estancia.

La Alta Sacerdotisa, comprendiendo que sus fieles llevaban la peor parte, tuvo la idea de apagar la luz, y, en la obscuridad la pelea fué más furiosa. La religiosa no se equivocó al apagar la luz, puesto que vino a favorecer de este modo a sus hombres, proporcionándoles ventajosa situación. Los compañeros del «Araña», como desconocían el sitio en el que se hallaban, comenzaron a replegarse. Pero Perla había conseguido libertar a Tomás Carleton, al que le dijo al ayudarle a ponerse en pie:

— ¿Ha visto, Carleton, cómo pago mis deudas?...

— ¡Es usted una heroína! — respondió Tomás, con vivo entusiasmo.

Enfurecido por la desventaja que la obscuridad le proporcionaba, «Araña» gritó a sus cómplices:

— ¡Luz! ¡Prendan la luz! ¡Cueste lo que cueste, prendan la luz!

Perla trató de procurarle la luz que necesitaba el generoso bandido, corriendo hacia un corredor en donde había visto un farol encendido.

Apresuradísima cogió el farol, pero como sus manos temblaban, tuvo la fatalidad de que se le cayera justamente en un tonel que contenía cierto líquido explosivo.

Se produjo instantáneamente una espantosa detonación que hizo trepidar el edificio. Una espesa nube de humo blanco la envolvió por completo. Perla se echó atrás tratando de resguardar sus ojos.

Pasó un minuto de aturdimiento general. De pronto lanzó un grito de dolor. ¡Había perdido la vista!

La joven no sabía hacia donde dirigirse en aquellas tinieblas en que la pérdida de la vista la sepultara, acaso para siempre. El instinto la hizo buscar el aire fresco del parque, y, guiándose con las manos, tanteando las frías paredes del corredor, se encaminó despacio rumbo al fragante jardín que iba animándose por la brisa y las claridades primeras del alba.

Allí detúvose quietecita, a la espera de un alma caritativa que llegase a guiarla o a que los furibundos árabes, sin compasión, la ultimaran librándola de una vez para siempre, de aquella desesperante desgracia.

En estado semejante, nada le importaba ya la vida, y la muerte érale más bien un bienhechor consuelo.

Carslake, aprovechando las circunstancias que le resultaron favorables, se apoderó de la codiciada piedra violeta, cuya posesión, si lograba recuperar también el anillo de los jeroglíficos, resolvería el secreto de la fórmula por la cual iba a poder ser el amo y señor del mundo entero... Salía, pues, Carslake y su secretario del chalet, cuando distinguió a la señorita Standish, y no tardaron ambos truhanes en darse cuenta de la ceguera que padecía la joven.

Entendiéndose por señas, para no despertar sospechas, Carslake y Dopey Ed convinieron en raptarla. Dopey Ed acercóse a la niña y con voz suave le preguntó:

— ¿Qué le pasa a usted, señorita? ¿Se ha herido por casualidad?...

— Sí, estoy ciega, — contestó Perla, con un gemido. — ¿Quién es usted? ¿Es uno de los hombres que acompañan al «Araña»?

Carslake, rápidamente hízole señas a Dopey Ed para que afirmara.

— Sí, señorita, — dijo entonces Dopey Ed, — ¿puedo hacer algo por usted?

— Sí, lléveme al lugar donde se encuentra el «Araña». Quiero hablarle, — contestó Perla, tomándose del brazo que Dopey Ed le adelantó para guiarla.

Ambos marcharon con pasos lentos por el sendero que conducía a la salida del chalet. Carslake iba adelante para impartir órdenes al chaufeur que le aguardaba fuera.

Mientras Dopey Ed ayudaba a Perla a subir al automóvil, Carslake amenazaba con el revólver al chauffeur, indicándole que se callara y obedeciese cuanto le había indicado. El chauffeur miró el arma con que resueltamente le intimidaba Carslake, y se fijó en la joven heredera, y luego, comprendiendo la inutilidad de sus protestas, encogióse de hombros y subió a sentarse en su puesto.

Ese automóvil se dirigió a toda velocidad por la carretera real, en dirección a la ciudad.

Quedaban las cosas significando un triunfo para el habilísimo Carslake, pues no sólo consiguió recuperar el diamante violeta, sino que llevaba a la señorita Perla Standish como valioso rehén para extorsionar a su albedrío, a los abogados que administraban la cuantiosa fortuna de la niña más rica de Norte América.

Una vez más la suerte se decidía a favor del temible aventurero.

Entretanto, la lucha sostenida por los árabes y la banda del «Araña» había terminado. El viejecito pudo, en uno de los momentos de la pelea, hallar la llave de la luz y decidir después a su favor los honores de la victoria.

En el teatro de la lucha, quedaron muertos algunos fanáticos servidores del Dios Violeta, y los restantes, junto con la Alta Sacerdotisa, huían precipitadamente, cerrando con llave tras sí, las puertas que a su paso encontraban.

Cuando Carleton, «Araña» y los secuaces de este último llegaron al corredor, al no hallar allí a Perla tuvieron serios temores por la suerte que hubiera podido correr.

— ¿Dónde está la señorita Standish? — preguntó Tomás, ansioso. — Debe haber quedado encerrada; volvamos a la habitación.

— No; no estaba, — dijo el «Araña», — yo miré muy bien. Debe haberse escapado cuando se apagó la luz.

— No lo creo, — arguyó Carleton. — La señorita Standish no acostumbra a retirarse en esa forma. Estoy seguro de que si no le hubiera ocurrido algo anormal, hallaríase aquí con nosotros todavía.

....

(*Continuará.*)